

Diamela Eltit

Antología Personal



COLECCIÓN PREMIO «JOSÉ DONOSO»
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE TALCA - CHILE

eBook

Diamela Eltit

Antología personal



COLECCIÓN PREMIO «JOSÉ DONOSO»
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE TALCA - CHILE



COLECCIÓN PREMIO «JOSÉ DONOSO»

Este libro ha sido publicado bajo el sello de la
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE TALCA

Segunda edición 2020 (eBook)

Registro de Propiedad Intelectual © N° 221.194

ISBN: 978-956-329-118-6

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE TALCA
Talca – Chile – Abril de 2020

Directora Editorial Universidad de Talca
Marcela Albornoz Dachelet

Diseño Portada
Marcela Albornoz Dachelet

Diagramación
Alicia Barragán Martínez

Corrección de textos
María Cecilia Tapia Castro

Todos los derechos de fotografías y textos son reservados.
Su reproducción parcial o total podrá ser realizada solo con la autorización de
la Editorial Universidad de Talca.

Esta Antología Personal de Diamela Eltit se caracteriza por una intensidad pocas veces vista en la más reciente literatura hispanoamericana. Hermanada con su compatriota Roberto Bolaño en el esfuerzo por llevar la narración a esos sitios arriesgados donde el lector podría exasperarse – como también ocurre con Beckett-, la convicción de su esfuerzo a la postre resulta salvajemente cautivadora. Una vez que nos adentramos en su universo narrativo, ya no queremos salir, porque estos textos nos vuelven “claustrofílicos”, adictos a esa voz que insiste en apoderarse de nuestra imaginación porque la suya ha alcanzado el sitio inesperado, la mansión del grito.

Si la novela gótica hacia del desván el sitio de la locura, Diamela Eltit prefiere la alcoba como ese sitio irreductible donde probamos la vida alterna que alucina lo mismo que susurra, que estremece de pavor a la vez que seduce con sus arranques de vulnerabilidad y ternura.

CONTENIDO

PREFACIO	7
Diamela Eltit: Lenguaje que piensa	
Pedro Gandolfo Gandolfo	
PRÓLOGO	13
Poéticas del desastre	
Diamela Eltit	
De EL INFARTO DEL ALMA	15
De VACA SAGRADA	26
Diez noches de Francisca Lombardo	27
De LOS TRABAJADORES DE LA MUERTE	41
La cigüeña	42
Ahogar a la guagua	60
El mar	74
De POR LA PATRIA	92
Ma ma ma	93
Por la patria	94
(De la segunda visión)	95
La vía armada	96
Sale	98
El éxtasis del amor materno	99
Mi mami se ha puesto mala	101
Acerca de vencedores y vencidos	102

De LOS VIGILANTES	104
De LUMPÉRICA	133
Últimas escenas de caídas	134
4.5	153
4.6	156
6.1	159
De su proyecto de olvido	161
De JAMÁS EL FUEGO NUNCA	165
De EL PADRE MÍO	199
Presentación (fragmento)	200
I Su primera habla	201
II Su segunda habla	207
III Su tercera habla	214
EPÍLOGO	223
El decir inviolable	224
por Edgardo Rodríguez Juliá	

PREFACIO

Diamela Eltit: *Lenguaje que piensa*

Quisiera, antes que nada, felicitar a la Universidad de Talca y al Banco Santander por la creación del Premio José Donoso, un premio que, entre otros méritos, cuenta con un jurado de alta calificación en literatura y, en particular, en literatura latinoamericana.

Mis conocimiento de teoría literaria (a pesar que me fascina) son muy básicos y dispersos, de modo que estas breves palabras nacen de mi experiencia de lector precoz y constante, de mi praxis cotidiana y ardua de crítico (en formación) y, en particular, desde mis estudios de filosofía.

Precisamente, me voy a valer de una reflexión del filósofo italiano Giorgio Agamben, obtenida de su obra **Estancias**, en la cual plantea que la escisión entre poesía y filosofía, entre palabra poética y palabra pensante, es un dato (trágico) originario de nuestra tradición cultural, “la vieja enemistad” a la que se refería ya Platón. Esa escisión, señala Agamben, ha sido interpretada en la modernidad, cito textualmente, “en el sentido de que la poesía posee su objeto sin conocerlo y la filosofía lo conoce sin poseerlo. La palabra occidental está dividida así –continúa– entre una palabra inconsciente y como caída del cielo, que goza del objeto del conocimiento representándolo en la forma bella (la poesía), y una palabra que tiene por sí sola toda la seriedad y toda la conciencia, pero que no goza de su objeto porque no sabe representarlo (la filosofía, el pensar, la episteme). “El problema nuclear de la cultura occidental radicaría,

por lo mismo, según este filósofo, en la imposibilidad de poseer plenamente su objeto, viviendo en una suerte de “esquizofrenia” (la expresión es de otro pensador señoero y marginal, Aby Warburg), oscilando entre un polo estático-inspirado y un polo racional-consciente.

Esta conjetura de Agamben (que he expuesto en un par de gruesos brochazos), y que él profundiza y desarrolla en esa obra y en otras, ilumina, a mi entender aspectos del desenvolvimiento tanto del pensamiento crítico como de la literatura del siglo XX. En efecto, de uno y otro de aquellos polos escindidos, durante el siglo que nos precede se llevaron a cabos esfuerzos de aproximación, se irguieron puentes, urgidos, desesperados incluso, porque se percibe que esa esquizofrenia, en esa escisión se juegan valores y prácticas que rebalsan al pensar y la literatura.

Del ángulo de la literatura, que es el que nos convoca, uno de los rasgos que, precisamente, como lector y crítico siempre me atrajo de la creación en poesía, teatro y narrativa del Siglo XX fue el acuñamiento de un poesía metafísica o filosófica, de un teatro crítico y dialéctico y, muy especialmente, de la novela-ensayo. Estas suerte de centauros literarios, hay que advertirlo, resultaron en ocasiones, en fracasos desde el ángulo literario, puesto que la poeticidad, dramaticidad o narratividad -respectivamente- fueron reducidas a una mínima expresión, aplastadas por el componente racional, analítico y conceptual. Con todo, algunos de ellos se cuentan entre los grandes fracasos de la literatura de Occidente, obras de arte de una envergadura todavía difícil de asir totalmente.

Entre estos magníficos proyectos de reconciliación me refiero en el ámbito de la narrativa, entre otros, a **En Busca del tiempo perdido**, de la cual Gilles Deleuze, en Proust y lo Signos llegó a decir que era “un tratado de estética escrito en forma de novela”, **El Hombre sin atributos**, de Robert Musil, **La Montaña Mágica** y **Doctor Faustus**, de Tomas Mann, y para mencionar a alguien contemporáneo, la casi

entera obra John Maxvel Coetze, uno de los pensadores más poderosos de la actualidad.

Me gustaría distinguir dos maneras en que el siglo XX procuró lograr esa reconciliación. Para llamarlas de algún modo, emplearé dos metáforas: el injerto y la encarnación.

El injerto, según mi opinión, es aquella forma en que, aunque unidos en el texto, la palabra poética y la palabra pensante mantienen una existencia autónoma. A veces, por cierto, la integración está literariamente mejor lograda, pero, incluso en esos casos, es posible separar la una de la otra. **La Montaña mágica**, por ejemplo, una novela que admiro y releo, contiene esas inolvidables discusiones (complejas y finas) entre el señor Septembrini y Naphta, una suerte de diálogo platónico muy bien inserto en la novela, porque es coherente con la característica de los personajes y tiene una perfecta sintonía con el fondo de la trama. Sin embargo, es perfectamente posible extraerlas, son discursos autónomos, son injertos en el árbol de la novela.

De otro lado, en el panorama literario del siglo XX se dio también un intento más radical y subterráneo de fusión, cuya figura central, a mi entender es Kafka; se trata de una narración que piensa o pensamiento narrado. El mundo narrativo de Kafka, clausurado y absurdo, pero no exento de un extraño y permanente sentido del humor, tiene un potencial crítico y pensante fabuloso. No sé cuál es la categoría teórica que le corresponde, pero creo que no es ni surrealismo, ni alegorismo ni simbolismo. En él, me resulta imposible escindir la historia y los personajes del pensamiento. La reflexión está escarnada en ella.

Creo que el proyecto narrativo de Diamela Eltit, justamente, sigue ese itinerario creativo y es por ello que para mí resulta tan valioso. No hay otro narrador en la tradición literaria chilena que se halle en este empeño y haya obtenido sus logros. Leerla produce perplejidad porque desde **Lumpérica**, pasando por **Vaca Sagrada** y **Mano de obra a Impuesto a la Carne** los textos de Diamela

Eltit son un tejido inconsutil de pensamiento y narración. He escogido deliberadamente esa palabra “inconsutil”, que significa, en rigor, “sin costura”, porque estimo que ella corresponde apropiadamente a la obra de Eltit.

El mundo de Eltit es familiar y extranjero a la vez: hay un paisaje, hay personas, se cuentan historias pero todo ello está transfigurado por el pensamiento. Me parece, siguiendo una categoría que emplea Giuseppe Tomasi de Lampedusa, que Eltit es una cosmiurga, una creadora de un mundo propio desde el cual el nuestro resulta fuertemente estremecido.

Los rasgos esenciales de ese mundo me parecen que han sido aclarados bastante por la crítica académica. No volveré sobre ellos. En mí resuenan, tras ese mundo, pensamientos del algunos autores y lecturas filosóficas fundamentales. No quiero decir que aquellos y estas se ubiquen en el punto de partida de estas obras, tan solo quiero establecer las resonancias filosóficas, incompletas por cierto, que generan en mí: Foucault, Nancy, Bataille, Benjamin, Nussbaum. Pero se trata de una mirada desde el lector. Georg Steiner, un pensador contemporáneo importante, señala que leer es corresponder, con su propio acopio de lecturas, experiencias estéticas, recuerdos, observaciones y referencias, al texto. En este sentido, debo decir que en mi oficio de crítico, las obras de Diamela Eltit, sin ánimo alguno de cortesía, sino apegándose a la verdad, son las que me han generado una correspondencia mayor, no solo literaria, sino estética, filosófica y en todo orden de experiencias.

Me parece que con esa conciliación de la palabra pensante y la palabra poética que está en el trasfondo de sus obras, el lector percibe que ellas son “más que literatura”, y ese “más” es, desde luego, un “plus”, una práctica dotada de “seriedad”, para llamarla de algún modo, que convierte sus obras en una creación muy lejana a un simple juego epigonal, que se sigue practicando después de 2700 años,

sino que cumple una función social poderosa, sobre todo, en una época (y en un lugar como Chile) en que el pensamiento crítico escasea o está simplemente ausente.

En fin, para terminar, creo necesario subrayar que en la obra de Eltit se verifica una consistencia muy fuerte entre el plano de los contenidos narrativos y críticos y los recursos formales. Esa consistencia le ha significado a nuestra autora no pocos costos. En **La lección Inaugural**, Roland Barthes, señaló lo siguiente: "La "inocencia" moderna habla del poder como si fuera uno: de un lado los que lo poseen, del otro los que no lo tienen; habíamos creído que el poder era un objeto ejemplarmente político, y ahora creemos que es también un objeto ideológico, que se infiltra hasta allí donde no se lo percibe a primera vista –en las instituciones, en las enseñanzas–, pero que en suma es siempre uno. Pero, ¿y si el poder fuera plural, como los demonios? "Mi nombre es Legión", podría decir: por doquier y en todos los rincones, jefes, aparatos, masivos o minúsculos, grupos de opresión o de presión; por doquier voces "autorizadas", que se autorizan para hacer escuchar el discurso de todo poder: el discurso de la arrogancia. Adivinamos entonces que el poder está presente en los más finos mecanismos del intercambio social: no sólo en el Estado, las clases, los grupos, sino también en las modas, las opiniones corrientes, los espectáculos, los juegos, los deportes, las informaciones, las relaciones familiares y privadas, y hasta en los accesos liberadores que tratan de impugnarlo: llamo discurso de poder a todo discurso que engendra la falta, y por ende la culpabilidad del que lo recibe. Algunos esperan de nosotros, intelectuales, que actuemos en toda ocasión contra el Poder; pero nuestra verdadera guerra está en otra parte; está contra los poderes, no se trata de un combate fácil porque, plural en el espacio social, el poder es, simétricamente, perpetuo en el tiempo histórico: expulsado, extenuado aquí, reaparece allá; jamás perece: hecha una revolución para destruirlo, prontamente va a revivir y a rebotar en el nuevo estado de

cosas. La razón de esta resistencia y de esta ubicuidad es que el poder es el parásito de un organismo transocial, ligado a la entera historia del hombre, y no solamente a su historia política, histórica. Aquel objeto en el que se inscribe el poder desde toda la eternidad humana es el lenguaje o, para ser más precisos, su expresión obligada: la lengua.”

Este texto, tan claro como impresionante, me parece muy pertinente para la comprensión de la obra de Diamela Eltit: no puede haber narrativa crítica, sin que simultáneamente se dé una batalla con el elemento en que el poder pervive silenciosamente y que es el instrumento de esa misma narrativa: el lenguaje. Diamela Eltit ha realizado, con el lenguaje, un trabajo inteligente y arriesgado de desarticulación de las estructuras de poder que nos dominan desde el lenguaje. Un ejemplo tan solo: me parece que en ninguna de sus novelas cede a la convención de crear una arquitectura narrativa que atrape al lector, subyugue en un esquema de suspense, clímax y desenlace. Eltit, crea más que intrigas, lo que llamaría “estados” o “espacios” narrativos, en que el desarrollo se da dentro de un círculo, una progresión dentro de una inmovilidad, una forma distinta de abordar la temporalidad de la narración, que permite mirar con lucidez nuestras llagas y dolores.

Agradezco haberme proporcionado la oportunidad de releer sus obras que siempre remueven nuevas miradas, pensamientos y resonancias.

Pedro Gandolfo Gandolfo

Escritor, Crítico literario y columnista de El Mercurio

*Profesor de la Universidad de Chile y
de la Universidad Diego Portales*

PRÓLOGO

Poéticas del desastre

Durante el proceso de organización de este libro me volqué a generar un volumen antológico necesariamente fragmentario y, en mi caso, sobrefragmentario puesto que yo misma, en gran medida, escribo así, por pedazos y a pedazos. En ese sentido, me impuse el desafío de estructurar un (solo) libro fundado en diversos proyectos literarios que se cursaron en distintos tiempos.

¿Cómo “escribir” (es un decir) este texto plural y dotarlo de un derrotero provisto de sentido? Busqué entonces en mis libros – publicados a lo largo de casi 30 años- aquellas zonas de escritura regidas por el descentramiento. Quise reunir textos que interrogaran las certezas que promueven los sentidos comunes. Me decidí por aquellos escritos que estuvieran al borde del naufragio o bien ya hubieran explotado. Muchos de estos textos pueden resultar excesivamente concentrados y algunos son –cómo no– imperfectos. No quise renunciar ni a la concentración ni a la imperfección. Yo trabajo “artesanalmente” y porto numerosas fallas pero aún en el interior de esas fallas he perseguido engranajes estéticos.

Entiendo que la opción que tomé es arriesgada porque se extiende el fantasma de lo ininteligible que ha sido la crítica chilena más frecuente que ha acompañado a cada uno de mis libros. Pero “quien no se arriesga no pasa el río” y siguiendo la sabiduría del refrán mi tarea se ha centrado en producir un texto que diera cuenta de esas escrituras regidas por descentramientos ya conceptuales o gramaticales.

No conseguí incorporar fragmentos de la totalidad de los libros que he publicado porque algunos de ellos no se ajustaban al trazado literario que aquí me propuse y tengo que señalar también que opté por un recorrido que no fue articulado por la cronología sino estructurado desde los ritmos y cadencias dictados por los sentidos

Finalmente decidí cerrar este trabajo con la voz de otro. La voz caótica, impactante y poética de un esquizofrénico vagabundo urbano que tuve el privilegio de fijar en un libro hace ya tantos años. Quise concluir con esa voz afiebrada y polémica porque su enfermedad discursiva mantiene una simetría con mi deseo, mi sufrimiento y mi goce.

*Diamela Eltit
Mayo de 2009*

DE
EL INFARTO DEL ALMA

Te escribo:

¿Has visto mi rostro en algunos de tus sueños? ¿Aparezco en tus sueños serena o reprochándote por las abrumadoras faltas que contiene el pasado? ¿Sufres al despertar o te entregas a la invasora inconsciencia? Ah, tú y yo habitamos en una tierra difusa, con grietas tan profundas que impiden el encuentro. A quién podría decirle que el ángel se niega a llevarme sobre sus espaldas y me desprecia y me abandona en las peores encrucijadas que presentan los caminos. No hay sombra más devastadora, más poderosa que la que proyecta el vuelo de un ángel. Sé que necesito una espada para abrirme camino ahora que la tierra acaba de espesarse. Podría confesar en este mismo instante, que cuando te vi lejano quise que la intransigente tierra te cegara. Imaginé una muerte digna de tu altura, llegué a pensar que mi propia mano se haría vengativa. ¿Con qué derecho hubiste de torcer el curso de mi mano? Pero nada de eso permanece, hoy sólo espero que el ángel me lleve trepada por su espalda. Quiero que el ángel se curve por mi peso y sude y se maldiga por el abyerto trabajo de cargar mi humano cuerpo. El ángel siempre vocifera escudado en la impunidad que le otorga su pureza. No te imaginas lo que es vivir con la voz de un ángel que te impreca todo el tiempo y te dice que no serás, que no serás, que no serás amada. Que no serás amada te dice la inquisitiva voz del ángel y me confunde y no cumple con su tarea de elevarme. Mis padres confían plenamente, permiten que en la noche se extienda a mi costado y murmure las frases que me cortan los sueños. Mis padres me entregaron al ángel justo en el instante de mi nacimiento. Mi madre entonces se encontraba fatigada, mi padre estaba confundido, trémulo diría por los costos de una desfavorable transacción. El ángel quedó a cargo de encauzar mi palabra, mi oído, mi deseo. El ángel aúlla que su misión ha sido catastrófica. Fuma largas briznas de tabaco y duerme y se despierta y fuma la interminable brizna de

tabaco. Dice a todas horas con una voz monótona que tú no me has, que tú no me has amado. Que tú no me has amado dice el monótono ángel y la voz de mi madre y la voz de mi padre susurran al unísono que están avergonzados. Por mi culpa el ángel envejece descaradamente. Mi padre sostiene a mi madre sobre sus espaldas y parece cansado. Habremos de entregarnos a un sueño profundo. Ah, el deber de ser virtuosa. Oh, Dios, pero qué hacer con esta extensa corrupción.

Te escribo:

Nunca hube de encontrar una sola palabra que te retuviera. Mi espalda es la que me infama todo el tiempo: Mi mano me obedeció con brusquedad, mis ojos se nublaron con sólo contemplarte. El barrio se hizo tosco cuando recibió tus pasos. Una pálida vidente me dijo que el abandono regía el simulacro de mis días. La vidente atravesó la calle arrastrando un ruidoso sonajero de plata. Desprecié sus augurios pues nunca he estado más acompañada desde que habito tu imagen. Camino como si no caminara, vivo como si la vida no me perteneciera. La vidente actuó con la mala fe de tus adoradoras pues quiso convencerme de que la imagen que tengo es la prueba de mi antagonismo a la realidad que te nombra. Me han culpado de cometer siniestros desmanes. Me acusan de intentar detener el curso de tu gloria. Me dicen que me abrumo en la ceguera de un amor que augura la catástrofe. Tus parientes son los responsables de todas las murmuraciones. La vidente era, quizás, tu madre o tu esposa o tu sometida sierva. La vidente me interceptó en plena calle y pretendió dirigir mis ojos hacia un mundo que odio. El único mundo posible es aquel que comparto contigo. Mi piel pierde su sentido si no la califica tu mano. ¿Qué podría hacer en una casa vacía? Cuando tú te negaste a formar parte de mi vista, el instante en que te perdiste entre la perniciosa bruma, cuando dejaste de lado las constantes promesas, algo se trizó en el compacto universo. ¿Acaso eras tú la vidente que me habló en una esquina? ¿Cuál fue el instante que escogiste para traicionarme? Ah, la traición. La noticia me llegó en una tarde pacífica. Mi anillo cayó al piso dejándome un dedo sangrante. La herida que me provocó el anillo caído fue menor que la carga de la burla. La traición se hace cósmica por el sarcasmo y la cólera. Ahora me asaltan tu sarcasmo y tu cólera. Quizás no estés ya en ninguna parte. Pienso que desapareciste en el confín del mundo, ensimismado en tu costumbre por aborrecer. Desde que se inició la última estación, la noche

se encuclilla y el día se curva. Sé que un artesano malévolο pretende cambiar la exactitud que mueve a la naturaleza. Quizás en qué punto del sol se ha producido este espantoso contubernio. Estoy con mi dedo desnudo conteniendo una gota de sangre. Me he entregado totalmente a la alquimia esperando materializar tu forma. Después de hablar contigo, encuclillada toda la noche, estoy segura de que respiro más lento. Si respiro más lento es que conseguí que compartieras me hálito. La vidente se pasea por el barrio arrastrando con furia su sonajero de plata. En la curva de una súbita esquina la enfrentaré para pedirle que cambie sus presagios. Me ha tocado la luz de la sabiduría.

Ahora mismo termino de incrustar una estrella a lo largo de todo mi tobillo.

Te escribo:

La oscuridad es menos real que tu silencio. Dios terminó por fracasar y ahora la tierra debe recibir el despeñamiento de sus partes. Si no quieres escuchar el lamento de Dios que se queja ante el dolor de su estallido, ¿por qué habrías de atender a mis inútiles palabras? ¿Te ofendió acaso que afirmara que mi nombre era tu nombre y que tu corazón era idéntico al mío? Fue una comparación desafortunada. Sabrás que una sombra se ha depositado en la frontera de mi ojo, cierta palpitación azarosa se prende a uno de mis músculos. No vienes. No estás para liberar mis sufrimientos. Pero la verdad es que emprendiste una salida vana. Escucha mi noticia; logré retenerte antes de tu huida. Sabrás que tengo a una parte importante de ti mismo. Entiende que yo tengo una parte importante de ti mismo. Ya no hay celos. ¿Te acuerdas de la extremosa, de la insidiosa acometida de los celos? ¿Observaste acaso cómo se desencadenó la crueldad de la última tempestad?, dime ¿cómo no entendiste que era una exacta réplica de mi estado? Ah, la tormenta fue mi emisaria más leal. Ya no hay celos. Es que entonces no sabía, es que aún no había logrado el éxtasis del rapto. Te tengo. Te temo en mí. Tu perfección. Ah, huyes dentro de mí e intentas abandonarme, ¿te sientes como si estuvieses prisionero? No saldrás. Hoy Dios se cae a pedazos ante el espanto de sus feligreses. Y yo en cambio te tengo enteramente. No sufro, me extasio todo el tiempo. La noche es menos muda que el silencio que escogiste. Hablas en mí. No sabes el desvelo que me provocó elegir el exacto tono de tu voz. Jamás podría corregir tus hábitos, incurren en un sacrilegio los que dicen que enloquezco de celos. Pero ahora tengo a parte de ti y la vigilo a todas horas. No te vas. Detuve el curso de tu mirada en un punto extrañamente fijo. Quedaste mirando fijamente el horizonte. No moriremos. Antes de la consagración del rapto puede que haya pensado en los artificios de la muerte. Pensé que sólo la muerte. Hoy la vida se ofrece

con avidez ante mi vista. Dios ha perdido fugazmente su tenaza. Imagínate la ira de un Dios manco. ¿Por qué hube de conocerte desolada? Peregrinas por mi desolación y la recorres. Verás. Nada me hiere. Dijiste que mi amor te despedazaría. Estás en mí. Es verídico, el crimen podría producirse en cualquier instante. No sé si es la virtud de la juventud o el vicio que acecha a esta prematura vejez. Lo único que pido es que vigiles al Dios manco cayendo de rodillas.

Te escribo:

Cuando se avecina la geometría del alba me desarma la tenaz codicia del deseo. Mi deseo ya ha alcanzado lo infinito. Prometí morir antes de que expire mi deseo. Adivino una funesta cabalgata con los jinetes aferrados a sus montas, ungidos por la prisa de llegar hasta los signos de la muerte. Mi calavera suspira y cruje todo el tiempo. Mi calavera se purifica cada vez que progresá un nuevo invierno. ¿Te hirió acaso mi sediento corazón? Ya no caminaremos, no habremos de cruzar jamás una pradera. Contigo se extinguió mi destino y me quedó la carga de este absoluto deseo. Mi esqueleto gruñe tercamente clamando por la ausencia de tus huesos. Mi calavera amenaza con cerrar sus orificios. Qué puedo hacer si ya he perdido todo mi ascendiente sobre ella. Mi esqueleto también hoy se muestra crecientemente rebelde y se niega a toda penitencia. Después de tu partida nunca resplandecerá la armonía que una vez me hizo humana. Ah, la noche y sus crueles imágenes. Seré la victimada por mi propio deseo y él después de abandonar mi cadáver huirá a continuar solitario su acecho. Ah, la noche me parece inconexa. No hubo entre nosotros una ceremonia, no existe un solo documento público que pruebe que, al menos, un día tú y yo nos conocimos. Pero nos conocimos y fue mi corazón el que terminó por lastimarte. Mi corazón, que ya estaba fatigado, después de tu partida se postró enteramente. Si consiguiera verte más allá de mis sueños quizás se rompería el desacuerdo entre mi esqueleto y mi carne. Pero no. Ya me he roto para siempre. Mi corazón, mi esqueleto y mi carne han tomado diferentes senderos. El alba ha venido a amenazarme. ¿Qué castigo podría sobrepasar a tu ausencia? Despierto ahora de un sueño en el que hube de verte. En mi sueño intentaba entrar entre tus brazos y tú te retorcías como si fueras atacado por una serpiente. Ni en mis sueños ya, ni siquiera en mis sueños. Sufro de calor y luego de escalofríos. Las pestes más arcaicas

rondan a mi organismo. Percibo cómo mi cuerpo se vuelve extrañamente medieval. ¿Llegarán hasta la pira fúnebre mis restos? Me abandonaste como si fuera una antigua apestada. La fiebre negra me inunda de un modo funerario. Sólo mi deseo puede compadecerse. Traga mi corazón, el alba llega. De arte será hoy mi deslumbrante deseo. Qué maravilla. ¿Piensa que alguien podría acaso incendiar verbalmente la tierra?

Escribo:

Nada deseo más que a mi propio deseo. Qué extraordinaria la conversión compasiva de Dios. Un animal exhausto se arrastra en celo hacia la profundidad de su madriguera. El último satélite intenta inútilmente medir el diámetro de expansión de la tierra. Mi amado trastabilla en la taberna clandestina sostenido por una muchacha robusta. Mi amado está muy pálido, muy tosco, demasiado ebrio, arrobadó por el desafío que le presenta la cadera. Besaré mi propia boca fugazmente apenas se produzca la primera distracción en la noche. Besaré mi boca y untaré de saliva mi espectacular dedo índice. Tan costosa la vida, pareciera que únicamente el acto de morir fuera gratuito. Mi amado se emborracha y se emborracha en la taberna clandestina. Los banqueros se ríen ante la desesperación del préstamo. Mi amado nunca me regaló un vestido de seda. El satélite cae locamente a la tierra y quema la cabeza de su padre científico. Cuánto habremos de avergonzarnos por su espantoso fracaso. Deberé besarme, morderme la boca en cuanto se descuide la noche. Mi amado besa a una mujer opulenta. Mi amado se emborracha, pero qué importa si al fin mi amado siempre ha estado ebrio. Los adinerados habitan lejos de mi casa en un impresionante mundo cúbico y guardan en un tallado frasco de cristal sus monedas de plata. Se ven bellos detrás de los cristales de armiño. Pero el torso de mi amado es mil veces más apuesto. Y su mirada negra (los ojos negros de mi amado se han convertido ya en una leyenda) ahora está puesta en una mujer que le ofrece su cadera y su ombligo. Yo deberé hacer muy pronto una acuciosa cuenta de mis células para atraer mi boca hasta mi boca. Un coro de niños mendicantes canta una melodía en un rincón de la avenida. Mi amado baila en la taberna. El animal en celo cae en la profundidad de un pozo. La embriaguez de mi amado es capaz de bailar toda la noche abrazada a una mujer robusta. Mi amado ha dicho que vivir un siglo es una absoluta miseria. Que el

fuego, dijo, que una lágrima. Me habló un día completo inclinado sobre mi regazo en una habitación que olía a sándalo. Debo cuidar a mi dedo más pequeño para que no resulte el humillado. El banquero y su socio se precipitan a elevar los intereses mirando fijamente la capacidad de la bóveda. Mi amado piensa que los siglos se encadenan como un obsesivo y decrepito vampiro. Sufro de asma y mis bronquios me destrozan. Pero quiero a mis bronquios y a mi asma como si formaran parte de mí misma. Hube de abrir la vena de uno de mis brazos con mis propios dientes pues sentía la sangre maltratada. Mi amado procede a abrazar a la mujer sinuosa en la taberna clandestina. Está tan ebrio, tan cansado mi amado. Un guardia ejecuta una considerable ronda nocturna en busca de culpables. El sabio informa que tarde o temprano aparecerá una nueva estrella que pondrá en crisis la estabilidad del firmamento. Mi amado se retrasará en esta noche. Yo espero que mi mano olvide la costumbre de crisparse. Quizás pueda besar mi boca antes de que llegue mi amado. Los banqueros se unen en una cofradía para comprar el último tercio de la tierra. Vivo muy lejos, muy apartada de los inversionistas. El animal en celo agoniza de manera salvaje en el fondo del pozo. A mis amigos les fue negado el pan, se les escurre el agua de los labios. Mis amigos aunque no son puros experimentan siempre la pureza. Mi amado se va quedando y quedando en la taberna. ¡Ah, mi amado tan ebrio, tan cansado mi amado!

DE
VACA SAGRADA

DIEZ NOCHES DE FRANCISCA LOMBARDO

DIEZ NOCHES DE FRANCISCA LOMBARDO

Duermo, sueño, miento mucho. Se ha desvanecido la forma pajaril. ¿Cuál forma se ha desvanecido? Me acompaña a todas partes un ojo escalofriante que obstaculiza el ejercicio de mi mano asalariada. Fui incapaz de penetrar un universo. Soy diestra sólo en una parte, en la parte de una parte, veo apenas el agujero genitalizado de una parte. Una paga infernal me obliga a pensar en figuras sesgadas, plagadas de mutilaciones. Sueño, sangro mucho. Me han expulsado la poderosa forma pajaril y su amplio despliegue en la ciudad. Después de tanto esfuerzo he perdido el hilo razonable de los nombres de los nombres y se han desbandado todas mis historias. Sangro, miento mucho. Calentada apenas por un vaso de vino, ahora, me pregunto: ¿En qué clase de derrumbe habré de sobrevivir a la crudeza de este invierno?

Estanochellegaconlunllenayteveoangustiadamente desde la luz. Hemos hecho planes, tantos planes que me alivio. Me pides que te cuente y no sé morder mi lengua. Trepo encima de ti entibiada por mis recuerdos, movilizada por mis propias palabras. La cama retumba y no me importa que se me hielen los pies. Ah, el rubor. Te tendré para siempre y te subes encima enardecido por mis narraciones. ¿No tienes nada que decirme?, pero tú ya no puedes oírme concentrado como estás en tus movimientos. Bum, salta lejos como un militante herido y me dejas anegada. Sales disparado de mis ojos y desde el otro lado de la cama redoblas tus promesas, afinas los planes. No te creo nada, el pájaro ciego y sordo sólo se levanta al ritmo de su apetencia. Pájaro adulador y mentiroso. Estás con el pájaro en la mano, alado en la cama, finges soñar conmigo. Cuidadosamente me seco con la sábana y viene a mí. ¿Cómo fue la primera vez? Resiste Francisca. Los burlescos

días jueves se ríen de la mañana a la noche. Fue un jueves en que disminuyeron bruscamente los jornales, arrasaron con los jornaleros. Lo hice con un jornalero derrotado a los tres meses exactos. Resiste Francisca, agarrada al cabezal de la cama con todas mis fuerzas, pensando en la magistral articulación de la rodilla. No era lo que se entiende por un jornalero, ni por un trabajador siquiera, tan inexperto que no habría forma de contarla, no sabría cómo. En ese tiempo conocíamos poco. No pude resistirlo, no estaba en mí entender que se trataba de una batalla, de una cabalgata, de una invasión a campo abierto. El hijo del jornalero lo consiguió conmigo. Se me acalambró el brazo derecho completamente. Te conté esto con mentiras, no te conté nada de lo que realmente pasó. Estamos juntos de mentira, ya estamos juntos de mentira cinco años y en estos últimos tiempos ya no me pasa lo mismo. Ya no, pájaro insuficiente, expresivo. No quiero el vestido que me prometes, quiero otro. Quiero que te quedes conmigo para siempre, me lo dices tú y no te creo. La primera vez estallé urbana como encendida por miles de pedacitos de focos de automóviles, encementada, metálica. Lo resistí porque fui urbana. Ahora te tengo como una vieja avenida, como un televisor con interferencias. Caen las imágenes, se desenfocan en el vértice. Suelta tus alas y cúbreme. Tengo los pies helados, te toco y te estremeces. Intento enredarte todos los pelos que tienes en el cuerpo, despuntarte las alas. Tengo mucho que relatarte aún, hubo bandadas de pájaros que enfilaron hacia las afueras de la capital. No te duermas que te estoy hablando y concéntrate bien, no vayas a pensar en otra. Estás pensando en otra, en otras cosas, maldito pájaro desconsiderado, vieja lechuza de mal agüero. Te miento para halagarte, lo hago tan bien que me abrazas y me dejo llevar por ti al territorio resbaladizo de los últimos cinco años, cercada por el hombre que me sigue para matarme y que a esta hora estará esperando con una astilla para sacarme un ojo. Pero ahora estamos

abrazados y creo desesperadamente todo lo que me dices, olvidando el odio de tu mirada matutina, esa mirada que tanto conozco, saliendo de tus ojos verdaderos a la hora de la siesta de tu pájaro asesino. Me río de ti esta noche y tu mano se levanta hasta mi rostro para golpearme con una fuerza desgarradoramente humana.

La cama cruje y cruje. Crujío y crujío en esa pieza miserable. La inestabilidad del piso de tablas, el papel de la pared estriado. Desnuda. Me desnudó y no respondí. Mi cuerpo desnudo alcanzó una autonomía sorprendente, asalariada, encabritada. Mi animal escondido salió de su guarida y se atrevió a casi todo. Me atreví a todo y cuando él dijo: "Francisca", ni siquiera le creí. No era yo. Era la cordera, no era yo. Era mi mano bajando y subiendo. Mi dedo índice. Mi dedo del corazón haciendo una desesperada declaración de amor con la uña. No estuve quieta. Sentí que un cazabombardero entraba enloquecido por mis piernas abiertas. Sentí cómo una estaca que venía a meterse a mi ojo derecho para cegarme, se desviaba a último momento y se incrustaba entre mis piernas. Sentí que la uña del dedo del corazón horadaba una pared de cemento. Un aserradero, el aspa de una hélice. Su lengua, con certeza, se preparó para operar. La cama no paró de crujir, la cama retumbaba con el sonido de una mujer escandalizada por lo que estaba sucediendo. El embrutecimiento de mi cuerpo había perdido la óptica del terror. Pasó su lengua por la planta de mis pies. La pieza tenía una ampolla de veinticinco vatios, la benigna oscuridad brilló en saliva. La cama estaba sostenida por alambres trenzados: los malditos crujidos. Su lengua emprendió a una de mis orejas y me taponó de saliva la ranura para precaverme de los ruidos. La pieza tenía una sola ventana. Un tragaluz sucio. Serían las tres de la tarde pero no era ése un lugar para la luz natural. Salió disparado mi pezón, mis dos pezones. Su saliva me alivió, me ayudó a soportar el picoteo del pájaro. Ni siquiera teníamos una lámpara encima del velador,

alcancé a divisar mi zapato negro caído en medio de la pieza. No seguí mirando. Metió su lengua por mi boca y repasó mis dientes. Quise su lengua, quise tanto su lengua, quise tragarme su lengua. Pero nunca fui yo, fue mi animal que mugía por salir con una enorme lengua rosada. Yo estaba áspera para su saliva, estaba suave para la pieza. Cada uno de mis pezones cayó sobre cada uno de sus ojos. Dijo que no quería nada conmigo si yo estaba con sangre. Que no soportaba ver las sábanas manchadas.

—¿Estás con sangre? —me preguntó.

—No —le contesté.

Te sigo en las noches, al amanecer. En soledad te nombro. ¿Qué me hiciste? Tengo las piernas y el estómago inflamados. Me he puesto tan vulgar, de una vulgaridad espantosa. ¿Qué será?, vivir con los ojos inflamados sin poder distinguir a un muchacho de un hombre. Ni siquiera entiendo de belleza, se me van de las manos los muchachos bonitos, ¿dónde se han metido esos hombres? Soy experta. Estoy atenta a las muchachas bonitas, quieren cautivar me, comerme con sus muelas. Pero ya no. La vulgaridad me dejó estos ojos de gato. Mis ojos inflamados pueden ver hasta lo que hay debajo de la cama. Fosforecentes. Sé que lo huesos son viciosos, terriblemente viciosos. Ah, el animal. Mi animal fue repulsivo para el muchacho. Cuando dije "Pajarito", se asustó, se encogió y estuvo a punto de desaparecer. Él no lo supo, pero era vulgar, no sabía poner nombre a las cosas, le tenía tanto miedo a las palabras que se encogía. Rubiecito. Venga la noche, que entre la oscuridad y se abra de piernas y orine en el suelo de mi pieza. Venga la noche. Las cucarachas manchadas de orina se vuelven indistinguibles. El lavatorio tenía una cucaracha patas arriba, pataleaba, y maté al bicho, maté a toda una familia. Mi ávido animal quiere pastar, llevarme al heno porque quiere pastar para después dejarse caer sobre sus cuatro patas. Consentido. Es inhumano tenerlo

encerrado siempre. ¿Qué animal? Era yo. Fui yo la que inicié la pendencia con el muchacho. No había más ruido que mi hombro chocando con el hueso. Pero el pájaro siempre picotea. ¡Qué destino!

Hubo una noche en que la vulgaridad corría por todas partes. Corre Francisca. No me bañé en una semana y en una semana mi cuerpo hedía. Alguien me sigue. Ahora cumpliré veintidós años y buscaré empleo. Seré una asalariada más, trabajaré un tiempo y después me voy a enfermar y alguien deberá cuidar de mí. El dinero es tan refinado, no vale la pena huir en la noche. El muchacho no tenía pasión por las palabras, su lengua asustada se movía para ahogarlo. Lengua mentirosa y encogida. Dejaré morir a mi animal patas arriba hasta que se ahogue. No tengo animal. El picoteo del pájaro, bum, bum, monótono. Qué extraña capacidad, bum, bum. ¿Qué lo hará tan decisivo? Mi propaganda arde y el pájaro picotea mi propaganda. Mudo, es mudo. El cuerpo del muchacho huyó a perderse en la noche, la noche aquella en que mi labio inferior fue atacado por mis dientes. Fue como un animal, mi boca patas arriba, y sentí peligro de muerte. La muerte estaba afuera de mi cabeza esperando que yo cayera definitivamente para atraparme entre sus patas. Escóndeme sólo por una noche. Seré cerca de hoy una asalariada más y cualquiera podrá despedirme. Aún me mantengo sobre mis dos patas y no seré un animal arrastrándome sobre el colchón para lavarme como una cucaracha orinada. Alguien me sigue. Una mujer en cuatro patas es ruidosa, cómo grita. En la pieza del lado una mujer gritó y no pude evitar sentirme subyugada por su grito. Ya no. Cumpliré en cualquier momento veintidós y emprenderé una nueva vida como asalariada, como una asalariada más, y mi paga servirá para ir matando fríamente a mi animal.

A través de mis ojos inflamados vi un plato de greda, una lamparita y una bellísima alfombra verde sobre el piso. Me paré frente al espejo y desde allí comencé veladamente a descender.

¿Hablemos esta noche? Está oscuro. ¿Te das cuenta de lo oscuro que está? Te pusiste turbio y no entiendo qué es lo que he hecho esta vez. Lo noto en la oscuridad. Me sale una gota, apenas una gota, pero aún así no quieres. No quieres nada, me dices y lo que no me dices es que te espanto con mi ojo amoratado. Ya sabremos, vamos a ver quién vence en esta batalla, quién derrota la odiosidad de la noche. No me quieres esta noche, no quieres a nadie, pájaro ensimismado. Temes a mi peso y a mi pesadumbre. Estás manchado de terrores, recorrido por malos pensamientos, y por eso te pasas a mi cama cada noche. Te siento entrar como una magnífica susurrante música altiplánica, tú sabes, tú conoces el rigor de los instrumentos.

Has estado entrando y saliendo, llenándome de ofensas, a mí, que vi tu sombra. Vi una sombra en mi pieza hace ya tantos años y comprendí que iba a perder un ojo, que lo perderé tarde o temprano ensartado en la implacable astilla. ¿No haces nada? ¿No dices nada? No esta noche, no debo cargar contigo esta noche y por eso quiero subirme encima. Ascendí con un hombre estrepitosamente dañino, un pájaro degollado en un árbol. Me sentí decapitada esa vez, perdí la cabeza, sufrió, pagué solamente de abajo. Estás abajo ahora, ¿no te decía? Te hablaré, no me interrumpas, no interrumpas justo cuando estoy al borde de conseguirlo. Si te detienes ahora me voy a enfermar. Mi mano extraordinaria se acaba de compaginar con mi lengua, lento, despacito. Ah, se está tranquilizando el voluble mundo entre mi mano y mi lengua. Crece mi lengua por mi mano. Todo está adentro. Cómo he cambiado. Él me llamó: "Francisca", me dijo, entendí que andaba buscando mujer y me sentí sumida en la misma viciosa necesidad. La magnética noche, la frenética mano, el despojado cerebro. Porque no fui capaz de pensar, la energía se dejaba caer sobre mi cuerpo. Cargo contigo encima una noche más y me parece una noche de mentira, falsa como la mancha que recorre mi cintura, como la cicatriz en el borde de mi pelvis,

como el lunar que delimita mi labio, sólo la presencia de mi altivo pezón me confirma que me enfrento con una noche verdadera. Sácame de mí, llévame lejos, dime otra vez lo que haremos juntos. Hubo una noche extremadamente hostil, una bandada de pájaros enloqueciendo.

Te necesito. Esta noche se está viñiendo abajo y yo aquí curvada, con las piernas abiertas, esperando. Mi hermosa herida constante entre las piernas. Hueles, escarbas, aumentas la caída de la noche. La noche no se abre, no se abre. Erecto, erecto, erecto. Vuelas noche arriba, pájaro envanecido y me cuentas. Cuéntame, pues, habla de tus triunfos. ¿Te gustó mucho?, ¿no?, ¿qué fue lo que te gustó tanto? Hilas cuidadosamente tus palabras, mientras yo ensayo una posición terrible que me conducirá a un riesgo excesivo. Estoy en una terrible posición ante la noche, a punto de disolverse. ¿Qué te pasa con la sangre?, ¿qué te pasa verdaderamente ante la sangre? Eres uno más esta noche y te recibo como a uno más, ya sabes, con las piernas abiertas. Si hubieras atentado contra mi mente podría tocar ahora la fortaleza de tu carne. Erecto, erecto, erecto. La intensidad de mi mano puede más que todas tus mentiras. Ocupando mis dos manos, quizás, pueda capitular la crisis de esta noche. Me duelen los dedos, mis dedos en la boca, la vacía belleza de mi herida. Se avecina otra vez el tumulto. ¿Qué me vas a dar?, ¿con qué me vas a pagar esto? Observa mi cabeza. Nunca, en ninguna oportunidad pudieron convencerme, no tiene precio, no es asunto de asalariadas, no lo hacen las trabajadoras. Aun sabiéndolo, pensándolo, no me parecía posible, pero acaba de pasar. He avanzado mucho, ¿no?, he dado un gran paso adelante, por eso las mujeres están furiosas y necesito una dosis de analgésicos para soportarlas. Tú te niegas a soltar el dinero, no quieres pagar por mis dolores. Me sacas en cara que abuso de los calmantes. No estoy dispuesta a escuchar una palabra más esta noche y pienso que es común todo lo que

has hecho, pero te digo que sí, que sí, para halagarte. Eres tan común que llega a ser desconcertante. Me desconcierto por mí. ¡Qué espectáculo estoy dando! Lo haré bien, antes pude ser titubeante cuando no comprendía lo que querían. Vi dos cuerpos encajados y me deslumbré por la extensión de los músculos. Te gustan los espejos, ¿no?, no quieres perderte de vista en ningún instante. Juro que esta vez voy a gruñir como un animal para que no te desencajes y me enfrente al hombre que anda detrás de mí para matarme y matar mi visión. Es trágico. Adiviné dónde está la guarida de los pájaros. Me han enrolado como trabajadora y debo combatir por mi sustento, defender cada punto del contrato. ¿Y tú, qué haces? El hombre está afuera paseándose escrupulosamente de un lado para el otro, un pájaro listo para levantarse en contra de mí. Me cegará inevitablemente. Acompáñame esta noche, no dejes que me avergüenze por la posición que estoy tomando. Cada noche. Tengo algo interiormente resbaladizo que me impide alinearme con las trabajadoras. Siento que perderé mi batalla, pues los pájaros se han resguardado tras un negro riguroso, y soy incapaz de distinguirlos en la oscuridad. Soy solamente una asalariada, una trabajadora entre muchas, curvada, abierta de piernas. Te apareces desnudo, descaradamente alado, con una fina pelusa alrededor. Parado encima de la cama empiezas a curvarte, a curvarte. Te curvas y suavecito empiezas a reparar mi inmenso daño.

Me confirmas que seguiremos juntos para siempre y me dan ganas de correr hasta perderme. Aún no sé por qué te quedas. Tengo treinta años y no me hiciste ningún regalo, no me celebraste. Estoy perdiendo mi edad a tu lado. Quise estar con otro. Lo deseé tanto, ah, cuánto quise un cuerpo distinto ese día.

La noche de mis treinta años me buscaste pelea mientras yo pensaba en toda esa gente. ¿Qué será de ellos? Juan se enterró un fierro de su bicicleta en un ojo. Yo estaba

ahí. Con el primo de Juan nos encerramos a menudo en el baño y fue de arriba abajo, todo por encima, en forma superficial. Me saqué la ropa, pisamos la baldosa fría y nos apoyamos en el lavatorio. Sentí afuera los pasos de Juan con el globo del ojo reventado, el agua corría, la dilapidamos por una hora. Fue bueno. Juan perdió un ojo jugando con su bicicleta. Yo gritaba que el ojo estaba en el fierro y su cara vacía llena de sangre. Después de eso nos encerramos con el primo, mientras el agua corría, jugando, chillaba la ambulancia, todos. Allí descansábamos. Dejé eso de un día para otro, no pensé en ellos cuando cumplí treinta. Me puse un traje claro para celebrar, te dije que no quería y empezó la pelea cuando te conté lo que había deseado ese día. En la noche la sábana estaba arrugada y te quejaste. Me arrugaste el traje claro, terminaste llorando. Estaba aterrorizada, mi edad caminaba errante haciendo una disparatada peregrinación por la pieza, asustada por mis gritos. No hiciste nada que llamara al festejo. Terminaste llorando porque no pudiste tomar mis años y dejarlos metidos en ti. Se levantó el pájaro para amarrarme a la cama. Me amarraste a la cama para rasurarme abajo como regalo. Me rasuraste mis treinta años, y el pájaro levantado mostró una soberbia indescriptible. Vienes a decirme que seguiremos juntos para siempre, justo ahora que pienso en otro, en uno distinto a ti. Es un hombre bonito, me besó en el baño y me abrió las piernas con su rodilla. Frente al espejo. Vi mi cara en el espejo y ya había aprendido que estaba al revés. No vi mi cara, vi el revés de mi cara y el derecho de mis piernas que se abrían. No pude pensar en ti. Me dijiste que me perdonabas si te lo contaba todo, pero no fue, no te lo conté todo, no quise ver la actividad del pájaro, de tu pájaro obediente. Esta noche te espero con las sábanas estiradas y te revuelcas como un niño que quiere jugar conmigo. Cuídate, tengo más de treinta años y no dejaré que lo hagas. Mi animal me ordena que me calme. Estoy calmada. Un hombre me espera afuera en la calle

para sacarme un ojo. Entre sus manos esconde un clavo para sacarme el ojo derecho.

No encuentro trabajo. Están pagando tan poco y nadie me cree, ni tú, pájaro quejoso que sacas en cara la mantención que me das. Pájaro mezquino. No me voy a contratar por un salario de hambre, para que después me sigas pidiendo, en la noche, que te haga las cosas de gratis.

Te he hecho demasiado de gratis y ni siquiera sabes agradecer, nada aprecias. No vamos a discutir ahora, me dices que no quieres más disturbios. No te creo, no te creo porque me estás apuntando de una manera que no me gusta, eso no te lo voy a permitir, no lo consentiré nunca más. Lo vamos a hacer como a mí me gusta o no hacemos nada. No quieres hacer nada conmigo y me culpas, pretendes que es culpa mía; pues no es así. Te he buscado de diversos modos y no subes, estás completamente alicaído, ¿qué pasa contigo?, mira que te puedes quedar así para siempre como un pájaro enterrado. No sufras, déjame a mí, déjame avanzar y no vengas con sustos. Sé lo que quieres de mí esta noche, pero es imposible. ¿Quieres que te cuente algo?, quizás te anime y respondas. Ya me siento mejor, me siento, en verdad, mal, cada vez peor y no me acuerdo de qué me has hablado a lo largo de este año. Sé que me has dicho que mi cabeza no tiene ningún destino. La última vez me hiciste saltar de la cama, me disparaste lejos, pájaro caligráfico. Ahora sales con que me tienes miedo. Revolotea, pierde tus temores y frótame las ronchas del estómago. No me mires, deja de mirarme, pues no sé qué hacer, no sé cómo ponerme ya cuando lo de antes no te gusta. Deseas que te cuente la escena del parque y no me acuerdo lo que te dije, no quiero equivocarme porque si lo hago te vas a desplomar, te vas a venir edificio abajo. Estoy verdaderamente alarmada por ti. ¿Quieres estar con otra? Si te atreves, pájaro trámoso, será verdad lo que dices, lo que me has dicho este último año. ¿Has estado con otra? No mientas, no digas nada. Sé que has estado con otra, vi

las manchas, estabas todo manchado. Eso es lo que pasa, estás a punto de decírmelo, te mueres por contármelo y por eso me acusas, me insultas y no quieres aceptar que han bajado los salarios. Cuido de ti, ¿no es cierto? Está bien, tómame como quieras, al final, siempre haces lo mismo, pero empieza de una vez aunque me mojes todo el cuerpo. Me duermo y no estoy despierta para vigilarte. No puedo andar detrás de ti todo el día, todo el día detrás de ti para saber en qué piensas, en quién. Entra un ventarrón por mis piernas abiertas, se me enfriará el interior y tú no estás. Me asusta la noche y te aprovechas y me dices que te vas a ir cualquier noche con cualquiera y ahora temo que cumplas tu amenaza. Tómame y piensa en quien quieras, pero afírmame hasta que me entienda con la noche. ¿Ves?, estoy puesta como te gusta. Conocí a un muchacho tan temeroso como yo. ¿Te lo conté?, ¿cierto? Lo que hicimos con el muchacho lo había aprendido con una costurera de la avenida, esa mujer le había contagiado su pavor a la noche. Estamos en plena oscuridad y me niego.

No me dejo tentar por tus ofertas. Sólo sigo aferrada a ti para que me conduzcas al siguiente nuevo día, brillante, como la arista de la moneda que me hiere.

Siento un permanente dolor, miedo, una hambruna insaciable me devora. ¿Te das cuenta de que no puedo levantar cabeza? No me dejan, ni tú. Derribada por mí paga no logro avenirme a ningún oficio. Los despidos se suceden por todas partes, y la noche de mis cuarenta años me encontrará desempleada. Parece que tú vivieras en otro mundo, no entiendes lo que está pasando. Cansada, desempleada, dejo que me pase contigo, pues aún sigue ese vago, inestable ascenso. Una de estas noches acabarás por derribarme, me derribarás al intentar detener la fugacidad de tu aleteo. Dices que no te irás, me lo has dicho y hasta lo has jurado. Te irás de todas formas, ¿Por qué no habrías de hacerlo?, pues únete con el resto. Me enfrenté

con una turba de pájaros histéricos detenidos ante una corta de árboles. Los pájaros estaban cantando un himno profundamente pernicioso. Te fatiga que mi lengua haya perdido su destreza, es verdad, no me resulta fácil tomarte con la lengua, es apenas una obligación más. Te haré un recorrido vertical con mi lengua, pero no me digas lo que hiciste, no repitas eso de los gemidos, no detalles nada. ¿Te das cuenta de que no hay nada?, no comprendo qué es lo que buscas de un lado para otro. No hay nada. Sigues desesperadamente buscando, picoteando en el fondo. No hay nada, sólo se parece a la entrada de la noche. ¿A qué hundimiento te acoges? Parece que vinieras de vuelta de un viaje desafortunado. ¿Vienes de vuelta? Un pájaro partió sin aviso y quedé completamente encandilada. Si te vas, llegará otro. Al límite de mis cuarenta años, mi cabeza entra en una letal zona de peligro. Veo, esta noche, un interminable desfile de cuerpos en éxtasis, salen a toda velocidad y estallan. He recibido sus fragmentos este tiempo, las esquirlas me hieren en la noche. El eco del último éxtasis se ha refugiado en la cúpula de tu pájaro. Qué engaño, por esa pequeñez he perdido mi trabajo, me he descolgado de las trabajadoras. Soy ya la copia de una asalariada por estar pensando en tus temblores en vez de iniciar una marcha para impugnar el desajuste de mi paga. Abro los ojos y te encuentro humedecido. Equivocada pienso que lloras, pero no. Te vienes encima y casi no puedo respirar. Habrá alguien afuera esperándome y ni un millón de trabajadoras podrán defenderme cuando mi ojo se encuentre con la astilla.

Le pedí a la noche que me ayudara, se lo pedí hace tantos años, le supliqué que me sacara lo malo que tengo adentro, lo mala que soy. Ofrecí mi visión para que él no me siguiera más, para no necesitar que siempre anduviera detrás de mí. Hace tantos años. No quise, en realidad no quise mirar a los muchachitos diciéndoles con la mirada las cosas, ni sentir la humedad, la misma humedad de la

película. Cómo me humedecí mirando la película, me dolió tanto que cuando terminó casi no podía caminar. Necesité en esos años de un castigo, fuerzas para detener las manos que subían por mis piernas a tocarme. Cómo gocé, casi gocé con la mano del hombre en el parque, el hombre aquel que pensaba que me estaba engañando, que yo no sabía hacia dónde apuntaba su mano, y lo dejé porque él estaba gozando con su propio error. No tuve fuerzas para detener todas las manos que intentaban lo mismo, impedir mi goce completo. Cómo me gustó que el otro me lo hiciera suavecito, con tanta consideración me metió la mano que cuando sentí que me empezaba, que ya me estaba empezando, lo detuve, lo rasguñé. Pobre hombre. Que no me pase, que no me pase, decía que no me vuelva a pasar, pero apretaba las piernas sentada en el sillón hasta que se iniciaban los latidos. No sabía, pues lo único que hacía era sentarme en el sillón con las piernas apretadas. Ah, debería haberme cortado las manos. Yo no quería ver esas películas que después me dejaban tan adolorida, pero ya estaba el hombre que me seguía y que aceleraba mis terribles costumbres, mi temor por la integridad de mi ojo. Por ese temor me abandoné a la mano que me andaba buscando para hacérmelo completamente. Pero, ¿cómo me atreví a decirle eso cuando el hombre me lo mostró?, ¿cómo pude nombrárselo y aceptarlo en mi mano? No aprendí a bañarme con la misma indiferencia con que me lavo las manos. Desde que sentí a la vecina nunca más me engañé comprendí perfectamente la enfermedad que tenía. En ese tiempo cambié la ubicación de la cama y puse un armario en la muralla. Quise ir al campo, pero los animales podían atacarme. En mi casa me asaltaba a mí misma. Todo es peligroso, hasta una simple película que me dejaba sin poder caminar. Vendedores, artesanos, albañiles, carpinteros se tropiezan en mi memoria, se parecen a un pájaro estrellado contra un vidrio. El mundo del trabajo desfila ante mis ojos. Las trabajadoras caminan en línea

recta y sangran por las narices. Quiero sangrar, desfilando con el puño en alto, gritando por la restitución de nuestros derechos, conmovida por una energía semejante a la histeria. Sangrando, con el puño en alto, alcance a entender que aún sobre en todas partes, en todas partes me aguarda lo que me hizo huir de todas partes.

Hay tres enormes pájaros, pájaros negros, parados en la cumbre de un acantilado. Están extrañamente inmóviles con sus picos elevados hacia el sol, vueltos a una altura que no calienta nada. Sol engañoso. Uno de esos pájaros se mueve y divisa que estoy abajo, en medio del agua. Abre las alas y viene a mí a una velocidad electrónica. Cierro los ojos y me hundo en el agua. Voy a morir. En el sueño ya estoy muerta debajo del agua y el pájaro se sumerge para picotearme. Es un pájaro terrestre y marítimo. Estoy cerosa y una mancha verde se dibuja encima de mi estómago. Mi cadáver mantiene una fiel sonrisa en la boca y mi encía inferior sangra a través de un pequeño orificio. Caí desde lo alto de un acantilado, fracturándome la cabeza después de que el pájaro negro me voló un ojo.

DE
LOS TRABAJADORES
DE LA MUERTE

LA CIGÜEÑA

AHOGAR A LA GUAGUA

EL MAR

LA CIGÜEÑA

¿Hasta dónde es posible llegar? ¿Puede alguien decirme cuál es la extensión matemática de mi hueco? Malditos topos cegatones híbridos me empiezo a deslucir. Debo gemir, es la hora en que empiezan los gemidos custodiados por la fugaz sombra agónica de mi padre que jadea y jadea en la parte de atrás de mi madre y en ocho patas la araña no deja la pared en paz. Debo gemir. Olvidar entre los gemidos las pezuñas de las ratas que corren de un lado para otro. Ciertos gritos cruzan por mi cerebro plagados de palabras feroces. Feroz la insulta. Ojitos bonitos como estrellas de mar, me dijo, antes de clavarme la tremenda jeringa en el dedo. Ojitos bonitos llena de granos en las manos, infectada de la cabeza para abajo. Aprende, aprende, aprende imbécil. Pude pegar letra con letra y formar la primera palabra a duras penas la estúpida. El primer parto se prolongó por horas y en esas horas casi me mató. Casi me mataron los dolores tantísimos que nadie lo podría creer. Cuando en la maldita reunión social me pasaron una servilleta sucia, llena de otras babas, toda manchada por una boca ajena, yo me la tuve que restregar avergonzada hasta el concho sobre mis labios. Sucia, terriblemente sucia, oliendo sin trabas, sucia de abajo y de los costados cochina. Mi memoria, resto de alcantarilla, no pude olvidar el ratón corriendo por encima de la cama. No puedo olvidarme de la difamación, de la traición, de la herida. En qué sitio me puedo esconder cuando el alma se descalabra y un paisaje ni siquiera agreste lacera mi memoria donde el hombrón me metió la mano por debajo del vestido y me zamarreó toda la parte interna que de puro terror ni sensaciones me acuerdo. Una fuga, una fuga, una fuga. Lo sé, esa fuga formó parte de un augurio, se convirtió en una imagen arrancada de mi sueño en cuyo centro se proyectaban frenéticos una centena de presos

agrupados por el líder, unos prisioneros que echaban la cárcel abajo a punzón limpio después de meterse guardüero abajo el pájaro verde que los anduvo alucinando y casi medio los mató y así no más pues fracasó la huida, se desvaneció mágico y presagiador el sueño. Pase pues. Siéntese pues y cierre la boca llena de mugre que se gasta. Tome asiento y sírvase lo que desee. Para eso estamos. ¿Está cómoda?, ¿se siente como en su casa?, ¿desea una copita de vino blanco?, ¿tinto?, ¿un licor dulcecito?, tome pisco. Tómate un pencazo de aguardiente, mierda, porque ni te imaginai la que te va a llegar. Siéntese, siéntase en confianza, usted sabe que mi casa es su casa, señorita. Adelante pues, pase no más. Métete para adentro y no andís mirando cuestiones raras, ¿me oíste? Medio guarén que pillamos adentro de la casa, al ladito del agua andaba sediento el bicho tirando enloquecido de un lado para otro como una bestia grandota el ratón asqueroso que se desarrolló tanto. Si me acuesto de espaldas voy a soñar bonito, de lado me mareo, boca abajo no puedo. Date vuelta que quiero verte bien la cara que tenís porque ya te conozco cuando andai con mentiras. Píllame, píllame ¿Qué tanto? Una vez cayó una marea de granizo y los chiquillos que éramos jugamos tan felices, resbalosos y felices ocupando toda la calle, un atado de espantapájaros negros curiches en el medio de la acera y el granizo blanco, tan blanco el granizo ¿No me quiere morder un poquito?, ¿chupar un ratito? Ábrame el cierre pues y lo hacís bien hecho esta vez, ¿me oíste, mierda? ¿Acaso no escuchai? Estas guaguas lloronas no se llenan con nada. Nada llena a estas guaguas lloronas y ya llevo dos noches en vela. Está tan gorda la guagua primera que parece que se va a reventar. Guagua llorona. Tan bonita su guagüita. Gracias, muchas gracias. Aquí tiene, le traje unos chocolatitos. Me quiero, quiero, quiero comer un chocolate, me muero por un chocolate. Estai cada día más gorda, luequito te va a empezar a colgar la panza. Qué ordinario el tipo, muy

ordinario, corrientes, sin interés resultan estas tardes en las que se oscurece tan temprano ahora que es invierno. Es invierno. Me duele la pierna como si la sangre no circulara de la misma estancada manera en la que esta noche no se acaba nunca ni se termina la oscuridad ni el silencio ni mi inquietud constante. Me duele la pierna y la espalda. Algo quizás ha terminado por afectar de manera malsana a mi columna, a estos numerosos huesitos tan ordenados y pequeños que asombrosamente se encajan unos con otros para conseguir que se mueva mi brazo, la rodilla, la rodilla, la cintura en medio de una armonía esplendorosa y así es posible que me incline, me levante y siga avanzando en esta vida que no me ha llevado a ninguna parte. Pero más me duele la espalda y la pierna y otras distintas agudas sensaciones que abruptamente me estallan en el cuerpo, una mancha por aquí, otra mancha por allá. Si me duele la pierna y la espalda es que me ha invadido una definitiva malignidad en la columna, estos huesos míos ya viejos, carcomidos que se niegan a cumplir con la obligación que tienen con mi cuerpo de transportarme sin molestias, sin el más mínimo resto de dolor de un lado para otro. La columna se curvó de lo más bien cuando el primer parto. Se curvó como si fuera natural y salió disparado el muchacho entre el reguero de sangre. Sí, entre la sangre y las distintas repulsivas materias interiores, resbaloso, licuoso, supe que iba a ser lo que iba a ser. Me di cuenta, tan interior, tan resbaloso, tan líquido, tan escurridizo, que me iba a hacer lo que me iba a hacer. Pase no más pues, adelante. Entre con toda confianza y síntese ¿Quiere comer alguna cosita?, ¿qué prefiere?, ¿dulce o salado?, diga, hable, largue para afuera sus deseos, para eso estamos aquí, para servirla en lo que pueda, en lo que quiera. Habla, mierda. ¿Pero qué te imaginai?, ahora mismo voy a hacer que te traguís cada una de tus palabras. Mal hablado el hombre, rabioso, insensible, una cara para adentro, otra para afuera. Tengo una sola rebelde memoria que jamás

me ha permitido un segundo de tregua. Y entonces, ¿para dónde me voy con las guaguas?, ¿cómo me las podría arreglar sola con las dos guaguas? Ni siquiera me gustó. Sentí algo así como un salpullido apenas, una cosa leve parecida al sonido del guarén gordote saliendo de la acequia. Bicho asqueroso. ¿Acaso no escuchai que está llorando la guagua? Si me lo propongo puedo dejar de pensar, tengo que dejar de pensar y cuando mire por la ventana, cuando vea cualquier descolorido, amorfo paisaje, se va a ir este dolor espantoso, este espantoso dolor de cabeza que desde hace tres días me está volviendo loca. Me voy a volver loca, totalmente loca con este dolor. Me duele —le dije— y a él le importó nada porque con seguridad ni cuenta se dio que me dolía. Nunca se dio cuenta que yo ya me había enterado de todo, que sabía en los planes que andaba, ni tampoco entendió que mi ser estaba preparado para la venganza, porque la venganza es una condición propia de mujeres. Porque ya está escrito ¿no? Sí, de mujeres. Tan caballerito ¿no?, tan cumplido que se presentaba. Así lo veían todos, como un caballero. Y yo tan educada que me criaron, tan estúpidamente dama para soportar no sé cuántos infiernos. Sufro de vértigos. Me mareo. Estaba mareada por los dolores. Es increíble en cuánto, de qué manera puede dilatarse el surco de la estrechez. Primero sentí que los escalofríos corrían por mi columna, luego, cómo mis huesos cedían, se abrían dislocados y después, al día siguiente, cuando ya me sentía mucho más aliviada, cuando ya la guagua, pensé: nunca más. No lo haré más, pensé, porque lo que me sucedió está más allá de lo humano, más lejos que cualquier cosa imaginable. No lo haré más, me dije. Él se iba a ir, lo sabía, siempre lo supe. Cuando se fue, pasé la noche entera sin dormir, toda la noche despierta y justo cuando empezaba a amanecer, invoqué al conjunto de mis ciertos alucinados dioses. Los invoqué porque era mi costumbre, los nombré para cumplir con mi rutina. Los invoqué a la manera de

una salvaje celebración porque entendí que desde ese día en adelante, yo iba a dedicarme a llevar adelante mi tarea. No le pedí nada a mis dioses, yo misma me pedí la fuerza, la resistencia y la disciplina para prepararme hacia lo que sabía que tarde o temprano iba a suceder. Sabía que lo que iba a ocurrir ya estaba escrito. Antes que yo. Antes de mí. La guagua llorona no se calla nunca, ni con la comida se calla la guagua chillona.

Mi guagüita linda, preciosa. ¿Quién me mandó a tener esta güagiota mañosa? Así son los hombres. ¿Cómo son los hombres? ¿Quién lo ha dictaminado con tal absoluta seguridad? ¿De dónde sacaron una cosa así? Cuando me prestaron el caleidoscopio vi en su interior el paraíso. Tenía ocho años. Sí, el mundo anterior sobrevive en los caleidoscopios, en su interior trenzado a los vidrios de colores. Ah, los colores más sobrecedores, mágicos, divinos. Me quedé prendada del caleidoscopio. Todavía. Sí, todavía estoy enamorada de esa combinación hipnótica de colores y destellos y belleza y felicidad inquieta y perturbadora y solitaria que es absolutamente —ahora lo sé— irreemplazable. Y porque me dejé llevar hasta el mismo fondo denso del caleidoscopio es que me pareció siempre brutal, absolutamente irreal e imperfecto y canallesco el modo en que se me dejó caer la vida con tamaña injusticia. ¡Que se callen las guaguas, te digo, mierda! Pase, pase usted primero, yo siempre después de usted. Qué días, qué tiempo más descompuesto, el sol no se ve por ninguna parte. Aunque es verdad que a mí me hace mal el sol, me enroncho entera, me enronché entera cuando mi padre y mi madre. Cuando lo supe. No tiene —me dijo la mujer—, mi madre que aceptarle nada a los hombres, primero te tocan la mano y después se propasan. Sí, se propasan —dijo mi padre—. Sí, se propasan —dije yo—. No me hablís, cállate. No tenís derecho a preguntarme nada. No te voy a dar ninguna explicación. ¿Por qué te voy a explicar algo a ti? Yo hago lo que quiero. No me mirís con esa cara, mierda. La segunda

fue una tremenda guagua, qué gorda, qué grande, qué perfecta, igual a mí la guagua, la misma cara, Fue otro hombrecito, un hombrecito más. El primero fue más chiquitito, no sé, más enclenque o más desvalido o más asustado. Más lo quise. Mira no más como salió de nuevo hombre la guagua. Mejor pues. No me acuerdo, la verdad es que no me di cuenta cuál fue exactamente el momento en que se me empezó a echar a perder la espalda. Primero fue leve, muy leve, apenas un dolorcito vago. Y ahora aquí estoy, torcida, medio curca, porque ya me lo dijeron, me notificaron que ninguna medicina me puede ahora enderezar los huesos. Es muy tarde, se ha vuelto un mal irreversible. No puedo dormir pensando en mi espalda. ¿Qué fue lo que pasó con mi espalda? Daría dos años de lo que me queda de vida si mi espalda se enderezara. Daría hasta tres años. Ocho años se quedó en la casa y de esos ocho años —dígame alguien— ¿cuántos días, minutos quizás valieron la pena?, pero ¿valieron en algo la pena? No me acuerdo, no quiero acordarme, invento que no me acuerdo, pero, sin embargo, me acuerdo de todo. De todo. El honor, mi honor, mi solitaria irrefrenable angustia, el orgullo, mi pulida educación, mis habilidades. Sucio, insistente, solapado con el cuerpo, a cualquier hora de la noche, en las horas menos oportunas del día, cochino el hombre. Cuando era una muchacha me gustaban tanto los amaneceres, esos momentos en que el alba se manifestaba y se despejaba abriéndose paso, poco a poco, a una luz tan commovedoramente extensa que una se empezaba a empequeñecer porque esa era la hora en que todos, absolutamente todos mis dioses se empezaban a despertar para comenzar su agotadora y repetida tarea de castigar y enmendar los rebeldes contubernios que asolan al mundo. Y ahora aquí estamos, confundidas, hecha una con estos viejos amaneceres que ya no significan, que apenas alumbran con una debilidad desnutrida, tan arruinada que ni siquiera me afectan de la manera en que antes me revolvían jubilosamente el interior, Así, ay, enloquecida por

el griterío incesante de estas guaguas que tuve. Dos guaguas hombre tuve, bien seguidas, dos guaguas que me destrozaron los nervios sin que pudiera distinguir qué me pasaba, abrumada entre el disgusto, el cansancio y un cierto obligatorio cariño ante esas bocas abiertas y las pupilas que me miraban desconcertadas, buscándome, acechándose y traspasándose con sus ojitos penetrantes, llenos de estupor. Dos críos obligatoriamente míos que se me agarraron con una fuerza que me dejó indefensa, porque yo quedé indefensa, sin posibilidades de escapar a esa violencia infantil que finalmente terminó por torcerme la espalda, sí, la espalda torcida, alevosamente atacada por la carga de esas dos guaguas que llegaron por llegar no más a mi vida. Si no te gusta, te vai. Y ¿para dónde me iba a ir yo con las dos guaguas? Tan delicada que estás, date vuelta ahora mismo, ya sabes que de esta manera también me gusta a mí, así es que date vuelta y cierra la boca, no digas ni una sola palabra más, ¿oíste? Te traje un regalito, ¿te gusta?, ¿veis cómo te atiendo? Ya, ven a acostarte, ¿hasta cuándo sacaré la vuelta y te demoraré? —Es que recién se están durmiendo—. Ven a acostarte ahora mismo, te digo, mierda. Me gustaría dormir una sola noche sin que me despierten estos sueños plagados de catástrofes, una noche para poder pasar después un día como la gente. Un día decente, limpio, sin memoria. Duermo a saltos, me salta el cuerpo como si fuera una equilibrista enferma. Duermo apenas por el miedo que me ocasiona yacer atravesada por tanta pesadilla. El miedo, el miedo, mi miedo. Miedosa, me dijo ¿Y cómo no iba a tener miedo? Claro, es fácil, es tan fácil hablar, es cómodo decirlo, extraordinariamente propicio si es el otro el que sangra, otro al que le van rompiendo programadamente adentro y otro el que va a sentir, más adelante con qué impresionante persistencia se le desgarran los huesos para después quedarse solitario con un cuerpo que se ha venido cuesta abajo, empujado solo por una obligación salvaje de complacer. Dormir una sola noche en paz quería, sin que a

cualquier hora me despertara, me despertaba a cualquier hora, a mí que casi no dormía por el llanto de las guaguas. Ocho años. No me iba a quedar sola con las guaguas, me iba a quedar sola, pero él no podía suponer que yo ya estaba preparada después de las incontables injurias, que yo era la de los huesos descalabrados, yo la de los sueños, yo la del cuerpo y yo la de las guaguas. Hubo una cierta ciudad afuera, llena de peligros, pensaba, plagada de ademanes procaces y repetidos, una ciudad con campanas, una ciudad que resultaba imposible de recorrer porque mis pasos estaban vigilados por algo así como una horda de fanáticos listos para atacarme en una angosta calle sin salida a la que me llevó ese paseo angustioso, nocturno y circular. Ese fue el primer sueño, el repetido, inconcluso y asolador desde tiempos inmemoriales. Esa, la pesadilla que me inmovilizó a temprana hora y que enardeció mi deseo de ser atacada de una vez por todas por esas figuras que me espiaban para destruirme y avasallarme. Los que me esperaban en esa calle me eran totalmente ajenos —sin rasgos conocidos— y, no obstante, se presentaban en mí como lo único próximo. Las altisonantes campanas de la boda enloquecían los oídos. Y cuando ya había olvidado, a lo largo de unas quinientas noches, empezó de nuevo a reaparecer el sueño de la ciudad vacía sólo acompañada por los tañidos de las campanas en una estrecha calleja sin ninguna salida. Ciudad tramposa, miserable, una ciudad de pesadilla era esa. En cambio el mar. Ah, el mar. Esa tarde apasionada con el muchacho apenas conocido, cuyo corazón era uno con mi corazón y porque brevemente parecíamos uno, es que pude escucharlo decir aquella exacta, consistente palabra de amor. En cambio el mar hubo de complacerme por una sola vez, hubo de complacerme porque en alguna parte se vislumbraba un horizonte, una línea reconocible para saber que era posible separar lo que es el cielo de lo que es la tierra, para distinguir mis pies de los suyos, para que no me matara el terror del nacimiento de un deseo que me estaba dislocando. Un

atardecer tan breve que no me dejó ninguna huella porque quizás esa tarde era demasiado líquida o evanescente y precisamente ese horizonte de propaganda no señalaba más que una línea rígida, estricta, que, al fin y al cabo, solo iba conseguir petrificar más de lo debido a mi corazón que jamás se dejó seducir por ninguna, absolutamente ninguna palabra de amor porque después de la palabra todos iban directo a propasarse conmigo. Sí, a propasarse, aprovechándose —imagínense— de una simple palabra. Hasta en sueños, incluso en los más inofensivos. O el sueño marítimo que se repitió a lo largo de casi cien noches, dos veces, diez veces en la misma noche en donde las guaguas se caían al agua, al mar se me caían las guaguas y yo las miraba contorsionarse debajo del muelle, a esas, mis dos guaguas aterradas, que se hundían y se hundían entre unos llantos extraviados y sólo se podían distinguir ya, a lo lejos, sus dedos insignificantes, móviles, mientras yo, de pie en la orilla del muelle, lanzaba una carcajada irrefrenable cuando él me decía a gritos, con una desesperación desconocida, saca a las guaguas del agua, mierda, sácalas, mierda, tiraste a las guaguas al mar, me decía, mientras yo me doblaba de risa, totalmente erguida mirando el poderoso oleaje que se llevaba los gemidos, los aullidos de las dos guaguas que ni en el fondo del mar se saciaban. Las dos guaguas que aún desde la profundidad del océano, remecían la tierra con sus chillidos dotados de una potencia enloquecedora. Saca a las guaguas, mierda, me decía, a la vez que se dejaba caer la oscuridad y ya las guaguas no tenían salvación porque habían desaparecido juntas, estrechamente terminales entre las aguas y sus gritos. Hundidas en una profundidad infinita, sepultadas de cabeza por la virulencia de mis carcajadas. Cara de ratón. Ratita linda. Permanecí boca abajo. Mientras crecía en mí un odio que, carecía de contornos. Horas despierta, inmóvil, meditando en lo que iba a pasar en los días, meses, años que se avecinaban. Pensé y seguí pensando sin que lograra decidir cuál debía ser el

castigo que pudiera reparar, en parte, el cúmulo de agravios. Y porque las guaguas eran mías, alimentadas por mi propio cuerpo, yo era dueña de hacer con ellas lo que quisiera. Hasta que una noche, varios años más tarde, cuando ya empezaba a incubarse la curvatura de mi espalda, mucho después de haber pensado un millón de posibilidades, no sé cuál de todos los sueños o cuál de mis dioses habitantes de los colores, del brillo y de la venganza, me indicó la salida, una solución. La correcta, la única posible.

Te empiezas a quedar un poco tonta, bastante lenta, en algo olvidadiza te pones. Se te traban en algo las piernas, te tropiezas a menudo, te cansas exageradamente después de un corto paseo o cuando subes un piso para llegar hasta tu departamento. Se te hinchan los pies, se te ponen morados los tobillos. Te salen manchas, tienes manchada la cara, las manos, el pecho. El ombligo se te sale para fuera, los pechos te cuelgan, el cuello tenso, adolorido tu cuello. No tienes fuerzas en los brazos, la vista te falla, notas unas diminutas interferencias negras en la retina de tus ojos. Se te olvidan algunos nombres, estás a punto de decirlos, pero se ahuyentan, se ponen un segundo atrás, allí, al borde de reaparecer después de un insignificante pliegue de tu memoria. Crees que viene, que está ahí, al alcance de tu lengua, pero el nombre no aparece nunca. Vas a la cocina pero de inmediato vuelves y te sientas en el sillón. Se te confunde parte importante de la historia de las guaguas, no distingues bien si fue la guagua mayor la que se cayó de la cama o la segunda. No estás segura si fue la primera guagua la que tuvo esa fiebre altísima o la otra guagua. La primera debió haber sido, la primera porque esa era la guagua más trabajosa, siempre lo fue, la segunda no pudo enfermarse así. La primera, casi estoy segura que se cayó de la cama y se le partió la frente ¿o la segundaería? Tampoco recuerdas con nitidez cuál de las dos guaguas fue la que te causó la inflamación de los pezones que se te abrieron como si hubieran sido víctimas de un minúsculo ataque atómico, tus

pezones, y aún así la boca de la guagua en el pecho haciéndote un martirio. Fue la primera. Con la primera guagua, vino la inflamación. No, no, no, con la segunda guagua se me infectó el interior y la fiebre tan alta, me obligó a dormir en medio de atroces pesadillas. La primera guagua fue la de los pezones, pero era una guagua tranquila que jamás me iba a causar voluntariamente un daño así. Es que mis pezones estaban débiles, muy veridos a menos se encontraban, en ese tiempo, mis pezones. Intentas recordar cuál era la guagua que tenía una pequeña mancha roja en un brazo cuando nació. Cuál guagua te mordió la cara, cuál de las dos guaguas habló primero, cuál de las dos tuvo ese inicio de asma. Se te queda encendida la luz cuando sales, ¿cuál fue la guagua del asma? La primera era un poco asmática, se me ahogaba mucho la guagua, tosía, se le trababa la respiración. Sí, sí, sí, la primera guagua me mordió la cara en cuanto le salieron los dientes, me dejó los dientes marcados en la cara, los dientes chicos que tenía quedaron incrustados en mi mejilla. Haz callar a la guagua, levántate y paséala, mierda. Es que le están saliendo los dientes por eso llora tanto, porque le duele la boca hinchada que tiene la guagua. Si sigue llorando me voy a volver loca. No recuerdas dónde dejaste el dinero, si debajo de la almohada o tal vez lo dejaste en la pequeña caja donde tienes guardados los dientes de leche de las guaguas. Ah, pero, ¿de cuál de las dos guaguas es este diente tan vistoso y torcido? No sabes ahora con precisión a cuál guagua se le cayó primero el ombligo. Sacas de la caja los dos ombligos. Están bien secos, como ramas añosas están estos ombligos ya. No recuerdas cuál ombligo perteneció a cuál guagua porque se te revolvieron las pequeñas cintas de colores con que los tenías marcados. Vas a la cocina. Vuelves y abres nuevamente la caja. Sacas una de las fotos. Miras la imagen de la guagua. Ésta es la primera. Sí, me acuerdo bien cuándo le tomaron esa foto a la primera guagua. Sigues observando la foto, la dejas. Tomas la otra foto: aquí está la segunda, No, no, no, la otra era la segunda, ésta sí que es la

primera. Ay, no puedo dejar solas las guaguas en la casa porque puede desatarse un incendio o empezar un temblor o, tal vez las guaguas se caigan o se corten con un cuchillo o se entierren un palo en un ojo o se electrocuten o se ahoguen con los vómitos o puede que entre algún desconocido a la casa y las ataque o se las robe o las manosee o las viole el degenerado porque están solas. Puede ser que les pase cualquier cosa terrible, cualquier cosa porque yo dejé totalmente solas a las dos guaguas en la casa. Tampoco puedo casi ir al baño pues apenas cierro la puerta, estas guaguas lloran y lloran y ni tranquilidad tengo para hacer mis necesidades con los chillidos de las guaguas. Cuando salgo a la calle me persiguen los llantos, los quejidos, las peleas, los gritos, el silencio, las caras feroces de las dos guaguas. No vale la pena salir a la calle. No salgas ni seas condescendiente porque, acuérdate, no se te olvide nunca que se quieren proasar contigo, proasar para dejarte después tirada como un trapo viejo. Sí, es cierto, proasar para después dejarme, así no más, como si no existieran mis dioses y los sueños, abandonarme como si no hubiera sucedido nada, como si los ocho años hubieran transcurrido en vano, como si nunca hubieran nacido y sobrevivido, gracias a mí, estas dos guaguas hombres que tuve. Te vas para atrás, te recuestas en el sillón, levantas tu pierna hinchada, cruzada por venas azules y la pones encima de un piso, poco a poco te vas relajando y descansas. Poco a poco reclinas la cabeza y dormitas. Pero, después de un instante, despiertas sobresaltada con un sonido lejano, un vago sonido que te obliga a ir a la cocina y allí ves cómo la tetera se ha empezado a poner negra por su prolongado contacto con el fuego. Alarmada, cierras el gas. Limpias prolijamente la tetera. Vuelves al sillón, sentada, miras tu pierna hinchada. Qué manera de tener inflamada la pierna, no sé por qué me pasa esto si no es tanto lo que me mueve. No, así no quiero, ahora vamos a hacerlo de la otra manera, date vuelta, un ratito no más, ni te va a doler, ¿qué te cuesta? Ah, ¿no querís?,

¿para dónde vai? Es que sentí llorar a la guagua. Mentirosa, no está llorando la guagua, date vuelta de una vez por todas o al menos ponte de lado, mierda. La guagua primera fue la más peleadora, la segunda orinaba más, demasiado orinaba la segunda, a cada instante. La primera guagua fue más gorda, la segunda más larga, midió dos centímetros más que la primera, la primera guagua pesó medio kilo más que la segunda. La primera y la segunda guagua tenían poco pelo cuando nacieron, casi del mismo color el pelo de las dos guaguas. La primera tenía una mancha en el brazo, una mancha roja, a la segunda guagua le salió un lunar en la espalda. Pero las dos guaguas fueron sanas, sí, sanas. La primera guagua empezó con las bronquitis, después vino el asma, después tosía con frecuencia. La segunda guagua fue más sana que la primera, claro que tuvo cólicos y cólicos, infecciones y más infecciones en el estómago. Delicada de estómago salió la guagua. Lloraba con más fuerza la primera, la segunda era más chillona y la primera tenía también la curiosa costumbre de gemir. A menudo gemía la primera mientras la otra lloraba. Ninguna de las dos guaguas usó chupete, les repugnaba el chupete y a las dos, sin excepción y con la misma intensidad, les causaba alergia la lana. La segunda fue la primera en caminar en dar un pasito, así toda erguida la guagua pero la primera habló antes. ¿Habló antes la primera guagua?, ¿qué dijo? No, no, no, creo que antes habló la segunda y caminó la primera. La leche. ¿Cuál de las dos guaguas tomaba más leche?, ¿Cuál era más sedienta? Las dos guaguas rugían de hambre, de sed, de frío, regían cuando apagaba la luz, rugían si no las miraba. Cuando tomaba a una en mis brazos rugía la otra, si me sentaba a descansar rugían las dos. Tomó más leche la primera, se pegaba al pezón y así se quedaba con los ojos abiertos, extasiados y erráticos, mientras chupaba y chupaba buscando la leche, exigiendo más leche de la que yo tenía. Y entonces yo le daba más leche, más leche y mientras lo hacía me iba quedando dormida y empezaba a soñar con una

multitud que deambulaba por un camino, miles de seres que caminaban y caminaban hacia alguna parte y yo tenía que cruzarme con ellos llevando las guaguas en brazos. Pero cuando me cruzaba, la multitud entera me estiraba sus manos para pedirme una moneda, miles de personas hambrientas pidiéndome a mí que les diera una moneda, una monedita tía, me decían, mientras se detenían y se me agolpaban alrededor y yo sabía que me iban a atacar, me iba a desgarrar esa multitud, entonces ya no me cabía sino lanzarles encima a las guaguas, les tiraba las guaguas con todas mis fuerzas mientras yo corría despavorida por el centro de ese camino irrealizable. Y así, despertaba bruscamente por los tirones de la guagua primera que seguía con sus ojos abiertos y extraviados buscando en mí, sacando de mí, algo más que su alimento. Te levantas del sillón y vas a la cocina. Vuelves a la sala y abres la caja. Sacas los rizos de las guaguas, los enrollas alrededor de uno de tus dedos. Hueles los rizos. Los dejas nuevamente en la caja. Te sientas en el sillón. No te acuerdas, sabes que no logras acordarte cuál rizo era de qué guagua. La primera, la primera, éste es de la primera sí, porque tenía su pelito un poco más claro, un grado más claro que la segunda, pero la segunda tenía su pelo mucho más rizado que la primera, la primera le tiraba su pelo rizado a la segunda, la primera mordía a la segunda, la segunda rasguñaba a la primera, las dos se pegaban con lo que encontraban, sí porque más de una vez la segunda le tiró una piedra a la primera y después lloraban las dos guaguas, se revolvían en el suelo, gritando, aullando por lo de la piedra. Y en el medio de los gritos, de las contorsiones y de los gemidos, yo veía cómo el pelo se les iba poniendo opaco, mustio, desvaído, se les iba alisando el pelito, por los efectos del sudor, de las lágrimas, del dolor, de los golpes y de la rabia que tenían acumulada. Te levantas con la cara tensa, vas a la cocina. Vuelves y tomas la caja. Te sientas en el sillón con la caja entre las manos. La abres. Sacas los dientes, los ombligos, las fotos, los rizos. Los pones encima

de tu falda, en el centro de tu regazo. Los miras detenidamente. Sí, éstos son los ombligos, éstas las fotos, éstos los rizos y éstos son los dientes, cada uno de los dientecitos de leche que les causaron tanto dolor en la boca, la boca hinchada como mi pierna ahora, tengo la pierna cada vez más hinchada con este color feo, medio amoratado, como si me hubiera dado un golpe, pero no ha sido así, o quizás me pegué sin darme cuenta, sí, podría ser, podría perfectamente haberme golpeado contra la cama o quizás en la calle cuando fui a comprar mis dos panes o pudo ser que me tropezara contra este mismo sillón, pero ¿cómo no iba a sentir el dolor? Éstos son todos sus dientecitos de leche, filosos estos dientes, filosa la noche, terriblemente afilada y dañina y contraria a todo lo que yo esperaba en esa noche, porque fue de noche, la primera vez ocurrió de noche, cuando sentí algo así como unos dientes, algo así como un cuchillo, algo como una aversión entre la cintura y mi rodilla, algo semejante a la impotencia de una guagua enferma o a la boca monstruosa y loca de un niño sin un diente o algo parecido a la repugnante imagen de una guarén corriendo cuando sale de la acequia o al impacto de que alguien te deje por otra de mejor condición, que te abandonen, después de ocho años, por la hija de una especie de noble, de un ricachón habitante de la ciudad de Concepción, que te perforen, que te perforen hasta que llegues a temer por la integridad de tus tripas, a las que nunca, en ninguna oportunidad de mi vida yo les había dado la menor importancia. Después que dormitas brevemente, abres los ojos y acaricias los ombligos. Estos ombligos son míos. Estos ombligos sí que son míos, como los dientes y los rizos. Los ombligos son más míos que los dientes y los rizos. Los ombligos les colgaban a las guaguas, me las entregaron así con los ombligos colgando. Era más notorio, sí, sí, sí, el ombligo de la primera guagua, más colgante, más ombligo era ése que el de la guagua segunda. ¿A cuál se le cayó primero el ombligo?, ¿botan siempre al mismo tiempo los ombligos?, ¿los dientes les salieron acaso

en la misma época? Qué repulsivo el primer diente, el único diente en la boca de la primera guagua. Una guagua hombre con un diente que asoma, al principio romo, después afilado y luego una corrida de dientes en apariencia inofensivos, para nada inocentes porque la primera, la guagua más afilada que tuve, se esmeraba, se aplicaba en morderme el pezón y cuando era más grande se acercaba a mi cara para besarme, pensaba yo, pero iba directo a morderme la cara tan fuerte, que me dejó esos dientes chicos y deformes que tenía, marcados en el centro de la mejilla. ¿Cuál comía más? ¿Cuál de las guaguas se ahogaba con la leche?, ¿cuál de las dos era más pálida?, ¿cuál más rencorosa?, ay, dioses, cuál era la que siempre, en todos los rincones de la casa, en el sitio que me escondiera, estaba espiándome con sus ojos viejos, esos ojos que venían transcurriendo desde miles de años atrás, los mismos ojos que iban a ser mis antecedentes, aquellos que estaban escritos tanto antes que yo iniciara la solemne y antigua costumbre de obedecerle fielmente a cada uno de los augurios contenidos en mis sueños. Despiertas. Miras tu regazo, allí están los rizos, las fotos, los ombligos, los dientes, te inclinas y hueles los dientes, los rizos, las fotos, los ombligos, pasas tu dedo índice sobre la superficie pulida de los dientes. Pones todos los dientes de leche en la palma de tu mano. Ocho dientes. Ocho años. Dos centímetros más midió la primera guagua, pesó más la segunda, pesó más la segunda, ¿pesó más? La primera le ganó por dos centímetros, dos centímetros que me sacó a mí, que mido ahora dos centímetros menos, me achiqué dos centímetros. Estos dos dientes son borritos, los ombligos se secaron, limpié cuidadosamente con un gran esmero los ombligos para que no se les infectaran, no les pasara nada en el cuerpo a mis dos guaguas hombres. Pero, ¿cuál sería?, ¿cuál sería la guagua que se cayó de la cama?, ¿cuál lloraba más?, ¿cuál era la que aparecía primero en mis sueños? No te acuerdas con claridad si la primera nació al amanecer o en plena noche, al amanecer fue, al amanecer, en plena noche la

segunda, oscuro, de noche, de noche y en la mañana, a menudo en la mañana, a mediodía el hombre cochino ése. Lo supe porque me llegaron los rumores —rumor tras rumor, sueño tras sueño— y de los rumores a su cara, su cara satisfecha, orgulloso, impaciente por irse, dejarme indigente porque allá, en la provincia, el matrimonio consideraba el prestigio y el mando y se iban ahuyentando los llantos de las guaguas, y nunca más iba a tener que presenciar la cabeza rota de la guagua primera que sangró tanto de la cabeza por la caída mientras yo, en el sueño, abandonaba a la guagua y corría con las manos manchadas de sangre, corría con el ombligo supurante envuelto alrededor de mi cuello intentando sortear el ahogo, luchando con todas mis fuerzas contra ese ombligo, para sobrevivir a la náuseas y al ahogo. Te levantas del sillón. Miras por la ventana. Te quedas extasiada en la ventana. Afuera, un grupo de ruidosos turistas levantan sus cámaras. Vuelves al sillón, te vas a sentar pero te acuerdas de la tetera. Vas a la cocina. Enciendes el gas y pones la tetera al fuego. Sales de la cocina y te sientas en el sillón. De la caja sacas una de las fotos y un diente. Miras en el interior de la caja y sientes que se te detiene el corazón. Primero surge en ti la duda, luego se abre paso abiertamente el terror. Se me perdió un diente, falta un diente aquí. Dejas la foto: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Me falta uno: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Ah, conté mal. ¿Están los dos ombligos?, ¿los dos rizos? Tomas la foto y un diente. Esta foto va muy bien con este diente —tomas un ombligo— y con este ombligo. Limpias, limpias manejaba a mis guaguas, como espejos de limpias, pero ¿cuánto duraba?, nada. Guaguas cochinas éstas, se ensucian, se revuelcan, se meten palos por la nariz, de todo se meten a la boca, se chupan las manos, se chupan la ropa, una le chupa la mano a la otra, me chupan a mí. Siempre me chupaban la cara o los dedos o los párpados o la ropa, las guaguas. Estás cansada, se te empiezan a cerrar ritualmente los ojos:

Y el último de los sueños terrestres aparecen titubeante, lento, difuso: La gran habitación blanca recubierta por una piedra milenaria, arcaica. Empieza a amanecer y junto con la presencia de los haces de luz, las guaguas despiertan y allí las aguarda la mirada fundadora de la mujer que no ha dormido en toda la noche. Toma a sus guaguas y las besa, las estrecha a las dos contra su pecho. Sus lágrimas caen sobre las cabezas de las guaguas, las separa de sí, las mira. Las mira detenidamente con sus pupilas oscuras, muy oscuras. Duda. Después deja a la primera guagua en el suelo de piedra. Toma a la guagua segunda y la deposita en su cuna. La arropa con unas finas pieles. Luego se dirige hacia otro rincón de la habitación y desliza su mano sobre el mesón de piedra alba, reluciente. Toma a la primera guagua entre sus brazos y la deposita amorosamente sobre la mesa. Un sonido se escucha a la distancia, el tañido que antecede a una fiesta o quizás a un funeral (a una boda, una boda).

Acomoda a la primera guagua sobre la mesa. Contra los magníficos haces de luz se cruza el brillo del afilado metal. Y sobre la piedra blanca empieza a escurrir ininterrumpido el antiguo e histórico hilo de sangre.

AHOGAR A LA GUAGUA

La misma noche en que me entregaron la guagua empezó el llanto. Y yo cansada, doblada en la cama, adolorida, aterrada, la miraba revolverse sobre su carne absurda, una carne que ya desde su principio se veía rabiosa, irritada, furiosa la guagua, emitiendo unos quejidos ni débiles ni profundos sino inalcanzables, trámosos, que incitaban mis deseos de pegarle, ahogar a la guagua para que se callara mientras en un borde del llanto, en medio de un sueño precipitado veía al hombre avanzar hacia mí —por detrás, te dije que por atrás, mierda— con una intención más devastadora aún, metido en mi carne igualmente gruñona y molesta, alejada de cualquier sensación como no fuera el llanto —te voy a hacer una guagua, quédate tranquila, mierda, ¿acaso no veis que te estoy haciendo una guagüita?— y entonces caía en esa perceptible necesidad de que el mundo entrara en un estallido impecable, un estallido que pusiera fin a esos llantos y a la uña más punzante del hombre. -¿Andai sonámbula, mierda?- sin dormir, con la respiración en un hilo, el mismo hilo en que se teje y jamás se detiene mi rencor. La injuria incrustada en este cuerpo que casi no me obedece. Me duele la espalda. Y más allá de la espalda, el brazo y por el brazo uno de mis dedos me duele y hasta la uña se intensifica ahora mismo que tengo que salir a la calle, a la calle con esta inclemente temperatura —ay, amanecieron con fiebre las guaguas— y a mí me duele tanto ahora que me va a bajar; sí a bajar de un instante a otro, de un minuto a otro mi regla, para que el hombre ni se fije y me tome con regla y todo, sin que le importe el dolor en los ovarios, mis ovaritos que después se recogen y me punzan desde dentro, se contraen mis ovarios y más sangre y chorros y sangre y los malditos líquidos saliendo como si fueran chorros de sangre. Pero no, porque son sus chorros los que me provocan la sangre y ni siquiera en mis días, nunca puedo yo. Y que

no, por ningún motivo se vayan a manchar con sangre las guaguas, ni una manchita chica —ya pues, mierda, tan compungida que estai— y de qué vale —es que están llorando, están llorando— y la mano de la primera guagua, su manito apretada como si fuera a golpearme, a pegarme la guagua o a chuparse la mano, a chapársela para agraviarme, sólo para dar a entender que no la alimento y también la guagua segunda se chupa la mano y recibo encima una idéntica mirada de las dos guaguas con sus cabezas bamboleantes, como si se les fueran a despegar sus cabezas a las guaguas, unas cabezas que se van de un lado para otro sin armonía y yo les afirmo sus cabecitas para que no se les dañe la espalda como se me dañó la mía, mi espalda que de tanto agacharme y levantarme y dormir a saltos, terminó en una curva feroz de la que me avergüenzo y ya no sé cómo ocultar ese defecto de las miradas que me siguen y me siguen cuando compro mis dos panes en este paisaje ajeno, mientras me asalta el recuerdo de la mirada del hombre —por qué no te movís con más gracia, mierda— y allí yo, caminando en el sueño con las guaguas llorando, caminando tan cansada, caminando entre una progresiva extenuación, hasta que ya los brazos no me respondían y sin quererlo, más allá de mi voluntad, se me caían las guaguas y se golpeaban contra el suelo áspero, neutro, sus cabezas inciertas, bamboleantes, inseguras, daban de lleno sobre el cemento ocasionando un sonido brutal e irreversible que anunciaba el advenimiento de una rotura de incalculables proporciones. Y ese sueño más nítido todavía en que el hombre fuera de sí dirigía una mirada rencorosa hacia las guaguas mientras yo le suplicaba que no, que no lo hiciera, que no las destrozara y él me decía: —Son mías, ¿me entendís?, son pura carne, eso es lo que son— y ya nada quedaba entero, nada más que una mano inmensa y despiadada que se doblaba sobre sí misma hasta desaparecer en un vacío inusitado. El sueño, el sueño que nunca me dio tregua en que las guaguas se me perdían entre un tumulto y

yo preguntaba por mis guaguas, por mis dos guaguas hombres que no aparecían por ninguna parte. Ah, pero ahora se hace tarde, qué atardecer más plano y sombrío, como si se presentara de esta manera tétrica únicamente para alejar mis esperanzas. Pero sé que pronto se revertirá mi odio porque allá, lejos, mis dioses se preparan para hacer su trabajo en medio de una total intransigencia. Así es, porque nada es en vano, no son en vano los ocho años ni las dos guaguas hombres, no son vanos mis malestares ni mis recuerdos. Todo va a concluir en un exacto lugar porque el orden de mis dioses es impecable y maníaco. Más maníaco aún que esa cabeza bamboleante y peligrosa, más que esos ojitos desenfocados, abiertamente enfermos y que la pus del oído —toda la noche llorando— que la roncha digo, ¿de dónde salió esa roncha?, más aún que la fiebre que no para de subir o que la diarrea interminable de la guagua segunda, una diarrea verdecita y peligrosa de la guagua que quizás, en un momento de descuido mío, se echó algo dañino a la boca, a la boca —cierra la boca, te digo, mierda— tan hinchadas las boquitas, tan, ¿cómo expresarlo?, deformadas por culpa de los huesos que están allí, allí, al borde de romper las encías, una hilera de huesos listos para aflorar hacia una superficie y empezar a dar dentelladas y dentelladas hasta llegar a ese terrible mordisco en mi mejilla, un mordisco que no sé si me ocasionó dolor o miedo porque yo estaba totalmente desprevenida y ahí fue que comprendí lo que venía, lo que se iba a precipitar tanto tiempo después, eso mismo, cómo se iban a desencadenar las feroces dentelladas sobre un cuerpo desprevenido y confiado, un cuerpo plagado de señales que mi guagua primera iba a reconocer y aniquilar. Tanto, tanto que se demoran mis dioses en restituirme y por eso, debo seguir reducida a este sillón y a esta ventana que me abre a un paisaje en el que no creo. Reducida porque sí, porque el hombre decidió con una frialdad inaceptable dejarme sola con las guaguas, irse de manera artera en pos de una fortuna no menos dudosa, irse

lejos para buscar un lugar que lo alejara de las alucinadas noches de las guaguas y de sus encías, que lo separara de mi creciente desazón y de mi cuerpo desgañitado por los ataques de las guaguas y por sus propias embestidas que me obligaban a escuchar sus jadeos, egoístas, hirientes, solitarios y totalmente ajenos, montados sobre mi devastada superficie que ya había perdido cualquier armonía en sus contornos. Ah, la espalda, ah, esta tarde me parece inamovible ahora que estoy estancada sobre mí misma esperando, esperando que se cumpla mi deseo, la furia que mueve a mi deseo para que después, tantísimos años después pueda por fin empezar una vida que se interrumpió el día fatal en que el hombre salió llevando consigo toda su mala índole. Si pudiera acelerar esta tarde, hacerla transcurrir a una velocidad inédita, apurar a esta guagua desobediente y soberbia, malagradecida la guagua primera como si no se diera cuenta que hasta la respiración me la debe. Hasta eso me lo deben mis dos guaguas hombres y me deben también el desgaste de mis piernas, me deben esta maldita y perenne palpitación en el ojo, me deben cada humillación y me deben, especialmente, un cierto malestar que compartimos, ese malestar que me esforcé en inculcarles desde el día exacto en que el hombre nos dejó en medio de una red de mentiras, para salir, huir hasta la ciudad de Concepción y buscar allí una fama que solo sus torcidos oficios podrían otorgarle. La guagua amaneció rara, decaída la guagua segunda con la cabeza más descontrolada que nunca y su mano laxa. Necesita, lo sé, que la apriete contra mi pecho, que la acerque para que extraiga de mí su salud y después que le traspase en su cuerpo la sanidad perdida y permanezca yo misma extenuada aunque agradecida de que mi guagüita tragona y mezquina recobre para siempre sus fuerzas y reinicie ese hábito de mirarme, de observarme con sus pupilas misteriosas y entre su mirada cargada, arremeta un grito de horror como si en su cama se albergara esa rata que, sé, aún y pese a toda mi pulcritud, está alojada en algún

rincón de la casa. Esa rata enorme y palpitante con su hocico móvil, husmeando cualquier resto, deslizando sus pezuñas por el piso, una, dos, tres, cinco ratas enormes y amenazantes, una parvada de ratas, esperando, entumidas, la llegada de un leve rayo de sol. Tengo que detener el tedio de esta tarde, debe existir una manera de apresurar los acontecimientos porque mi guagua primera y mi guagua segunda tienen un hambre voraz que debo calmar a como dé lugar, tengo que alimentarlas más allá de mi propia hambre, de toda mi sed y de la constancia irremediable de la imagen del hombre con la mirada perdida, planeando su cobarde huida. Vestirlas, limpiarlas y alimentar a mis guaguas y olvidarme de esa imagen impresa en mi cerebro, la única imagen que vale la pena recordar, sí, la salida y el alivio de esa salida porque ya nunca más el jadeo ni sus torpes manos encima de mi cuerpo buscándome con una ineptitud que parecía no tener fin, porque con su salida iba a terminarse un asedio que me resultaba inútil, absurdo, porque en realidad el hombre y sus manos no sabían recorrer. Pero no esa mirada indiferente, eso no, una mirada que ya estaba fijada hacia un futuro que no nos concernía, un futuro interesado que dejaba afuera a mis dos guaguas hombres que yo había cuidado con una paciencia indescriptible y que, de pronto, solo por un bastardo deseo de gloria, eran repudiadas, sí, repudiadas mis dos guaguas hombres como si nunca hubieran pertenecido. Ah, la injusticia de esta tarde aletargante que multiplica mi espera, una espera que abarca un número inmerecido de tiempo, un número inmerecido de sueños que mis dioses me entregan para aminorar la rutina de estas tardes. Ah, sí, mi guagua primera tiene sed, es bien sedienta la guagua y la segunda llora de hambre y la primera también amaneció con una irritación en su ojito y ya no puede abrir uno de los ojos la guagua, pues el líquido se lo impide, esa infección masiva con que la rata pretende sitiar nuestra casa —Acérquense pues, ¿para qué se pone así conmigo?— Sé perfectamente que las guaguas me indagan, aquí están, a mi

lado, desmadejadas las guaguas con sus cuerpos inarticulados porque la mano y la pierna no logran encajar, no encajan como yo y mi espalda, yo y esta tarde mortífera en que se prolonga y se prolonga el horror frente a estos cuerpos peligrosos, débiles y desencajados, unos cuerpos que solo a mí me costaron, fue a mí a quien saquearon antes, mucho antes que se terminara de formar la desarmonía que ahora los recorre porque antes ya estaba a las puertas su tarea devastadora, esa tarea que el hombre sin la menor sutileza me depositó para luego dormirse, dormir como si nada hubiera sucedido, dejándome expuesta a una pesadilla con imágenes inubicables, desconocidas, sanguinolentas, una infinidad de insectos repugnantes que venían hacia mí para que yo les permitiera sobrevivir. Debo levantarme del sillón ahora que la tarde ya empieza a ceder y la oscuridad le ha ganado todo el terreno.

Levantarme del sillón para ir a tenderme en mi cama y esperar que las guaguas no se vayan a despertar, que por favorcito no me vayan a despertar esta noche en que el cansancio me desmorona. Irme a acostar después de este día agotador, dormir, para que en alguna hora indeterminada de la noche me despierte el hombre porque quiere conmigo, quiere despertarme y satisfacer en mí su insomnio. Irme a la cama y esperar un día más, creer que en el plazo de un día va a venir esta reparación que tanto nos merecemos. Pero mis guaguas están imposibles, inquietas e imposibles lo sé, intuyo que su silencio es una burla, una mera simulación, la antesala para que explote el chillido más agudo que les conozco, un chillido mucho más armónico que sus bamboleantes cabezas y más todavía que los movimientos desastrosos de sus brazos que se levantan y se agitan sin la menor dirección. Este chillido que me va a obligar a levantarme para tomarlas en brazos hasta que esté totalmente segura que no me engañan, que por unas horas sí van a dormir mientras miro sus rostros con una concentración absoluta, buscando cualquier atisbo

de mueca, cualquier temblor que detone la irrupción de ese juego cruel y feroz que tanto conozco, sí, porque el hombre también tiene que dormir y no quiero, yo no quiero que me ponga esta noche sus manos encima y me obligue a moverme hasta que, por fin, después de un tiempo se deje caer el apaciguamiento. Tengo que levantarme del sillón —¿acaso no escuchaí llorar a las guaguas, mierda?— y acercarme a un merecido descanso. —Venga, acérquese más a mí, mi guagüita linda— un descanso total que sé, muy pronto se va a producir porque así está escrito, bien escrito como mis dioses me lo han asegurado. Tengo que levantarme del sillón para desentumecer mis piernas acalambradas por la espera, ir a la cocina para buscar una taza de té que me caliente el interior, tengo que tomar una taza de té para resistir la próxima noche, esta noche en que los pensamientos se van a precipitar dentro de mi cabeza y se darán vueltas en mi cabeza y estará a punto de estallar mi cabeza mientras me acomodo y me acomodo para evitar el dolor en mi espalda, esta espalda mía que es una constante penuria. Y después cuando ya se haya cumplido el presagio que ronda y vigila mis noches, quedaré yo sola sin el llanto de las guaguas, sin el jadeo del hombre retumbando en mi cabeza y al final de unos años incontables por fin podré tenderme como corresponde y dejar en mi cuerpo dé curso a sus deseos, este cuerpo mío irreversiblemente dañado por pasarse tantísimos años sintiendo a su alrededor quejidos, aullidos y el sonido inconfundible y solapado de ese maldito ratón de alcantarilla con sus ojos brillantes de infecciones que se van desparramando por cuanta grieta existe en la casa. Habrá que salir de ese sueño —¿Qué no veis que necesito dormir? levántate a pasear a las guaguas, levántate ahora mismo, mierda— en que una masa o un pedazo de carne se volvía autónomo y se empezada a mover, a mover mientras yo miraba ese algo sin nombre, aterrada porque iba a terminar por destruirme, es así, es así, me van a atacar pienso o

siento hasta que despierto empapada en transpiración, mojada de arriba abajo, despierto porque el hombre llega tarde y esta vez agradezco la brusquedad de sus modales. ¿Será que me va a reventar la barriga?, tan gorda, tan gorda. ¿Serán humanos estos dolores?, ¿será posible? en medio de una indiferencia atroz y la otra mujer al lado mío suplicando, mordiéndose la boca que parara, que parara de una vez, que no más, que no podía más y era yo la que no podía más en esa sala ordinaria, sumergida en uno de mis más poderosos rencores, entregada ya sólo a la voluntad de mi cuerpo que, en esas horas ya había terminado de perder todo su posible esplendor. —Gorda mañosa, rezongona de mierda— Ah, sí, una vez y otra y el miedo y el daño terrible y ya pues, ya pues, ya, una vez más y se acaba, se acaba, un movimiento más y acaba y se va el hombre, acaba, acaba por favorcito y caigo, por fin, en una oscuridad que es terrible, pero más soportable, sí, más tolerable que esa gentuza insensible y burlona, más que la imagen sorpresiva de la rata que salió, así frente a mis ojos de la alcantarilla y casi, casi consiguió rozarme, la asquerosa, y me voy hacia una oscuridad parcial porque al lado, definitivamente a mi lado, las guaguas ya están moviendo sus torpes miembros —ay, están despertando, están despertando— y es un ratito no más de descanso, un intervalo imprescindible porque en el plazo de un año viene de nuevo- el segundo, el segundo- que es una copia maligna del primero, pero el primero no tiene límite esperando que acabe, que acabe de una vez, porque de eso se trata, de que acabe ¿no? Voy a levantarme de este sillón para ir a mi cama y acostarme y taparme y hundirme entre mis sábanas, ay las sábanas, ásperas, comunes y son ellas las que les causan la alergia, sí las sábanas son, pero yo las voy a lavar, a lavar hasta que cedan y se reblandezcan como se reblandecieron mis pechos y mi estómago y hasta la espalda está reblandecida y estos surcos en mis caderas que no sé de dónde salieron, tan feos, tan, no sé, repugnantes.

Será ésta, quizás, una de las últimas noches, uno de los últimos sueños, así será porque todo está ya consolidado, tan consolidado como este sillón que mide mis horas o esta ventana sin destino o esta ausencia forzada. Mi guagua primera está lejos y duerme, inquieta, lo sé, rascándose la cabeza la guagua porque le pica y le pica la cabeza y por eso duerme a saltos y pareciera que se va a despertar, pero no, no se despierta porque necesita descansar para cumplir su cometido y sigue durmiendo a pesar de su terrible picazón. Y le come y más le come la cabeza. No sé de dónde salieron tan alérgicas y tan inquietas estas guaguas que no me dan paz, ay, sí, ya se hizo de noche únicamente para cumplir con este ciclo infernal que, sin embargo, terminará por caer, sí, por desplomarse el ciclo adverso que le da licencia al hombre para olvidarse de todos los desvelos y los favores que le obsequié mientras se aleja calle abajo, satisfecho contando los minutos, sí, contándolos, para llegar a tiempo a una ceremonia que se le va a volver en contra porque mis dioses me dieron la razón, me la dieron desde un principio cuando, esa misma noche de la partida, en medio de una pesadilla, logré hacer la primera cuenta, claro, la primera cuenta de cada de cada uno de los hechos que habían sucedido, —Despiértate pues mierda, despiértate, te digo— No sé, no me explico por qué la guagua no me agarra bien el pezón, no quiere mi pezón por más que se lo meta y se lo meta en la boca y hace esos gestos increíbles, de rabia y de repulsa y tengo que meterle el pezón a la boca como sea, pues no voy a permitir que baje un gramo de peso, porque la guagua tiene que estar gorda, bien gorda para que nadie vaya a pensar que yo no la alimento como es debido, —ah, ¿querís que te chupe el pezón? ¿cierto?—. Pero todavía no quiero levantarme del sillón, no quiero entrar en mi cama y darme vueltas y vueltas sintiendo el dolor en el cuello y en la espalda, no moverse en la noche porque el hombre no, no puede acabar, porque cada vez le cuesta más acabar aunque me mueva y

me mueva y me culpe de su propia dificultad y diga unas cuantas cosas que yo, con mi rigor incalculable, archivo en mi memoria cuidando, repasando cada una de sus palabras para que no se me olviden, que ni siquiera el énfasis de esas palabras se me borre. Nada a mí. Y así me muevo de una cama a otra, más de tres noches ¿no? y por eso no más se me está poniendo raro el pelo, un pelo sin brillo, así, alicaido mi pelo y prefiero ni mirarme en ese maldito espejo para no ver mi pelo mío que antes me acompañaba a todas partes, pero las guaguas sí, el pelo pegado a mi cara, este pelo mío que antes me acompañaba a todas partes, pero las guaguas sí, el pelo de las guaguas está bonito —bonito, ¿verdad?— y de envidia, sí de envidia es que se tiran el pelo, de frustración se pesca de mi pelo para poder acabar, acabar —ayúdame a acabar, mierda— pero eso sí que no, no lo voy a ayudar a acabar, me voy a detener justo, justo cuando es preciso, porque yo sé cómo frenarlo para que quede agotado y furioso con sus malos deseos que después lo van a mantener toda la noche en un sueño sobresaltado, ese sobresalto que lo invade desde el momento en que aprendí cómo dejarlo agarrado a sus propias ganas. Prendida a mi pecho que no agarra bien porque es mañosa la guagua o quizás algo la importuna, algo de mi pecho, digo yo, este olor pastoso y cargado de una leche que quizás qué infecciones pueda tener y la guagua se defiende del sabor de esta leche desconocida, de una leche que a mí no me parece nada de humana. Ya sé que hoy tendré que dormir de costado porque solo así me viene el sueño; en cambio de espalda empieza ese zumbido a la columna y luego me toma el hombro y no quiero que me pique la cabeza por el contacto con las sábanas ásperas, no quiero rascarme la cabeza con las dos manos casi toda la noche, No quiero irme a la cama hasta estar segura que voy a dormir, porque sin duda mi cuerpo despertará en la mañana agarrotado por tanta levantada, acostarse y levantarse toda la noche, la mano, el dedo, la uña. Tan

frágiles las columnas de las guaguas, tanto que cualquier movimiento podría dañarlas si la cabeza se les va súbitamente para atrás, por eso es que tengo que sostenerles la cabeza y mientras las sostengo las miro, sí las miro detenidamente y me doy cuenta del extravío que tienen sus miradas, una miradas que parecen enfermas o absurdas, esas miradas parecidas a la del hombre que ya está en otra parte o que hoy tampoco puede, no puede acabar o puede irse, está a punto de irse sin pensar en ningún instante que estoy aquí, de espaldas en la cama, debajo de él. Mis dioses llevan la cuenta de las faltas y mi deber es repasar cada una de esas faltas sin descanso, sin titubeos para que no se me vaya a olvidar, a olvidar ni el más mínimo detalle, ni se me vaya a olvidar esa expresión más taciturna del hombre ni menos las horas que gastó preparando silenciosamente su plan que yo, con la simetría de mi propio silencio, pude descubrir. Ah, las noticias de una ceremonia inminente, esa misma desafortunada ceremonia que ya embargaba mis sueños, uno tras otro, las campanas de una boda indebida que repicaban mientras yo intentaba taparme los oídos para no escuchar un jadeo más, ni un jadeo en mi oído que no me decía nada, nada más que la certificación de un estado que me era distante, irritante me resultaba levantarme y correr para ver una vez más a la guagua primera que no cesaba de gemir. —Ándate si querís pues, mierda—. Y me mordí los labios para no gritar y de tanto aguantar los gritos empecé a llorar mientras ellos seguían tratándome con ese marcado desprecio hacia mi cuerpo que se contorsionaba hasta un punto incalculable porque ya iba a salir, a salir la guagua y después de un año empecé a escuchar las campanas en ese sueño que se repetía con una obsesión que mi mente aún no estaba preparada para calibrar.

Se hace tarde. La oscuridad atropella mi sillón y expande esta única ventana sin paisaje posible. Tengo que dormir y así ganar una noche más para acortar esta espera

que parece no tener fin. Las guaguas van a nacer de un momento a otro, lo sé bien, van a nacer únicamente para ponerme nerviosa, para destrozarme los nervios frente a las infinitas calamidades que pueden presentarse, ah, no se me pueden caer las guaguas, ni pueden golpearse, ni tampoco pegarse tan duro como se dan y me van a dejar dormir hoy ¿me oyeron? Porque estoy realmente cansada de andar de un lado para otro, solo para complacerlas y complacerlas, como si esa fuera mi única misión, darles el gusto en todo para que no se descontrolen más de lo descontroladas que ya están. Ay, será posible que logre una sola noche amable sin que la imagen del hombre se me aparezca con esa sonrisa ambigua con la que dejaba traslucir parte de sus pensamientos. Ya había tomado la decisión de irse, ya había urdido hebra por hebra lo que iba a hacernos, lo que le iba a hacer a sus dos guaguas hombres que en esos días no paraban de chillar con sus caritas enrojecidas y los ojos cubiertos por la infección que les ocasionó el ratón sucio del subsuelo, ese plomizo, olfateante ratón que era la verdadera pesadilla que recorría cada uno de los resquicios de la casa. Ay, pero no sé cómo, en qué punto de mi espalda radica la deformidad, una vértebra quizás o un pedacito de vértebra que se estropeó y que ahora me ha dejado torcida y deformada, expuesta a la burla del hombre que no deja de observarme con una mirada irónica, esa ironía que me sigue por todos lados, que aún, después de no me acuerdo cuántos años, está presente únicamente para recordarme que tengo miedo. Un miedo terrible porque la guagua tiene una expresión cansada, una especie de modorra en sus miembros y esa modorra, y ese cansancio son demasiado peligrosos ¿no? y quizás una terrible enfermedad, algo de muerte, pienso, rodea a la guagua que está hoy sumergida en una quietud desacostumbrada y ahora lo único que quiero es que el hombre se mueva más rápido, más rápido para que acabe, acaba pues, y yo pueda levantarme para ver a las guaguas, mirarlas porque si no las observo, con

seguridad va a ocurrir un hecho irreversible y de quién, de quién, de quién sería la culpa, mía no más por no estar atenta a mis guaguas y sus expresiones y no debo descuidarme creyendo que duermen porque no es así, no es así. Yo sé que él no sabe moverse con la consistencia que debiera, no sabe moverse y por eso la respiración se le agolpa y se va tan rápido que después se olvida y vuelve a comportarse como si jamás hubiera gozado. Sé bien que el tiempo se precipita, se nos viene encima con una sobriedad impecable, el tiempo en que se termine mi malestar y ya nunca más la espalda vuelva a jugarme una mala pasada. Porque el hombre quiso hacer su traición a mis espaldas, pero allí estaban esos fieles dioses para advertirme qué exactamente era lo que estaba pasando y cómo estaba pasando y así nada fue sorpresivo, nada fue enigmático, sólo estaba yo y mis guaguas para pensar cómo íbamos a conseguir dar vuelta la humillación, porque ese mismo día supe que en las guaguas radicaba la posibilidad, que ellas eran las indicadas, una de las guaguas pues. Quedé rígida en el sueño con todo el cuerpo impedido de cualquier movimiento y las guaguas a mi lado y más allá las llamas y más lejos todavía una cierta confusa silueta iracunda, y en un ángulo casi inadvertido una tenue posibilidad de escapatoria para las guaguas, y las veía alejarse de mí, irse lejos en el sueño, dejándome expuesta a una muerte más que atroz, las guaguas malagradecidas que se iban, huían mientras yo quedaba apresada entre las llamas y esa silueta que nunca he podido adjudicar. Tengo que irme a la cama porque ya se ha hecho demasiado tarde y necesito dormir para recuperar mis fuerzas perdidas en este día que se me hizo tan largo que ahora temo olvidarme que es así, que cada una de las horas ya están inexorablemente marcadas por lo que va a suceder y que me mantienen cautiva de una espera que ya termina. Mi guagua primera va a nacer hostilmente, va a llegar llorando y gimiendo hasta mis brazos sin saber qué hacer, ah, nunca saben

qué hacer estas guaguas, nada más que esos gestos de un terquedad extraordinaria ante los que naufraga cualquier intento de dulzura, sí, sin la menor dulzura encima de mí, pesándome en la espalda, un peso que no estoy preparada para cargar, mucho más pesado que las guaguas, un peso que con el transcurso del tiempo consiguió estropearme la espalda, un destrozo que ya sé que no tiene remedio porque él no acaba, diosito, no acaba, no puede y jadea y no puede acabar y me entierra los dedos en las costillas porque no logra que salga más que una débil gota, una humedad insignificante, algo menos que un chorro está consiguiendo ahora y qué hago, qué poder tengo yo, a qué puedo aludir para que acabes, acaba, acaba de una vez por todas, te lo suplico. Pero ahora sí que por fin se termina el tiempo mientras yazgo en medio de esta soledad feroz, resguarda en la inminencia magnífica de la venganza. Y mientras me protejo tras una extensa sabia monotonía, me dedico a invocar angustiosamente a la totalidad de estos dioses chalados que me están haciendo añicos la esperanza.

EL MAR

Ah, pero qué vida ésta. Afuera ya está demasiado nublado, tan nublado que apenas se divisan siluetas y sombras confundidas en una misma, idéntica semioscuridad, una opacidad que incluyo se filtra a través de los muros de mi departamento como si hasta la neblina se desplazara para invadirme y transformarme también en una sombra. La neblina no viene sino a remarcar este dolor de estómago, la insistencia de este inmenso, maldito estómago, de la misma manera en que ayer fue el brazo, sí, todo entero el brazo izquierdo y justo cuando empezaba a sentirme bien, cuando pensaba que se habían acabado los malestares, viene esto y mañana con seguridad quizás qué. Pero ahora me duele y me duele el estómago por más aguas y aguas que tome. Ah, sí, claro que fue en la noche, no sé en cuáles impresionantes horas de esa noche se me rompió la bolsa de agua y entonces él encendió la luz para decirme con una furia lenta: Gorda cochina. Yo pienso lo mismo: —gorda cochina, sí, gorda cochina—. Pero me doy cuenta que no es pichí, que no soy yo —es la guagua— que se trata de la primera guagua que me está reventando quizás qué adentro, —Ay, me está reventando, me está partiendo—. Se produjo, estallante, en el curso de la noche, un malentendido semejante a la terrible sensación que experimenté cuando pensé que él me había orinado sin el menor escrúpulo, sin la menor delicadeza me había dejado empapada entre las piernas.- Mojada, mojada-. Pero no. Claro que yo no estaba enterada, no sabía nada del asunto, aunque muy pronto entendí que se trataba de esa materia suya jadeante, espesa y tan súbita y tan misteriosa que venía directo hacia mí, directa su materia. Se me venía encima como si un pedacito de océano, como si la irreversible explosión de una sola vena se precipitara bajo la forma indescriptible de la materia que le sale para afuera en chorritos, sí, entrecortados.

Yo sentía la embatida de uno, de dos, de uno detrás de otro los chorritos, hasta que más adelante, más agresivos, en una de esas noches los chorritos llegaron, así, directo a mi cara. Prendió la luz y me apuntó la cara para echarme encima su materia, me la apuntó cuando se sentía a salvo, cuando sabía que las dos guaguas ya estaban durmiendo, distantes a esa materia jadeante y resbalosa que quizás desde cuándo había planeado lanzármela en pleno rostro.

—Abre los ojos, mierda—. Decidió hacerlo en los momentos en que las guaguas dormían con sus caras enrojecidas de tanto llorar porque no sé qué de mí les había arruinado esa tarde a mis guaguas, con sus caras manchadas por los ataques de una alergia que ya no entendía de qué manera aliviar. —¿Y qué te limpiai tanto, mierda?—. Quizás ese fue el amanecer turbulento en que escuché un sonido idéntico al ruido del ratón que salía de la acequia. Me pareció escuchar que el pertinaz ratón gordo, plomizo y maligno había hecho su guarida debajo de la cama. Después busqué todo ese día al ratón, moví la cama, incluso intenté levantar una de las tablas porque yo sabía que si lo dejaba libre, el ratón iba a terminar por atacar a las guaguas. Sí, en todo el mundo se sabe que los ratones pueden atacar a las guaguas. Eso ya lo había soñado, había visto en el curso de esa pesadilla cómo aparecía el ratón y yo no podía privarme de observar su larga y delgada cola pasando por encima de la primera guagua mientras que su hocico, su cuestionable y aguzado hocico, rozaba la manito apretada de la segunda y yo me quedaba paralizada, totalmente rígida mirando al ratón con sus dientes, así, tremendos de afilados, trepar hasta que se montaba encima de la segunda guagua, se iba directo a la boca de la segunda guagua que se despertaba por el dolor del mordisco en su boca mientras yo seguía inmovilizada, sin ninguna posibilidad de espantar al ratón que se ensanchaba y crecía mágico, listo para devorar a la guagua segunda que me miraba y me seguía mirando con un destello de éxtasis en sus pupilas y aún no sé cómo

adivinaba que me era imposible ya liberarla de ser mordida y tragada por la maldad ávida de esa rata. Y allí, en medio de la noche, la pesadilla no se detuvo más porque de ahí en adelante él desarrolló una obsesión con su propia materia.

— Te dije que con la luz prendida, mierda — y entonces me tomaba la mano, me la ponía ahí y me obligaba a moverlo hasta que estaba listo para echarme su materia por todo el cuerpo y yo quedaba pegajosa, con el malestar que me perseguía hasta el día siguiente, todo el día pegajosa, tan pegajosa que ni me atrevía a tomar a las guaguas por temor a que se dieran cuenta que la materia estaba afuera, que él me tiraba su materia encima por el puro gusto de mirar cuánta materia le salía y eso era, porque de eso se trataba, que él pudiera ver sus chorritos caer sobre mi cara o sobre mi pecho o sobre mis piernas o bien dirigir esos chorros, que guiaba, al final, descaradamente, con su propia mano, desde mi frente hasta mis pies mientras su cara ya estaba entregada a un estado tan lejano que no podía advertir que abajo estaba yo, mirándolo a través de mis ojos entreabiertos, estremecida por una suma de sentimientos entre los que predominaba el rencor.

— Me duele el estómago — murmuré — me duele abajo — y solo recibí el desdén de los que estaban en esa sala. Horas después, cuando el dolor había traspasado todos mis límites y me había derribado, no sé cuántas horas después pude descansar, cuando la primera guagua ya había salido y, de reojo, logré ver sus ojos, sí, unos ojitos que aparentemente no miraban a ninguna parte, unos ojos sin mirada, pero yo supe, cuando vi esa falta de mirada, que se trataba de un truco, que desde ese momento inaugural la primera guagua había hecho de mí su único objetivo, porque después que habían transcurrido esas hora ya mi cuerpo no valía, no era propiamente un cuerpo sino una masa, un trozo de carne desarticulada, apenas un pedazo de nada al que esa guagua que tuve se iba a aferrar con una precisión y una furia que solo yo estaba en condiciones de medir. Lo sabía bien

porque reconocí la misma furia que estaba agazapada en la parte más intensa y velada de mi cerebro, una rabia almacenada durante años, unos años insensibles que no significaron, que ni siquiera los tomó en consideración a la hora de irse, después de ocho años, dejando a mis guaguas y abandonándome a mí, entera pegajosa, con su miserable materia desparramada sobre mi piel. Ah, pero él ignoraba que yo había recibido la revelación, cómo iba a saberlo si abstraído, entregado a la idea de dejarnos, no tuvo la paciencia ni la agudeza de entender que en medio de los llantos de las guaguas, entre mis obligados insomnios, detrás de los gritos y de las injurias, en cada molécula de mi cuerpo estaban tañendo las campanas de la boda- esas campanas ya repicaban en mi cabeza- de una boda que se iba a realizar ocho años más tarde, cuando él, creyéndose a salvo en la provincia, a salvo de mí, de las guaguas, de los sonidos de las ratas y de mi permanente malestar, cautivado por los haberes que le ofrecía la familia provinciana allá en Concepción, iba a olvidar cuál era su punto de origen, porque su punto de origen era la casa en donde había dejado repartida toda su descortesía. Pero la revelación se había desencadenado en toda su plenitud, se había desencadenado ese mismo día en que yo, sin cuerpo, cuando ya habían transcurrido esas horas infernales, percibí la mirada vacía de mi primera guagua hombre, de esa guagua que era impresionantemente mía porque había sometido a mi cuerpo a una catástrofe de inigualables proporciones. Y por eso, auscultando a través de esa mirada inexistente, supe que más allá de la huida yo iba a obtener la venganza porque contaba con la primera guagua, sí, mi primera guagua hombre que más allá de la ira, más allá de su inquietud incontenible, iba a vengarme al dejar caer en pleno centro de la provincia un estallido de irreparable destrucción. Se trataba de esperar, de la misma manera en que he seguido esperando, año sobre año, dolor sobre dolor, sintiendo cómo mi espalda se queda sin la

menor postura, una espalda demente que se va, año tras año, hacia abajo, tan completamente abajo como este vientre y mis brazos casi inútiles que no resisten nada más que un mínimo peso. —Me pesas— le susurre. —Cállate, mierda, te dije que no abrierai la boca, mierda, ¿me entendís o no?—. En ese tiempo, el tiempo marcado por la persistencia de los agravios, tenía que esperarlo a él y a su materia, para levantarme después, corriendo, a tropezones, porque la guagua segunda ya se había caído otra vez de la cama —la guagua, mierda— y estaba en el suelo, golpeada, boca abajo, pataleando igual que una cucaracha al revés la guagua. Y esa misma noche de la caída, cuando se acercaba el amanecer tuve el sueño sagrado con un pájaro plagado de una atmósfera ambiguamente andina, ese pájaro aún más antiguo que la emergencia de los dioses, el pájaro que tomaba con sus garras a la guagua segunda, se la llevaba delante de mis ojos y yo, encandilada por la precipitación de ese vuelo, ya no veía la guagua, no alcazaba a ver el pájaro, no divisaba nada, como si un color enfermizamente blanco lo hubiera borrado todo, incluso el cuerpo de la guagua segunda que ya estaba despedazado albo en la cima de una armoniosa ladera. De una ladera, de una ladera y más abajo, en el pueblo, las campanas con un sonido agudo llamaban a la fiesta de manera imperiosa y arrogante, auguraban la cercanía de la fiesta y, entre el tañer de las campanas, en medio de un calor engoroso, yo enviaba a la guagua primera con el presente que había preparado para contribuir con esa ceremonia, el vestido de gala y la toca dorada, lujosa. Mandaba a la guagua primera con el vestido y la toca, y yo veía a mi guagua descender hasta el pueblo —a Concepción, ¿me oíste? A Concepción— sin saber qué era en realidad lo que escondían los regalos que llevaba entre sus manos. Un pueblo seco, atravesado en diagonal por el río que no arrastraba más que yerbajos y los malos sentimientos que amparaban esa boda malsana, como malsanas son mis palpitaciones. Me palpita

furiosamente el pecho cuando subo las escaleras de mi departamento y después tengo que permanecer sentada, aguardando que cese ese retumbar, sí, sentada en el sillón esperando que la guagua primera vuelva con el encargo que le hice de entregar de una vez por todas el vestido y la toca que estuve urdiendo, cosiendo y bordando por una cantidad considerable de años. Bordando, cosiendo, urdiendo el veneno exacto, sentada en el sillón de mi departamento, en este lugar que no me corresponde, donde me toma demasiado trabajo subir y bajar para comprar mis dos panes y un poco de leche y las aguas para calmar este dolor que ya me parece injustificado, tanto dolor en un cuerpo que hace mucho se abandonó para cuidar con esmero, dedicarse solo al cuerpo de las dos guaguas, sus cuerpecitos llenos de alergias y a los ungüentos que les ponía no les hacían el menor efecto y yo tenía que rascarlas para que dejaran de llorar, rascar los cuerpos de las guaguas, especialmente sus espaldas, con mis dos manos las rascaba, las ponía boca abajo y las rascaba a cada una con cada una de mis manos, con cierta energía —más fuerte, más fuerte— para que se les pasara la picazón y así por una noche, por una sola noche me dejaran dormir —las guaguas, pues, mierda— que estaban frenéticas, revolcándose en la cama que compartían sin saber de qué manera librarse de esa alergia que sólo yo parecía capaz de aliviar. —Si seguís con esa cara te vai, mierda—. Pero no era necesario, no, no era necesario porque ya era demasiado tarde, como este atardecer rodeado por una neblina que presagia una noche anticipada. El tiempo sagrado de la revancha está por cumplirse, mis palpitaciones proliferan y mis sueños ya se presentan hurañamente estables. Presiento que mi guagua primera está llorando para que le rasque el estómago y la pierna y la espalda. Tengo que levantarme del sillón para atender como siempre los caprichos de las guaguas que nunca han tenido la menor contemplación con las encarnizadas enfermedades que

acechan a su madre. Tengo que levantarme del sillón y pasar encima de este dolor que se ha quedado pegado en mi estómago, pegado como se quedan pegados los perros en las calle, sí, de la misma manera que los asquerosos perros callejeros, o como se queda pegada la imagen en el cerebro al ver cómo alguien sale de la casa sin el menor gesto de arrepentimiento, mientras camina recorrido por una torcida satisfacción hasta la estación de ferrocarriles, olvidando que el cuerpo de una se ha arruinado solo por haber permitido que otro lo use, lo engorde y lo deformé, sin obtener a cambio un milígramo de placer, ni siquiera un milígramo de un milígramo de placer. Ah, sé que compré un medicamento para mi estómago, un medicamento parecido al que le daba a la guagua segunda, el mismo de la guagua primera, el medicamento necesario para pervivir y disfrutar ese minuto por el que se ha estado esperando, con la vida congelada, aguardando por fin que mis dioses se hagan parte del conflicto, estos empecinados dioses que hacen el favor de ejercer su justicia divina y castigar a todo aquel que hace caso omiso de sus designios.

—¿Qué quiere corazoncito?, le doy cualquier cosa, si se queda quieta y me deja que le haga lo que le voy a hacer—. Cualquier cosa, me tengo que poner cualquier cosa porque las guaguas ya me vomitaron toda la ropa, me dejan toda la ropa que tengo pasada con su olor a vómito, un olor que ya parece que emanara de mi propio cuerpo, porque no puedo distinguir mi olor a vómitos de las guagua. Las guaguas chillan con tal fuerza que cualquiera creería que se están muriendo de hambre y después cuando las alimento, emprenden la tarea de atraerme con sus llantos y entonces esperan que me acerque, que las tome en mis brazos para darme vueltas encima todo lo que han tragado, una leche que ya está increíblemente descompuesta y que me deja cubierta de este olor insoportable. —Ya andai con la cara larga otra vez, mierda. Andai totalmente ida, mierda, ¿cuántas veces te he dicho que no dejís que lloren

tanto las guaguas?— Ah, estos últimos amaneceres me han resultado bastante más benignos, si no fuera por el dolor de estómago, habría pasado tranquila sentada en el sillón mirando cómo se triza la luz y llega progresivamente la noche. Una noche en que los sueños ya se estabilizan, una noche sin las guaguas llorando, una noche neutral, sin divinidades que a una le repitan y le repitan que el tiempo de la venganza no tiene otro tiempo más que la hora exacta de la venganza. Una venganza anclada a un pasado contra el que hay que luchar desesperadamente para que no se pierda en el olvido. Un pasado que tengo que mantener y frecuentar y cuidar con la pulcritud con la que se cuida una guagua para que no se enferme más allá de los males que se traen incubados desde el nacimiento. Y yo, que jamás vomito, tuve que convertirme en el receptáculo de los vómitos de las guaguas, en la destinataria de la materia del hombre, porque su materia era la forma que él había adquirido para vomitarme, hasta que una termina por acostumbrarse a las manchas, al olor y al líquido espeso que le podía caer encima en cualquier momento, en cualquier momento, hasta olvidar cómo era la vida antes de la descarga de la materia y de los vómitos. Hasta llegar a pensar que en realidad era así, que los días y las noches transcurrían entre los espasmos de vómitos y aunque después de cada chorro me limpiara, allí estaban las dos guaguas hombres y allí estaba él para empezar todo de nuevo, para que en ningún momento yo me librara de recibir sus líquidos y me olvidara para siempre de un olor propio que alguna vez me hubiera emanado. Pero estaba esa primera pesadilla, la que se manifestó con mayor nitidez sin que lograra entender entonces qué mensaje me estaba entregando ese sueño, y más adelante cuando se multiplicaron las imágenes, cuando surgían y desaparecían los sueños y las pesadillas, entre los llantos y los gritos, fui atando cabos, uniendo los hilos, aparentemente desmadejados, que mis dioses me fueron entregando,

hasta que reconocí la imagen de la afilada daga que me habían fabricado, esa daga elegante e histórica con la que se había puesto fin a tanta miseria. Una daga hecha por pedazos, por acumulaciones de sueños, que se encargaron de acrecentar y pulir el brillo de su delgada superficie, un regalo que me dieron mis dioses, esa arma que me entregaron tardíamente para defenderme. Pero ahora necesito otro medicamento porque me siento como si me hubiera tragado una piedra o como si una guagua estuviera dentro de mi estómago, tratando de salir, así me siento, lista para soltar una piedra o una guagua y por eso es que preciso de la medicina exacta, una justa dosis para deshacerme de este dolor que aún perdura en mi memoria. En la memoria, en la memoria —mierda cuántas veces tengo que repetírtelo— hasta de que manera intempestiva reaparece el espantoso golpe, a esa hora en que ya estaba lo suficientemente extenuada como para tropezar justo cuando la guagua primera estaba atacando a la guagua segunda, la estaba atacando con sus dientecitos de leche y yo corrí para impedírselo, para proteger a la guagua segunda de los enconados dientes de la guagua primera y corrí sin prestar atención más que a esos mordiscos, sin ver que en el suelo estaba derramada el agua. Fue entonces cuando resbalé y tropecé contra la cama de las guaguas anulando la menor posibilidad de impedir mi propia caída. Pensé que mi brazo izquierdo se había roto, que el hueso estaba dañado porque ya no era capaz de moverme. Y gracias al estrépito que ocasionó la caída, la guagua primera dejó en paz a la guagua segunda, la dejó en paz y cuando pude levantarme del suelo, con una dificultad increíble, me incliné para observar el rostro de la guagua primera y pude percibir en el contorno de sus labios un rictus extremadamente semejante a una sonrisa. El mismo exacto rictus que se instaló en la cara del hombre durante el tiempo en que urdía la partida, un rictus solitario, exclusivo, sin sospechar ni por un instante que yo ya me había

enterado, que sabía los motivos de sus frecuentes viajes a la provincia porque su conjunto insostenible de mentiras me habían dado la clave para entender sus ausencias, para explicarme lo que parecía inexplicable. Un cierto rictus con el que enmarcaba la distancia que ya lo separaba de las guaguas pues el rictus lo había construido él para llevar adelante su plan, el programa ése con el que pretendía borrarnos de su vida. Sin embargo, no puedo sino entregarme a la sabiduría de las horas, porque en estas horas el tiempo inexorable es mío, me pertenece y me acerca a una merecida esperanza. Falta poco. La neblina enmarca un escenario oscuro, el mismo revuelto escenario que transcurre en mi estómago atacado por los espasmos que me mantienen inmovilizada en este sillón en el que desde hace tanto tiempo espero. No confío en que ningún resultado provenga de los medicamentos ni del líquido, ni de los dos miserables panes, espero que mi guagua primera despierte y comprenda, que finalmente logre entender la alianza indestructible entre su madre y los dioses, un pacto sagrado en donde su participación lo va a llenar de la impresionante gloria que le corresponde como primogénito. Porque mi primera guagua hombre me chupó casi todo lo que tenía, me sacó más que la leche, mucho más que todo el constante alimento que tuve que proporcionarle. Desde antes, desde el momento en que se metió adentro y desde mi propio interior empezó su aguda tarea de convertirme en la sede de sus caprichos. —¿Y qué te pasa ahora, mierda? Ah, pero siéntese al ladito mío, muéstreme pues, muestre de una vez lo que tiene para mí porque cuando la miro me parece una guagüita. Eso es lo que parece, una guagüita, mi guagüita tan chiquitita y apretada—. Quiero dormir, lo necesito. En el día son las guaguas, en la noche es él quien no me permite la paz y cuando me deja tranquila empiezan las guaguas, dos guaguas que se encuentran en riesgo permanente porque allí están las enfermedades, las bacterias, los ratones, todo se ha puesto en contra de mis

guaguas y para eso estoy yo, alerta, mirando para todos lados, precaviendo que nada, absolutamente nada, ni siquiera la sombra de un mal, roce a las guaguas. La limpieza, ah sí, la limpieza. Asearlas y volver a asearlas con una esponja, de arriba abajo, frotarlas y secarlas muy secas porque sus pulmones se pueden resentir con el agua, sus corazones se pueden afectar con las frotaciones, de la misma manera en que ahora se me ha afectado la espalda, prematuramente mi espalda recogida bajo la espantosa forma de un montículo y ahora medio doblada, abiertamente curva y expuesta a cuanta enfermedad se me presenta, apenas reconozco en mí la sombra de lo que fui. Pero tengo que levantarme de este sillón. Me voy a levantar del sillón y voy a salir de esta casa para siempre, voy a huir de esta noche para siempre, de esta miseria atroz en la que uno tiene que permitir y estimular el jadeo, más, sí, más fuerte el jadeo, más ronco el jadeo porque el miserable ya está punto de acabar y ni siquiera se pregunta por qué yo nunca en estos ocho años, en ninguna de sus incursiones, he jadeado, salvo quizás esa noche en la que las guaguas dormían porque en esa oportunidad no les molestaban sus dientecitos, esa noche fue cuando presentí que una sensación se avecinaba, sentí que estaba en el umbral de una sensación, algo mío que por una vez no me iba a dañar y él entonces se retiró —¿te gusta, mierda, te está gustando?, ¿cierto?—. Maligno, maligno. Malvado este dolor que se presenta a estas horas cuando mi espíritu debería estar entregado a la batalla que está librando a favor de su madre, mi primera guagua, la mayor de mis guaguas hombres, el primogénito que va a poner en orden un tiempo que hasta hoy había permanecido intocado. Los dioses están felices. Mi último sueño lo asegura. Anoche, mientras dormitaba en el sillón, experimenté un sueño con un animal del que no tenía noticias, veía un animal pequeño pero no por eso menos temible. El animal estaba cercado por una turba que lo culpaba por la escasez de la cosecha,

la turba gemía, gemía. Dolorosamente se elevaba el murmullo frente al cual se habían congregado. El pequeño animal luchaba por salir del cerco pero le era imposible pues chocaba con la turba que lo empujaba hacia el centro. Lo empujaban con sus palos hasta que el pequeño animal empezaba tambalear y su costado tocaba la tierra. El animal agonizaba frente a mis ojos y allí se dijo —lo dijo la turba en un coro ululante— que se trataba de un animal nuevo, una de las especies que llevan poco tiempo sobre la tierra. Mientras me preparaba la taza de té, recién pude entender el cerco, los palos, la agonía, comprendí que la inclemencia es un acto absolutamente necesario, que los sueños me estaban haciendo un servicio empujándome hacia el animal nuevo, ese animal que era un producto tardío, pero que, sin embargo, sabíamos, la guagua primera y yo, que su extinción nos iba a servir para aplacar el tiempo anterior, ese tiempo regido por la sumisión y la rabia.

—¿Qué te pasa ahora, mierda? Mierda, mierda, ¿hasta cuándo seguís con esa cara larga?—. En cuanto puse los pies en la casa empezó un cierto grado de asfixia, me vino a la memoria -como una ráfaga- el antiguo ratón que salió de la acequia y supe de inmediato que ese ratón se escondía ahora en uno de los huecos de la casa. Presentí que allí, desde quizás cuándo, había formado su guarida. Empecé por limpiar el piso, después las paredes, pasé un paño grueso por las ventanas y me afané con el paño en cada uno de los bordes de las piezas. En ese tiempo todavía no nacían mis dos guaguas hombres. En ese tiempo todavía el único pavor que sentía era solo por mí misma. Porque antes de las guaguas ya estaba el ratón y después, un poquito más adelante, el ratón, el hombre y las dos guaguas. Sí, allí estaban y es verdad que la primera y la segunda nacieron con un parecido abismante, una semejanza que sobrepasaba lo físico, algo que nos envolvía a los tres porque las guaguas, aunque eran guaguas hombres, tenían mis facciones y una

porción considerable de mi carácter, un algo indescifrable que nos hacía uno. Ese algo que me obligó a olvidarme de mí misma porque esas dos guaguas desde el principio estaban aullando frente al miedo que yo les ocasionaba, porque yo les di miedo, tanto miedo como me daba la certeza del ratón, o la precipitación de los chorros que transportaban los vómitos o la seguridad que tenía de que él se iba a aprovechar, a aprovechar; tal como me lo dijeron hace tantos años y me lo repitieran hasta que hube de soñar —el primer sueño, la primera pesadilla— que en la parte de abajo, allí entre mis piernas, empezaba a producirse una sensación, un pedacito apenas de la sensación y entonces el ratón se abalanzaba sobre mi mano y me la cercenaba con sus dientes y yo permanecía cubierta con el reguero de una sangre estrepitosa y más atrás las risotadas, unas risas estruendosas que se burlaban abiertamente de lo que iban a ser los signos de mi porvenir. Esa misma risa que se desplazaba velozmente desde la provincia hasta mi casa, en los momentos en que se sellaba una boda ilegítima, el sueño con que él pretendió clausurar nada menos que ocho años, ocho años que nos contenían y que encerraban la fosforescencia de los excrementos de las guaguas que yo hube de limpiar para que sus cuerpecitos no se fueran a enfermar por tanta bacteria maloliente que expulsaban y que me obligaban a pasar un abrumador sinnúmero de horas limpiando a las guaguas con la esponja para sacarles la caca adherida a la espalda, la caquita de las guaguas, sin permitirme el menor asco ante la emergencia del olor que subía por mi nariz y se quedaba metido en mi pecho y, aunque todo el día aspiraba el olor de la caca de las guaguas, sabía que ése era el precio que debía pagar para evitar la llegada de una infección. Limpiar a las guaguas que se retorcían vociferantes, insensatas, con sus ojos desmesurados y las manos contraídas y esas bocas despojadas de dientes, y sus chillidos, ay, sí, enteramente convulsivos, más fuertes, más inenarrables incluso que la pastosidad de la caquita que

se quedaba adherida a mis uñas después que las guaguas la expulsaban a raudales, sí, a raudales les salía la caca y yo cerca, muy cerca, confundida ya con cualquier olor, con toda clase de materias, no podía saber a qué me tenía que resignar, qué era lo que realmente me correspondía, mezclada, entregada a la materia del hombre, a los vómitos y a los excrementos que expulsaban por sus delicados y todavía frágiles orificios, mis dos guaguas hombres. Tengo que sacarme la caquita, sí, necesito limpiar esta caca de los bordes de mis uñas-. Pero ahora mis dioses, lo presiento, están entregados a la fruición que antecede a la fiesta. En algún lugar sagrado deciden, por fin, saldar la irreverencia. Está tenso el cúmulo de dioses porque temen que yo me desmorone ante esta tardía y quizás inútil venganza. Sé que dudan y se han volcado a una intensa deliberación, sin embargo yo me he mantenido como una leal receptora de los sueños y aunque comprendo que es, tal vez, tarde, me siento incapaz de decepcionarlos. No los decepcionaré porque me amanezco velando el sueño de las guaguas, paso el día atenta, concentrada en sus rostros, acudiendo a cualquier engaño para evitar que se expanda la ira. Recibo en la palma de mis manos sus excrementos y procedo a engullir la fetidez del vaho para, después, sacarme ferozmente, con una violencia maníaca y concentrada, la caca adherida en los bordes de las uñas, esa materia densa, más densa todavía que la materia del hombre en mi cara y en mis uñas las guaguas, en el pecho los vómitos y mi espalda curvada por tanto inclinarme para encontrar al fin al maldito ratón que con seguridad se esconde escurridizo debajo de la cama. —Métete a la cama, mierda, y deja a las guaguas tranquilas—. Ah, sí, ayer en la mañana fue que encontré la -¿cómo se llama?- ¿cómo?, encontré su, su babero, ah sí, el babero de la guagua primera, unido al babero de la guagua segunda, idénticas las dos prendas, vomitadas, amarradas al, al, al, sí, pañal que se ha puesto amarillento, de un color espantoso, parecido al color de la

caca, un color que no se merecía la tela prolifa con la que vestía a mis guaguas. Una estafa de tela. Porque sí que se trataba de telas costosas, finas, como fina la cama y la ropa, la ropa que no duraba ni un segundo limpia porque apenas las vestía, las guaguas iban directo a arruinar mi trabajo, a revolcarse en la tierra o a vomitarse o a llenarse de caca o dejar las telas surcadas por llanto y barro o abalanzarse una sobre otra para rasgar sus ropas mientras sus rostros se ponían macilentes y ceñudos y me iban manchando, cubriendo, traspasando de un hálito —que te mueras, mierda, que te revientes de una vez por todas— que me dejaba exhausta, completamente desmadejada al cabo de las horas en que mis huesos cedieron y ya nada parecía completamente humano entre la sangre y los huesos que no sostenían nada, que se separaron de mi carne y ahí pude ver mis pechos desmesurados, tremendos, que para liberarse del dolor -tan grandes los pezones, ay, sí, arrebatados, hinchados, deformes-lanzaban esos enloquecidos y errantes chorros de leche que se deslizaban más abajo, recorriendo mi cuerpo que ya no tenía forma, mi propia leche corriendo espasmo tras espasmo, una leche que no era menos agresiva que las diversas materias contra las que iba a batallar, desde ese día en adelante, sin obtener la menor tregua. Me puse un, un —ay, ¿cómo se llama?— un, sí, pañal en el pecho, me amarré el pecho con el pañal para detener el espantoso espectáculo —dale de mamar a la guagua, mierda, ¿no veis que está llorando de hambre?—. Tengo que darles de mamar, meterles por fuerza el pezón en la boca, el mismo pezón que el hombre me mordió y me chupó la primera vez que se apoderó de mi pecho, —¿te gusta?, ¿no?— y allí estaba esa risa traspasada de ironía —yo sé lo que estás esperando, que te chupe el pezón, porque a ti te gusta que te chupe y que te muerda el pezón ¿no es cierto, mierda?—. Ah, la peligrosa y recurrente diarrea de las guaguas, bronquitis y diarreas y, como si fuera poco, como si nada fuera suficiente, llegó la primera devastadora peste infantil, la peste que con

seguridad les contagió el ratón apestado hasta que consiguió convertir sus cuerpecitos en carnes afiebradas y supurantes, sus cuerpecitos que no me permitieron dormir en lo que resultó ser una semana completa. Tengo que salir de aquí, retroceder hasta un tiempo que no conozco. Me iré. Voy a cerrar con doble llave la puerta para que no me busquen ni me sigan, necesito perderme en algún punto donde consiga respirar un aire ligero, sano, el mismo aire del sueño cuya velocidad me permitía cortar el poderoso cordón que amenazaba con estrangularme y lo corté con un afilado cuchillo que venía por el aire, una hoja elegante y antigua que en su mango tenía unos signos abigarrados que poco a poco empezaron a ser descifrables, transparentes, como el aire curativo que necesito desesperadamente ahora para empezar a sobrevivir. Pero mi guagua primera ya está preparada. Su carita ceñuda forma del festín de mis divinidades, esa carita que a fuerza de llantos, caca y vómitos se fue forjando hace ya mucho, a lo largo de cada uno de los fragmentos de lo que ha sido su tiempo. Porque su tarea consistió en perfeccionarse para cumplir con una venganza, sí, puesto que al primogénito le corresponde cumplir con los mandatos. Sí, sí, porque el mayor es el único que persiste en la mira privilegiada de los tiempos. Tengo que levantarme del sillón para poner la tetera y consumir otra de las inútiles aguas con las que voy a pasar esta noche. Un agua más para ayudar al primogénito a salir de este vientre monstruoso con el que me arrastró a duras penas, este vientre que carga con una guagua adentro que se niega a salir y se expande con el único fin de esclavizarme e impedirme realizar cualquier movimiento. Una taza de agua caliente para expulsar a la guagua que se queda pegada, indiferente a lo que está pasando, inexpresiva ante la tragedia que se avecina, sí, porque lo que va a suceder en las próximas horas ya está escrito y ningún gesto va a conseguir detener el cuchillo y la sangre saliendo a borbotones, a chorros la sangre en las próximas horas, hasta que el cuerpo provinciano

paulatinamente se desmadeje cubierto de fluidos y entonces atraviese, estalle y se extinga en medio de su propio, increíble dolor. El agua en la tetera empieza a entibiarce, en cambio afuera el cielo está por partirse, dentro de unas pocas horas empezará a caer la lluvia que reiteradamente han anunciado. Ah, con este clima que se avecina, mañana no me corresponde salir a la calle, me quedaré sentada en mi sillón esperando las noticias en medio de una calma que presagio, la calma que me permitirá tomar el teléfono que repicará inevitablemente y entonces sabré cómo enfrentarme a la voz más que escandalizada que me dará la noticia. Todo ha sido cuidadosamente programado por la crueldad de los dioses, estas divinidades que se han tomado todo el tiempo del mundo sin atender a mi prisa y que cumplen su misión cuando ya es tarde, cuando el hombre —ay, qué lamentable la desidia de los tiempos— ya no habita más sobre la faz de la tierra para recibir el castigo por sus malas acciones, pero aún así, pese a todo, el primogénito va a hacerse cargo de su propio rencor, para eso se han preparado, esta guagua primera, envidiosa, que me quiere arrebatar la rabia. Ah, allí está, listo para robarme y expropiarme mi propio rencor, alérgico, con la piel corroída por los salpullidos, aullando en medio del mal sueño y llamándome para que lo alivie y le rasque la cabeza plagada de unas tenaces y ya crónicas erupciones (la soriasis, la soriasis) que se esconden y proliferan debajo de su pelito oscuro y rizado. Mi guagua más que alérgica, enfurruñada, mirando con sus ojos oscurísimos la partida definitiva que lo convertía en huérfano, observándolo salir, con una expresión aparentemente vacía. Pero más allá de su vaguedad yo entendí que la suya era una mirada atenta, sí, tan atenta como la mía, mi retina dividida entre el abandono y los ojos de la guagua primera que recibía mi gesto, mi pedido, mi mandato porque en ese momento trascendental solo nosotros experimentábamos, en medio de una humillación inexcusable, la mayor afrenta que se nos podía occasionar.

Ocho años de gratis —mierda, hasta cuándo dejai llorar a estas guaguas de mierda— con días y noches de zozobras infinitas. El mar, el mar, el mar, un mar inenarrablemente enardecido portando una alucinante voluptuosidad que no podía sino tocar, afectar mi pubis, ay, diosito, sí, mi botoncito de rosa desprovisto, desaprovechado, despreciado, demasiado caliente para conseguir impedir el oleaje, ay diosito, las acometidas furiosas y rebeldes de una naturaleza (la mía, la mía), que no cesaba, que no cesaba de imprecar. Ah, sí, como el mar, un mar ascendente y criminal regido por la multitudinaria turba submarina que lo habita y que insurreccional se levanta para emerger hasta la superficie. No, no, no, es solo el mar sobrepasado de sí mismo, dirigido ciegamente por su propia profundidad, una hendidura que ya ha perdido pudor cuando ahora solo importa que el vértigo —diosito, ay, diosito— la conduzca con toda su potencia y se presente, así, así, así, inevitable, múltiple, asombrosamente acoso, el estallido final. Después seca, sedienta por la falta, con la ausencia escrita en las pupilas de la guagua primera —el primogénito— sus pupilas que me observaron con ironía y desprecio, culpándome por la huida, encarnando en mí su inminente orfandad. Tengo que levantarme del sillón. Se acerca la hora lujosa y salvaje de la guagua primera. Tomaré otra taza de agua, para que baje, para que baje y se consolide, de una vez por todas, mi irreprimible y ávida necesidad de que estalle en el medio de la pieza, allá en Concepción, un reguero de odio y de sangre.

DE POR LA PATRIA

MA MA MA

POR LA PATRIA

(DE LA SEGUNDA VISIÓN)

LA VÍA ARMADA

EL ÉXTASIS DEL AMOR MATERNO

MÍ MAMI SE HA PUESTO MALA

ACERCA DE VENCEDORES Y VENCIDOS

MA MA MA

Ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma ma
ma ma ma ma ma ma ma ma ma am am am
am am am am am am am am am am am
ame ame ame ame ame ame ame
dame dame dame dame dame dame madame
madame madame dona madona mama mama mama
mama mama mamá mamá mamacho el pater y en
el bar se la toman y arman trifulca.

La mamastra la besa en la boca y su papá la besa en la boca: hostigan.

Cuán desafora la rubicunda con su teñido pelo rubio y gringo mientras cimbrea su ambivalente figura. Caderas amplias de buena madre y mancha ese centímetro de raíz negra de mamá mala, su pelo grueso y tosco, no como arriba que es rubiecito: ondas y crespos de su infinita bondad.

Se ríen.

Se ríen de su pelo que asoma entre los pelos que tiene abajo su machi, por no salir rucia le toca el tinto y apuntan sus mechas y el palo papacito la empuja adentro y atrás.

De juerga están y de farra.

Ríe la madre con su boca, pero después se pone triste como un lagarto, lagartija, le dicen, india putita teñida va a ser:

¿Pa dónde sale con ese cuero y con esas quiscas en la cabeza?

¿Ni un rulito? ¿Ni un brillo pa que dorado la quieran?

POR LA PATRIA

Hace todos los días que no te veo y sufro mucho y me revuelco mucho con el primero que encuentro. No encuentro cómo comunicarme contigo y por eso acudo a las palabras por si pudieras soslayar el analfabeto y actuar de alguna manera y eficaz. Porque cuando hace todos los días que no te veo, ya no te puedo disculpar ni aunque te sangraran las rodillas, las narices y la boca de pedir perdón a mí, yo me abriría de nuevo para mostrarte abajo lo tupida que estoy. No me quejo de todo, porque te has perdido cosas lindas aquí; el honor, el orgullo y el hábito que cada día nos apunten, como si de nosotros, por nosotros no más, estuviera de acabo el mundo. La maldad nuestra es ahora incommensurable.

DE LA SEGUNDA VISIÓN

Me despierto acezando y agotada por la picazón, es sarna ¿sabes? y ladillas pegadas a los pelos las que me impulsan. Trato de imaginarme en los pasos que andas, en las cosas que comes. De todo. Y en estas imaginaciones me imagino que tú me ves tal como estoy ahora, atrincherada con mi familia y que te gusto como antes, mucho antes que te acojonaran las muertes y salieras al oscuro diciendo, a la mala, que al otro día me ibas a sacar de aquí, porque el miedo y la venganza nos iban corrompiendo a Dios. Pienso que no debo pensar, cuando afuera nos leen los sentimientos y este odio me mece, remece y merece más sangre. Masacre y ocre es la ladera.

LA VÍA ARMADA

Lo vi armado, amado por mí como ninguna de las otras.

El más bello de la cuadra, el más lúcido del barrio, el alma más ardiente del país.

Mantiene una casi ofensiva palidez en su rostro vagamente famoso.

Tengo seis años.

Tengo doce.

Tiene seis acompañantes que entran a la casa y mi madre se retira con desdén. Yo me quedo, yo deslumbro ante él.

Se sientan alrededor de la mesa:

Ponen armas sobre la mesa y planean: hacen planes de joyas, de monedas. Hablan como banqueros la empresa:

Él toca mi cabeza, él permite que deslice la mano sobre el metal, él me regala una bala.

—Coya, me dice. Joya.

Mentira

Nadie, ninguno de ellos me mira, absortos como están en el planeamiento. Pongo más vino sobre la mesa, saco del armario una botella de fuerte, bebo yo misma aguardiente.

No me mira, ni mareo ni nada la banda.

Viene se avecina un asalto.

Asisto a los detalles, desconfío de la precisión del chofer, mancillo el optimismo de mi padre, veo la gran falla del guardaespaldas y su miedo.

Veo que lo prenden, que lo venden entre ellos.

Me avergüenza el comentario de los vecinos, la mala lengua de los barriantes y el desprecio. La delincuencia me abruma su actividad.

Se cierra, se perfila el trabajo.

—Será al amanecer, dicen.

—Padre, papá, le digo, es mejor en la noche, en la mitad de la noche.

—Saca a la niña, dice el lugarteniente.

—Ándate a la pieza, me ordena.

Y me mira mal, malamente a mí, a la que tanto lo quiere, a su protectora.

A la cómplice suya, su mujerzuela precoz.

Atontada, mareada, me retiro: tengo doce años y mis piernas bambolean.

Y allí en la pieza contigua, sigo duro al aguardiente y envalentonada en la resaca lo llamo, lo invoco a mi lado. Siento sus pasos, responde.

—Los dos, le digo, expulse a los otros y lo hacemos los dos solos.

Mi padre me ha visto borracha.

Y me tapa, me arropa, compadece de mí, pone su boca en mi frente.

—Para otra, Coya, después será contigo.

¿Para siempre? Le pregunto.

—Sí, me dice, para siempre.

Fue armando. Sacó una pequeña fortuna al botín, repartió dinero a diestra y siniestra. Hubo mujeres entonces vestidas, adornadas por él: Hubo festines y un don para mí.

Jolgorio.

Pero el vaho, el soplo, el despilfarro lo volvió insuficiente al gasto.

Más armas perfectas recortadas y acumuladas y el plan se cierra una y otra vez la discusión y repartija.

Éxito logró tanto y fama en el ambiente.

Fue su primera caída. Mi intenso dolor, mi cuchillo.

Yo y él detrás de la reja le doy los primeros informes, le digo que afuera las cosas se han puesto raras. Le hablo de guardias en el barrio.

Y él sonríe.

SALE

Sale con su perfecto pelo negro, atraviesa el umbral hacia la calle como un dandy dando una mirada esquiva a la acera y detrás la reja se cierra y guardias corruptos me miran, observan mi cadera movediza que oscila para alcanzar la mejilla de mi padre y apretarlo hasta el cansancio, cerca, muy cerca de su boca y peligrosa.

Coincidente, inconsciente reincide al poco y en otra.

Cuando todos buscamos armas para defendernos: cuando toda yo enyerbada me preparo imitando sus gestos y su disciplinado operar.

Falla, fallece en esa segunda guagua.

Yo pervivo alucinada.

EL ÉXTASIS DEL AMOR MATERNO

Mi madre se enjabona.

Se lava pulcra parte por otra se va sedando los pelos y amigas suyas la miman, la animan, la aplauden.

Ella se ríe y malicia tira frases equívocas:

—Para el jovencito, dice, el perfume.

—Para el marido, la mugre (la instan).

Se mueve, cimbrea el cuerpo mojado, dejando seña de lo que va a ser su encuentro próximo y carnal, al propio palpo del cuello a la rodilla se toca.

La tocan sus cómplices, la enmiendan.

Le indican postura correcta y la impulsan a más fervor pasión que llaman:

Los ojos se cierran y todo se torna oscuro como en un bar.

Mi mami se revuelca en la cama.

Sí, lo afirmo. Mi mami se revuelca sola en la cama estremeciendo el catre, llamando, insultando a su propia madre de perversa clase de lo más nefasto.

Se amanece.

Transpira fiebre infectada: va a parir.

Quiere el cielo zampada de dios el mordisco.

Quiere un niño azul que le hurgue la guata de lado a lado.

Quiere un soldado que le dé arma, lo quiere armado, ceñido, señero quizás.

Quiere, quiere al bastardo: la bastarda sale cabeza afuera.

La madre mía hace intento procaz de reventar la cabeza chica, de ahogar en agua el aliento, de tapar la boca en asfixia, de sacar con uñas los ojos, de rasgar vestiduras:

Se rasguña, rompe el sayo y sangre estalla la noche en vela.

Las amigas celebran a la niña, le hacen arrumacos y al salir un desprecio, el menosprecio se siente.

Mi madre se amanece en la mama. Hierve su pecho y moja de leche la testa, lava a su niña de leche para limpiar morenita:

—Leche blanquea, dice la madre de la madre.

No sorteo la negritud. Los ojos no equiparan el cielo azul no atraen. Madre mía seca la leche, sumerge el pecho en el refajo. No limpia pliegues dejando abiertas las coceduras, la irritación posterior.

Se torna plácida, descuidada, absorta.

MÍ MAMI SE HA PUESTO MALA

Yo la vi cuando me miró y se puso, se volvió mala
enredándose conmigo al vaivén:

—Ven, ven, me decía con amor el tono.

Yo huyendo del desprecio gateaba por el espacio,
me arrastraba en figura cuádruple retrocedía.

Se compadece, me dice:

—Voy a parirte de nuevo.

Trató de meterme para adentro.

Traté de entrar y no cupe.

No pude el hueco excavar. Yo pujaba y ella contraía:

—Métete, me dice, empécemos esto de nuevo.

Y yo hundiendo la cabeza presionando, haciendo
fuerzas para abrir el túnel y sumergirme en la oscuridad
cálida del adentro.

Hablé:

—Páreme. Páreme otra vez, guárdame un tiempito.

Fue un acto desesperado.

Fue desgarró la mujer y yo machaque la cabeza a
golpes de contracciones. Oía:

—Otra vez, ven otra vez que me dilato.

Cabezazo tras cabezazo me di y el dolor intenso a ella
que se abría con las manos el hueco y llorábamos las dos
ante lo imposible, ante lo insensible de Dios.

Ingeniando una forma, vi, presentí el cuchillo. Un
cuchillo afilado y de carne. Un quirúrgico.

Fue sangriento, fue violento también.

Ella rajada y yo comprimida en las sienes, achatada en
la nuca, desnucada casi.

—Mírame bien, me dijo, examina si hay alguna posibilidad.

Lo hice.

Era inútil ya. Se había recompuesto férrea los canales
y solo hombre, apenas mano podía tragar.

—No, le dije, no se puede. Te has vuelto común y corriente.
Orgiásticas suspendimos.

ACERCA DE VENCEDORES Y VENCIDOS

Vago transparente por estos parajes y desfallezco alucinada por tu desértico resplandor.

Abre tu tienda y dame del banquete con que las otras te festejan tus vestidos bordados en plata y el olor a mirra y sándalo.

Estás en la pradera bailando y aplaudiendo como una niña acompañada por los que te avisan, pero me ves y tus ojos se vuelven torvos. Cesan tus pies el ritmo y tus dos manos caen a los costados de tu vestido de gasa.

Es verdad que tu raza y la mía han permanecido intocadas y tu habilidad con los instrumentos ha sido el oído del pueblo, pero te has acercado a mí para rozarme con la fusta, sonriendo.

—Como un general asesino remiso y demente azuzo a la tropa que se lanza a cabalgata limpia sobre las cabezas curvadas.

—Como un general obseso y taciturno, alabo a la tropa y doy estrellas de plata, espadines y regalías a los más apuestos.

—Como un general venerado por la tropa, levanto la cara entre el agitar de los pañuelos y los vítores, mientras planeo la venganza para los ausentes.

Báilame otra vez, cántame. Avanza tu mano y con toda la palma, tócame.

Nada ha sido fértil. El grupo ha huido de mí con desconfianza y todos se han burlado de mi torpeza.

El infortunio se ha dejado caer sobre mis bienes. La lepra inunda mi superficie corporal.

Has repartido entre el pueblo el mezquino pan, con júbilo y seguida por tus secuaces. Después has vuelto a regocijarte a tu mesa cubierta de manteles dando a tus animales la mejor parte. Has cumplido uno a uno los sacrilegios, pero a pesar de eso, en alguna parte te aguarda la mejor cena.

Miraste con fijeza a la que te acompañaba y yo también la he mirado y no soy peor que ella. De eso pueden dar crédito todos los que me conocen, pero tú resplandeces humillándome y sumiéndome en la desventura.

—Como uno de esos generales sediciosos, urdo junto a mis leales el ataque artero desde la seguridad de mi fortaleza.

—Como el más alto de los oficiales en rango y alevosía, dejo que la tropa me alabe y me seduzca con los dones que me ofrecen para celebrarme.

—Como el más feroz de los perros del general muerdo los humanos restos.

DE
LOS VIGILANTES

Mamá escribe. Mamá es la única que escribe.

Mamá y yo nos compartimos en toda la extensión de la casa. La casa está ruidosa, a veces tranquila. Tranquila. Mamá no está tranquila, lo noto en su pantorrilla engranujada. Tiene muchos pedacitos de piel desordenados.

Desordenados. Los dedos que tengo están enojados con su desorden. Cuando me enojo mi corazón TUM TUM TUM TUM y no lo puedo contener porque parece decir TON TON TON To. Seré el tonto de los rincones de la casa. Seré el tonto de los rincones. La incomprensible pequeñez de la casa se superpone en mi mente. En mi mente. Presagio días funestos, paisajes adormilados. Presagio solo lo horrible. Mi cuerpo habla, mi boca está adormilada. La casa tonta se contiene en mi mente con una impresionante pequeñez. Me muevo entre la multitud de mis vasijas soportando el peso de una honda necesidad sexual. Precoz. Precoz. Me hiere. Me agarro de la vasija. De la vasija. Subiré como una larva por la vasija. Pero la vasija se convierte en una pantorrilla. Es musculosa. Musculosa. Yo no. Mi cuerpo laxo habla, mi lengua no tiene musculatura. No habla. Subiré agarrado fuertemente de la vasija, subirá el tonto baboso que soy. Mi lengua es tan difícil que no impide que se me caiga la baba y mancho de baba la vasija que ahora se ha convertido en una pantorrilla y quizás así se me pegue un poquito de musculatura. Mi corazón palpitá como un tambor. TUM TUM TUM TUM. Es musculoso. Mi corazón me habla todo el tiempo de su precoz resentimiento sexual, me lo dice en un lenguaje difícil (ya ahora mismo/ vi uno de esos pedazos que sueño/ a pedazos/ sueño en pedazos/me duele, duele, duele, duele/aquí/ aquí mismo/ calentito/un poquito más/ un poquito más/ basura/ me sobra mucho/ un espacio calentito/ el molar que muerde/ devora/ ahora mismo/la grasa/ qué oscuro/ qué horrible/¿tendrá existencia el bosque de mis deseos?). No quiero entenderlo. Entiendo todo. La pantorrilla intenta derribarme para dejarme abandonado en un rincón de la

casa. Lo sé. Lo sé. Mamá se inclina hacia mí y aparece su boca sardónica. Sardónica. Se inclina y sospecho que quiere desprenderme con sus dientes. Babeando lanza una estruendosa risa. Ay, cómo me río. Cómo me río. Caigo al suelo y en el suelo me arrastro. Es bonito, duro, dulce. Golpeo mi cabeza de tonto, PAC PAC PAC PAC suena duro mi cabeza de tonto, de tonto TON TON TON To. Ella me recoge del suelo. Mamá está furiosa, la pantorrilla, mi vasija. Me engarfio rico y corre la baba por toda la superficie. ¿Cuánto llevamos?, ¿un día?. ¿un minuto? Yo no sé. Ah, si hablara. Miren cómo sería si yo por fin hablara (se acabará, se acabará, anda vida, se acabará). Mamá tiene razón, nada de caridad y tan rico haberme azotado la cabeza y haber, ay, reido. Tengo una reserva infinita de baba. En el día la baba todo el tiempo. Yo y mi vasija siempre mojada. Primero la mojo, luego la seco. Cuando él le escribe a mamá mi corazón le roba sus palabras. Él le escribe porquerías. Porquerías. (Ya/apúrate/ ¿Quieres más fuerte?/Más fuerte?/ APURATE/ ¿Dónde más?/ por qué no te apuras/ basta/ no llores/ no me molestes/ ya empezó/ ya empezó/ no pongas esa cara/ ¿ por qué tienes que poner esa cara?). No le escribe esas palabras, sólo piensa esas palabras. Yo le leo las palabras que piensa y no le escribe. Mi corazón guarda sus palabras. Sus palabras. Mi corazón aprende porquerías y yo quiero tanto a mi cabeza de tonto. De TON TON TON To. Me agarro de una de mis vasijas y veo una pantorrilla en la que puedo clavar las pocas uñas que tengo. No podría sangrar a una vasija, solo a una pantorrilla. RRRRR, rasco mi pierna mirando la casa. Me detengo y me agacho para mamá. Mamá me pega en mi cabeza de tonto. AAAAY, duele. Duele. Otra vasija y otra. Mamá me pone en el suelo y mancho de baba el piso. Salgo hacia afuera para manchar de baba la tierra. La tierra cambia de color con mi baba. No sé de qué color se pone. Hago un hoyito con el dedo en la tierra. Mamá me saca el dedo del hoyito y me tuerce la mano. La mano. Si ella sigue. BAAAM, BAAAM, me reiré.

Me deja hacer otro hoyito y después me meto los dedos en la boca que no habla. No habla. La baba ahora se espesa y me arrastro hasta la tierra con la boca abierta. Abierta. Mamá me mira y me dan ganas y me RRRR, rasguño de sangre el ojo. Me meto el dedo en el ojo. Mamá me agarra el dedo y me lo mete en la nariz. La nariz. No quiero. Quiero una de mis vasijas. Voy en busca de mi vasija y meto los dedos adentro. Adentro. Mamá se enoja, yo me río. Ella no soporta que me ría y por eso lo hago. Si yo me río su corazón suena como un tambor. TUM TUM TUM TUM. Ahora mamá está enojada. Enojada. Cuando mamá está enojada su corazón se llena de porquerías. Mamá se pone rabiosa, energética, abrumada. Yo me alejo detrás de mis vasijas para huir de sus pensamientos. En los momentos en que mamá se enoja me da hambre. Hambre. Mamá se niega a que yo engorde. Con el hambre mi cabeza de tonto se llena de porquerías. Mamá está traspasada por el miedo. Su pie me patea. AAAAY, me arrastro en medio de un hambre inextinguible, me arrastro para hacer un hoyito en la tierra y sentir en el dedo el tambor de mi TUM TUM TUM TUM, corazón. Mamá y yo estamos siempre unidos en la casa. Nos amamos algunas veces con una impresionante armonía. Armonía. Yo miro a mamá para que calme mi hambre. Tambor el corazón de mamá que quiere escribir unas páginas inmundas (un pedazo de brazo, el pecho, un diente, mi hombro/ no puedo detenerme ahora, no puedo frenar/ la uña, el hombro sí que tienen consistencia/ la mano, el dedo/ no me duele, hace años que no me duele/ es mentira que duele/ un latido en el párpado). Solo lo piensa, no lo escribe. Mamá y yo estamos juntos en toda la extensión de la casa. Existo solo en un conjunto de papeles. Agarrado de una de mis vasijas quiero decir la palabra hambre, la palabra hambre y no me sale. Ah, BAAAAM, BAAAAM, me río. Me meto los dedos en la boca para sacar la palabra que cavila entre los pocos dientes que tengo. El algún hoyito dejaré la pierna de

mamá cuando consiga la palabra que aún no logro decir. La piel de mamá es salada. A mí no me gusta lo dulce, engorda. Engorda. Vomito lo dulce, lo salado es rico. Ahora mamá está inclinada, escribiendo. Inclinada, mamá se empieza a fundir con la página. A fundir. Quiero morderla para que me pegue en mi cabeza de TON TON TON To tonto y dejé esa página. Esa página. Cuando pueda decir la palabra hambre esta historia habrá terminado. Dejaré la vasija y me agarraré a la pierna de mamá para contener mi baba para siempre. Me lo dice mi corazón. TUM TUM TUM TUM de tambor. Mi corazón salado que conoce el gusto de todas las cosas y los sufrimientos de todas las gentes. Pero mamá es una mezquina. De tan mezquina que no me convida ni un poquito de calor. Ahora hace frío y me pongo azul. Azul. Hace tanto frío que me pongo azul y mamá dice que parezco una estrella. Y es ella la que tiritá y contrae su boca sardónica. Sardónica. BRRR, BRRR, tiritá de frío y yo necesito un pedazo de tierra para enterrarme. Mamá no me deja porque el azul es bonito dice y dice que le gusta tanto verme tranquilo. Tranquilo. Pero yo me alejo hasta mi pieza y me enrosco. Mamá me sigue y trata de enderezarme con su pierna. Su pierna. Tiene un hueso salvaje en su rodilla que me da en la nariz. En la nariz AAAAY. Sangro leve por la nariz y mamá me limpia con su falda y después me mete un pedazo de género por la nariz para que se me quede la sangre en su falda. La sangre es calentita. Calentita. Se me pasa un poquito lo azul. Me enojo y lanzo una risa que dispara a mamá lejos. Lejos. Si me pongo más azul mamá se alegrará y entonces no podré derribar a mis vasijas. La espalda de mamá tiene un peligro. Lo sé. Peligro. Mamá me da la espalda para meterse en esas páginas de mentira. Mamá tiene la espalda torcida por sus páginas. Por sus páginas. Las palabras que escribe la tuercen y la mortifican. Yo quiero ser la única letra de mi mamá. Estar siempre en el corazón de mamá TUM TUM TUM TUM y conseguir sus mismos latidos. Mamá odia mi

corazón y quiere AAAAY, destrozarlo. Pero mamá me ama alguna parte del tiempo y me mira para saciar en mí su hambre. Me río del hambre de mamá con una risa opulenta. BAAAAM, BAAAAM, salta la risa de mi boca en la primera oscuridad que encuentro. Mamá corre a taparme la boca con su mano. AAGGG, me asfixio. Me asfixio y vomito en la mano de mamá. Mamá me esquiva porque me lee los pensamientos. Me lee los pensamientos y los escribe a su manera. Mamá quiere que nos volvamos felices en las letras que escribe y por eso se toma tanto trabajo su espalda. Su espalda. Cuando yo hable impediré que mamá escriba. Ella no escribe lo que desea. Mamá me busca para salir a la calle y que se hiele mi cabeza de TON TON TON To. La calle me asusta. Me gusta la poca tierra que hay en la calle. Si mamá me obliga a salir hacia afuera le haré una herida con los pocos dientes que tengo. Ahora que parece que nos congelamos seré la única estrella de mamá. Mamá sale a la calle para ver las estrellas. Las estrellas. BAAAM, BAAAM, me río por toda la casa esperando a mamá. Con la escasa lengua que tengo lamo mi vasija para soportar el hambre. El hambre. Cuando mamá regresa aprieta las páginas con sus manos y me da la espalda. Es peligroso. Pero si me pongo azul le daré contento a mamá que quiere que reluzca como una estrella. BRRRR BRRRR tiritamos juntos y BAAAM, BAAAM, me río. Mamá se quiere tapar las orejas. Las orejas. Yo me trepo hasta su oreja y BAAAM, BAAAM, me río, pero ella me abraza y de tanto frío no puedo negarme. Negarme. Entre los brazos de mamá se siente calentito. Me siento oscuro, peligroso y calentito. Debajo está mamá, la falda de mamá y más abajo un abismo de sinsabores. Su pesar me da hambre. Hambre. El hambre me provoca la saliva. La saliva corre buscando un poco de comida, pero mamá ha olvidado la comida y pretende tironearme los pocos pelos que tengo. Me lleno de saliva y de una poca risa que me queda. Risa. Me RRRR, raspo la cara. RRRR. Duele. Duele quizás la mejilla, la nariz y busco

la mano de mamá para que me sobe. Mamá me limpia la mano en su falda y me mira. Cuando mamá me mira con pesadumbre me tapo mi cabeza de TON TON TON To porque me asusta su cara despavorida. Despavorida. Si mamá tiene la cara apesadumbrada y despavorida yo le tomo los dedos y se los tuerzo para que olvide las páginas que nos separan y nos inventan. Ella en sus páginas quiere matar mi cabeza de TON TON TON To. Después me voy lejos pensando algunas palabras para mi boca que no habla. Mi pensamiento está cerca de mamá y a distancia de mi lengua que de tanta saliva no habla. No habla. Sé que mamá en sus páginas deshace el poco ser que le queda y por eso ella tiene piernas y palabras. Palabras. Mamá desea que se me caigan los pocos dientes que tengo para que no se me vaya a quedar una palabra metida entre los huesos. Quiere romper mis dientes en sus páginas. Pretende romper mis dientes, de espaldas a mí para que nos quedemos flotantes y azules como unas desesperadas estrellas. Estrellas. Mamá se siente menos abrumada cuando me ve helado y BRRR se nos mete el frío para adentro y ella sabe que sólo sus piernas y las penurias de su falda nos sanan. La amargura de mamá es displicente conmigo y anda metida entre su falda y en medio de sus páginas atacando a la parte más valiosa que tiene y que yo le agarro para ser su estrella. Su estrella. Mamá necesita tanto una estrella y me desbarata mi cabeza de tonto porque no me pongo azul, azul como debiera. Pero mi cabeza de tonto va a empezar a congelarse si mamá se refugia entre sus páginas. Páginas. Mamá lo que desea es que el que le escribe se congele y si lo consigue estaremos unidos para siempre y mi baba será nuestro único consuelo. Consuelo. Mamá algunas veces se siente tranquila de arriba. Cuando está tranquila de arriba piensa las peores cosas y yo empiezo a reírme. Me gusta tanto que mamá tenga pensamientos pues me deja concentrarme en mis vasijas y rasgar sus amenazantes formas. Formas. Las

formas sorprendentes Yo soy parecido a una vasija cuando me pongo azul. Cuando mamá se pone azul por el frío me pide que le ponga baba en su pantorrilla. Pero mi baba se adelgaza por el frío y ella se enoja y empieza sus febres páginas. Yo me arrastro por el suelo y la obligo a mirarme. Me ovillo. Ovillo. PAC PAC PAC PAC mi cabeza de TON TON TON To cae en todas las direcciones. Con los pocos dientes que tengo raspo el piso y algunas veces como un poquito de materia. Mamá me saca la materia de la boca y yo le masco la uña que me mete en la boca. Rica la uña de mamá. Quiero decir: "Rica la uña de mamá" y las palabras no me salen. Si mamá me ve con la boca abierta intenta tirarme la lengua para afuera. Quiere arrancarme la lengua para que no hable. Hable. Cuando yo hable mamá temblará porque yo le adivino los pensamientos. Pero mamá me ama y seguimos unidos en la casa entre el frío y la poca baba que tengo. El que le escribe no está a la vista. Mamá ha desarrollado un odio por su ausencia en el centro de su pensamiento. Lo sé porque yo leo los pensamientos a mamá. El odio de mamá está transferido a la parte más sinuosa de su falda. De su falda. El odio de mamá ondula de aquí para allá a la medida de sus pasos. Porque si mi mamá me abandona, me río y me aferro a las vasijas que ella mantiene con ira. Si mamá se atreve con mis vasijas yo la sorprendo con una risa nueva que invento en ese mismo momento. Momento. Mamá sabe que siempre tengo hambre y preciso de algún alimento. Los sabe cuando caigo en el resquicio de alguna de las habitaciones. En algunas ocasiones caigo sobre su pierna por la fuerza del hambre. Cuando caigo, mamá se alarma y sale atolondrada a conseguir un poquito de comida. Un poco de comida que masco con los pocos dientes que tengo. En extrañas oportunidades ella me da unas escasas gotas de leche. La leche de mamá es el contenido que ella esconde con sigilo. Con sigilo. Mamá conserva a través de los años un poquito de leche y la controla para que no se le acabe. Es un secreto

de mamá. La leche de mamá es calentita. Cristalina y calentita. Pero mamá la cuida para todos los años de su vida y me deja sorber apenas una o dos gotas y quiero pedirle más, más, y las palabras no me salen. Me quedo con la boca abierta para decirle "más" se me abre mucho la boca y ahí mamá me pellizca los labios. Labios. Mamá protege tanto el secreto de su leche. Mamá guarda su leche para sentir su parte de arriba calentita. Calentita. Lo sé porque cuando he tocado su parte de arriba está calentita. Calentita y ardorosa. Pero mamá es una mezquina y aleja mi cara de TON TON TON To. Me aparece una risa indeterminada. Me río de tantas maneras que logro poner mi cara en su pecho. En su pecho mamá tiene demasiado furor y por eso me da la espalda y se vuelve hacia sus páginas con tanta obstinación. Obstinación. Mamá sale de pronto a la calle y me trae noticias impresionantes. La gente de la calle es impresionante. A mamá ciertas gentes la reconocen en la calle por la sutil mancha de leche que lleva sobre su pecho. Sobre su pecho. Le leche de mamá tiene un secreto que yo debo vigilar. Ese secreto le provoca a mamá un estado malo. Malo. Mamá queda con el estado malo cuando ve cómo el hambre inunda las calles. Esa hambre la prende con una fuerza verdaderamente devastadora y a su cabeza entran las más peligrosas decisiones. Decisiones. Entra a la casa y deja en sus páginas la vergüenza que le provoca la salida. Caemos contra la pared en un movimiento que hiere mi cabeza de TON TON TON To. Caemos y con la poca visión que poseo observo cómo mamá va a buscar un beneficio en sus páginas para olvidar el hambre de las calles. Ella deja ahí el poco ser que le queda. Pero ya ha caído sin saberlo en quizás cuál punto del hambre de las calles. Ha caído en medio de una helada extraordinariamente poco conocida. Y mamá y yo esperamos que el que le escribe se ponga azul para el resto de su vida. De su vida. Ahora mismo yo me voy poniendo azul, azul como una estrella y me río con una de mis risas

más notorias para que mamá me aplauda. Con la poca visión que tengo veo la gotita de leche que le queda a mamá y mi labio se desenfrena por llegar hasta su pecho, pero estoy tan helado que caigo. Que caigo. Mamá muy conmovida siente que estamos cerca del cielo. Siente que vamos a tocar ese cielo que hace tantos años espera. Espera, AAAAY, caigo. Ella anhela que me ponga azul, azul como una estrella y la lleve con el poco ser que le queda hasta el pedacito de cielo que le aliviará el trabajo de su mano y de su angustiada página, le aliviará la mancha de su pecho y el escozor en su falda. Entero azul como una estrella caigo en medio de una helada indescriptible. Caigo buscando a mamá que ya no ve, que me vuelve la espalda, inclinada ante el desafío de su incierta página. Mamá que permanece ajena a la hambruna de la gente de las calles porque ahora mismo yace perdida. Yace perdida y solitaria y única entre las berracosas palabras que la acercan al escaso cielo en el que apenas pudo habitar.

Ahora mamá escribe. Me vuelve la espalda. La espalda. Escribe:

Mi mano tiembla mientras te escribo. Tiembla como si la atacara un huracán en medio de un despoblado. Tu madre ha venido hoy a visitarnos como tu emisaria. Pero, dime, ¿era necesario hacernos pasar por una humillación de tal naturaleza? Tu madre se atrevió a entrar en nuestra casa buscando no sé qué clase de delito entre las habitaciones. En esos momentos yo dormía y fue tu hijo el que me advirtió de su llegada. Tu hijo me despertó impulsado por el pánico pues ya sabes cuándo odia la intrusión de desconocidos. Ah, no te imaginarías, pero calmarlo constituyó para mí una verdadera hazaña. Afortunadamente la bruma nos trae una apaciguante media luz diurna que diluye la expresión de las facciones. La bruma hoy fue favorable para soportar el inquisitivo rostro de tu madre. No encuentro las palabras que expresen la desazón y la angustia con las que

hube de atravesar ese día. A lo largo de estas horas me he paseado insomne por las habitaciones, maldiciéndote. Tu hijo, después de la visita, jugó de una manera tan frenética que se ocasionó el peor acceso de risa de los últimos meses. ¿Desde qué libertad es que te permites esos gestos?, ¿qué mal te hemos ocasionado para que nos hagas caer en este estado?

Las palabras de tu madre contenían una insolencia poco frecuente, una insolencia envuelta tras una engañosa fachada de amabilidad. Tu hijo y yo estábamos avergonzados por su conducta, sin saber cómo comportarnos en nuestra propia casa. Incluso se atrevió a darme sugerencias para aumentar la luz que nunca hemos deseado. El frío y la claridad me parecen totalmente incompatibles. Tu hijo -y así te lo he manifestado- siente más placer con la opacidad. Él tiene un extraordinario sentido para encontrar entre la penumbra todo tipo de objetos. ¿Lo entiendes?, dime, ¿lo puedes entender?, porque, tú sabes, ésa es una cualidad que le va a permitir en su futuro traspasar los más duros obstáculos. La penumbra nos trae la escasa felicidad con la que contamos. Pero tu madre empecinada en destruirme, buscó asociar nuestro regocijo con la palidez, que a su parecer, tenía el rostro de tu hijo.

En ese momento comprendí que tu madre más que en tu emisaria se había convertido en mi enemiga. Tu madre, hablando por su boca, aludió sin cesar a la palidez de tu hijo. Para tranquilizarla, debí pasar por la terrible prueba de poner el rostro de tu hijo ante la luz para que ella lo examinara. Ah, aún no sé en dónde encontré la fortaleza para hacerlo. Tu hijo se estremecía, aferrado a mi vestido, intentando sortear la luz que lo encandilaba. Tu madre después se retiró anunciándonos una pronta visita.

Es preciso que le comunique que no toleraré otra irrupción semejante. Pero, a pesar de mis palabras, debo reconocer que tu madre estaba extremadamente bella, recorrida por una impresionante perfección occidental,

como si el frío a ella tampoco la perjudicara. Entendí que entre tu madre y tu hijo se alternaba una similar jerarquía orgánica. Quise hablarle de cómo compartían parte del mismo valor genético, pero su adversa actitud pronto me desanimó. Te has encargado de sembrar en tu madre un gran prejuicio hacia nosotros. Te anuncio que desde este instante le cerraré todas las puertas de la casa. Como ves, tu agresión puede ser fácilmente diluida.

Quiero convencerte de que tu saña ha motivado en mí una imagen admirable. Te mataré. Sí. Te mataré algún día por lo que me obligas a hacer y me impides realizar, tiranizándome en esta ciudad para dotar de sentido a tu vida, a costa de mi desmoronamiento, de mi silencio y de mi obediencia que a través de amenazas irreproducibles has obtenido. Es inconcebible la manera en que utilizas a tu madre para que invoque el nombre del amor por tu hijo con sus ojos clavados en el cielo. Te mataré algún día para arrebatarle ese poder que no te mereces y que has ido incrementando, de manera despiadada, cuando descubriste, allá en los albores de nuestro precario tiempo, que yo iba a ser tu fiera doméstica en la que cursarías todos tus desmanes.

Te mataré bajo la sombra de un árbol para no fatigarme mientras empuño el arma que dejaré caer sobre tu cuerpo infinidad de veces hasta que hayas sido asesinado para siempre. Deseo matarte en los momentos más álgidos de una tormenta, en donde tus estertores se confundan con el exquisito sonido del eco de un trueno y tus convulsiones se asemejan al dibujo de un rayo con el que me amenazas cuando me condenas a la intemperie, para que me deshaga un rayo como ha dicho tu madre, a gritos, cuando se desata el pánico de una tempestad.

Porque, dime, ¿no te resulta avergonzante el beneficio que has obtenido manejando a la distancia nuestras vidas al interior de la casa? Tú expropiaste todas mis decisiones

al hacerte el dueño de nuestros pasos y con eso has garantizado tu propia sobrevivencia. Y yo, te mataré, ya lo verás, por éstas y otras razones que iré decantando entre el frío de estos días, continuaré profundizando de hora en hora, mientras me tiendo sobre los hilos soberbios de los minutos en los que me arriesgo a la crueldad de la temperatura. Porque habrás de saber que este frío es cruel y me devasta y me agota aunque yo misma me obligue a soportarlo al interior de mi cuerpo contagiado. Has adoptado conmigo los antiguos hábitos que ya habían caído en desgracia y que fueran repudiados incluso por la poderosa historia de la dominación que los hubo de eliminar por inhumanos, relegándolos a la historia de las barbaries. Pero tú, que tuviste noticias de esas horribles prácticas, las repusiste conmigo a pesar de saber bien que las antiguas víctimas se rebelaron y aunque muchas de ellas sucumbieron, otras lograron la liberación y la caída de esas salvajes costumbres.

Adoptaste conmigo los antiguos hábitos porque estás a la espera de mi levantamiento en donde mi insurrección se enfrente con la tuya y me obligues, de una vez y para siempre, a medir nuestras fuerzas. Pero no te otorgaré ese placer, porque yo sé que no sabes cuáles son las fuerzas que me mueven, con qué fuerzas, que no sean las tuyas, me mantengo a pesar de la hostilidad de todos los climas y eso te exaspera, te exaspera en tal forma que tú, que eres en extremo cuidadoso, permites que en tus cartas aparezca la duda y aflore la perniciosa necesidad de que yo me haga frontalmente tu enemiga.

Jamás mediré mis fuerzas con las tuyas y continuaré aceptando, con aparente resignación, este sometimiento urbano al que me has obligado, y las amenazas bárbaras a través de las que demandas mi insurrección. Mi insurrección, por el momento, son únicamente ciertas caminatas calle abajo y que aún así te dejan estremecido por el pánico. Pero es allí, en plena calle abajo, donde

consigo las imágenes que me acompañan después, entre la soledad de la noche, y que si lograras adivinarlas quedarías estremecido por el terror.

En unos instantes cerraré los ojos extasiada, bailaré de manera solitaria pensando, extasiada, en el momento en que deberé matarte de una manera justa y definitiva. Te mataré entre el maravilloso decoro de los bosques y protegida por tu hijo que se mantendrá a una distancia prudente, conmovido por la precisión de cada una de las estocadas con las que pondré fin a tu existencia. Solo pienso ahora, durante todos mis ateridos minutos, en qué muerte será digna de tu cuerpo y cuál de todas las heridas estará al alcance de mi mano.

¿Qué juicio va a ser éste que no veo a mis acusadores? Esta noche me pregunto: ¿Quién es en realidad el destinatario de mis cartas? Extrañada me digo: ¿Qué cargo ocupas y qué es lo que ha representado tu madre? Ah, mi mano se esfuerza por encontrar un sentido en medio de la terrible nebulosa que invade a la ciudad y que la ha hecho perder todos sus contornos. No puedo entender aún el pánico que desencadena el hambre y por qué las autoridades continúan propiciando leyes tan rígidas. Veo que los vecinos acuden a sus últimos recursos para hacerse propietarios de todos nuestros hábitos. Tu madre, mi vecina más cercana, intenta corregir incluso mis modales como si fuera la preceptora de una criatura. Censura mis palabras y me prohíbe expresar cualquier sentimiento que no esté de acuerdo con lo que ella llama: "el esplendor del nuevo tiempo". No sé cuál es el esplendor que invoca, pero estoy segura de que tu hijo y yo aún no lo conocemos.

Sé que has declarado oficialmente que mantengo una sediciosa alianza con los desamparados y sé, también, que tu última exigencia es que confiese plenamente, en el curso del juicio, cuáles son los motivos que me llevaron a evadir el reglamento que rige a la ciudad. Insistes pues

en resguardarte en la ceguera y hacer de mí, desde un absurdo resquicio, una peligrosa rebelde social.

Ya sabes que los desamparados llegaron una primera noche hasta mi casa y que luego hube de repetir muchas veces el gesto de la puerta abierta (Ahí tu hijo y yo definitivamente cómplices, unidos como una sola figura). Estaban apoyados en el umbral con la respiración entrecortada y al observarlos imaginé que yo era la espectadora de una clásica cabalgata por terrenos pedregosos cuya maligna y exuberante naturaleza hería de muerte a los jinetes que extraviaron el camino. Una turba de jinetes galopando enceguecidos a través de los azotes de las punzantes ramas que le golpeaban sin misericordia el rostro provocando la sangre que les impedía la visión. Entre el vértigo de los galopes, pude percibir los rostros de los desamparados, esos rostros que ya habían sido advertidos por mí en el curso de un mal sueño repetido. Un sueño presagiador de la muerte administrada por la ira de una mano arcaica.

(Tu hijo y yo serenos en el pórtico, abriendo paso a esos cuerpos maltratados.)

Cuando llegaron, pensé que estaban recogidos a la manera de un naufragio en donde, sobre la crueldad de las aguas, irrumpen el asombro y el pánico incrustados a un cuerpo debatido en su propio infinito. Los vi estremecidos a la manera de un incendio o en el instante en que se declara un espantoso accidente o en la culminación de un súbito estertor físico que remece el conjunto de los órganos vitales, bajando alarmantemente los signos hasta llegar a la nada corporal. Los recibí como se acoge la desventura o el miedo, como se consuma una espera inútil y allí mi corazón lloró por la disparidad que recorría a mi propio destino.

Mientras les abría el portón, creí escuchar una música desconocida para el pentagrama, un sonido ritual incomprendible, algunos bellos vocablos musicales entre el frío que recorre el altiplano, una forma de proclama

señalando que la agonía ya se había tornado endémica. Reconocí en la música una herida que todavía no era reparada y que seleccionaba la fuerza de las pestes con una exacta crueldad. Con mi corazón llorando, en pleno vuelo, me preparé para enfrentar las miserias que circundan las orillas de Occidente.

Es verdad que las palabras que te escribo jamás serán bien comprendidas. Mi visión, durante el último invierno, estuvo dedicada a esos cuerpos que llegaron hasta mi puerta como engendros sobrevivientes de incontables penosas experiencias.

Dijeron:

“La ciudad necesita de nuestras figuras agobiadas para ejecutar el sacrificio”.

Culparon a la egoísta arquitectura que gobernaba la ciudad y que en ellos alcanzaba su máxima omnipotencia. Hablaron de la existencia de un plan divinizado que pretendía proferir, a través de sus organismos, un castigo para apaciguar los disturbios materiales provocados por las desigualdades humanas. Dijeron que por la desigualdad, los vecinos abusaron del nombre de Dios para ejecutar acciones que unieran lo sagrado, lo sangriento y lo omnipotente. Afirieron que alguien usaba el nombre de Dios como una feroz estocada para ocultar el hambre y que si en realidad existiera una Gloria Eterna, estaría únicamente en la hazaña de sus difíciles existencias.

Me pareció asistir a una escena inesperada, cuando percibí que ellos se sentían majestuosos a pesar del infiernito de sus carnes e insistían en impugnar a los que buscaban monopolizar la ruina que devastaba sus figuras.

Dijeron:

“Dios jamás nos ha recompensado ni se ha aparecido ante nuestros ojos bajo ninguna forma”.

Mi corazón lloró cada una de esas noches por la bárbara decisión que infectaba a la ciudad. Tu hijo transformó

levemente su risa en un homenaje a los caídos y convirtió a sus vasijas en un escenario para el duelo. Pero tú bien sabes que los vecinos continuaban ensimismados en perfeccionar el ritual de la vigilancia. Y hubimos de caer. Hubimos de caer entre tus manos acusados de sobrepasar las leyes que tú nos impusiste. Hubimos de caer, pero mi corazón aún se empeña en sostenerme. Tu hijo vaga pensando en nuestra salvación a través de sus vasijas y me pide que descifre la bella geometría en que se mueve. Esta noche se advierte peligrosa. Siento ahora que un astro enloquecido busca invertir el sortilegio de la luz.

En algún instante de este atardecer se ha iniciado la causa. ¿Eres tú mismo acaso el responsable del voluminoso expediente? Sé que esta acusación no se sostiene en la certeza, pues solo radica en un conjunto de supuestos que servirán para esparcir el miedo en la ciudad. Me custodian hace ya dos, tres, cuatro, diez días. Me vigilan ferozmente mis vecinos porque aseguran que me convertí para siempre en una rebelde. Ellos están auspiciando esta espantosa cacería espiritual para adjudicarse una gloria moral que no se merecen. Y allí estás tú encabezando el atropello; inquietud, titubeante, obsequioso. Ah, cuánto te has esforzado por alcanzar una representación que te llene de prestigio en medio de este Occidente secundario. Todo el tiempo buscaste sobresalir y por eso me empujaste hacia una soledad que me daña más que la proximidad de la muerte. Es verdad que ya no distingo a los jueces de los vecinos, a los vecinos de las autoridades, no comprendo qué lugar ocupas tú entre ellos. Ya no sé nada.

Los vecinos se empeñaron en comprarme sin dinero, seducirme sin atributos, halagarme sin conocer mis deseos. Pero tú siempre entendiste que yo no iba a capitular, que jamás me convertiría en una maniática de Occidente. Los vecinos ahora lucen un lamentable uniforme moral y se sienten protagonistas de una leyenda. Es posible, pero una

leyenda desgraciada, una gesta que ofende al hambre de las calles. Pero el hambre sigue allí, creciendo como una larva ávida. Serán más, serán más. Tú que lo sabes bien, pareces no saberlo.

Las palabras que te escribo pueden llegar a ser catalogadas como anárquicas, una agrupación furiosa asegurará que son ininteligibles o insolentes o desafortunadas. Solo quiero declarar ahora que jamás te escribí cartas. Simplemente escribí para ver cómo fracasaban mis palabras. Tú y los vecinos se fueron apoderando de una gran cantidad de bienes abstractos. Se hicieron dueños de los peores instrumentos. Consiguieron un uniforme, un arma, un garrote, un territorio. Lo consiguieron inundando la ciudad con una infinidad de lemas banales. “el orden contra la indisciplina”, “la lealtad frente a la traición”, “la modernidad frente a la barbarie”, “el trabajo frente a la pereza”, “la salud frente a la enfermedad”, “la castidad frente a la lujuria”, “el bien”. Lo dijeron, lo vociferaron. Mintieron sin contemplaciones cuando hicieron circular maliciosamente la última consigna “Occidente puede estar al alcance de tu mano”.

Cuando me enteré, no podía creerlo. Pero allí estaban los grupos, los vecinos, tu madre llenándose de orgullo. Reconozco que pensé que se trataba de un juego, que era víctima de un malentendido. Pero un día comprendí la legitimidad del pánico que me había poseído todo el tiempo. Capté entonces que la insurrección no estaba en mí, no estaba en el hambre de las calles, la insurrección que tanto temían estaba en la voluntad de fundirse a Occidente a como diera lugar. Lo indecente de esta conducta me hiere. Es lo único que me hiere.

Saldré indemne de este juicio vicioso. En realidad tú no eres, solo ocupas un lugar abstracto. Ahora busco el modo de atravesar la asimetría de este tiempo, escapar de este conjunto inservible de prejuicios. No hemos terminado. Tu hijo y yo aún conservamos intacto el esplendor del asombro,

o temblor que suscita la ira, todo nuestro rencor ante la iniquidad. Juntos llegaremos, más tarde o más temprano, a habitar para siempre en el centro móvil de la belleza.

El día ha terminado, la oscuridad invade ya todos los rincones y, por esta oscuridad, las únicas imágenes que mi cerebro ahora puede convocar pertenecen al dominio de la noche.

Ah, la oscuridad me parece más infranqueable, más poderosa, solo sobrepasable por el acontecimiento de la muerte. Tú sabes bien que más allá, detrás de la oscuridad, yace la muerte. La oscuridad es pues la gran morada de la muerte, pero la empecinada muerte termina por reducir la oscuridad hasta la nada.

Digo, la muerte y su oscura ceremonia sacra. Un osario infinito que erige, en algún espacio, una tumba multitudinariamente inconcebible. Un amontonamiento milenario de huesos privados de memoria, liberados ya de la carga que produce el deseo que remece y consume a la vida. Huesos que aguardan su pulverización para dejar más espacio, en el interior de esa tumba irrealizable, al otro hueso y a los otros, que han llegado rendidos por tanta oscuridad. Pero nadie muere. Afirmo que toda forma final es asesina. La muerte llega por asalto, derrotando a la oscuridad para agruparse, guerrera y victoriosa, en medio de la nada. Yo quiero asegurar que la única muerte conocida es la fatiga de la vida; su insulto, su vejamen.

Porque yo pienso ahora en esa muerte, aquella que conduce la vida hacia la nada. No en la que se escabulle agazapada entre la tiniebla, sino en esta oscuridad que se deja caer mancillando enteramente el centro de la luz.

He perdido la causa. Me han informado del fin de mis derechos, de la cesación de toda garantía, del poder que ahora te ha sido conferido sobre el reducido espectro de mi vida.

Sin embargo, ¿quién eres?, ¿en qué vecino te simulas?, ¿cuál es la casa en la que habitas? ¿Desde qué dependencia

oficial has emitido tus ordenanzas?, ¿qué último mandante de Occidente estás obedeciendo? He perdido la causa y quedaré excluida del festín con el que van a celebrar el triunfo imaginario.

He sido expulsada hacia la falla de la orilla, donde dicen que se incuban las pestes, las infecciones voluntarias, causadas por nuestras intolerables costumbres. Y me pregunto en este instante: ¿Cuál de todas las orillas es la que me corresponde? Si las pruebas contundentes de este juicio radicaron en lo escrito, lo escrito es la razón de mi condena. Pero quiero insistir, y eso se sabe, que jamás escribí cartas, sólo escribí para no llenarme de vergüenza.

La oscuridad ahora por fin se estabiliza. Y mi cerebro empieza a despejarme. Con mi mente despejada, aniquilo para siempre la sensación de muerte a la que nos sometieron. Ni tú, que no sé quién eres, ni nadie ya puede alcanzarnos. Jamás permitiremos que se encarne en nuestros cuerpos el avasallamiento que promueven. Conseguimos derrotar las intenciones de los vecinos, escondernos de las injurias que nos podría ocasionar este tiempo.

La criatura y yo terminamos de ordenar las vasijas a lo largo de toda la casa. Hemos logrado una distribución que nos parece prodigiosa y que jamás podría haber sido concebida de una manera tan perfecta. Cruzamos indemnes las fronteras del juego para internarnos en el camino de una sobrevivencia escrita, desesperada y estética.

Ya no se hará efectiva la sentencia, nada pueden hacer en contra de nuestras decisiones. Dejaremos que la ciudad se despedace en el enfrentamiento que mantiene en sus extremos, en la codiciosa guerra abierta entre el Este y el Oeste. La casa es ahora nuestra única orilla y se ha convertido en un espacio inexpugnable para la desidia en Occidente. Jamás podrán derribar la simetría en la que conseguimos concentrar nuestras defensas. He resuelto, al fin, la encrucijada aritmética de la ley que todo el tiempo me planteaba el juego de la criatura. Un juego humano

con bordes laberínticos que contenía nuestro único posible camino de regreso. La criatura y yo regresamos exhaustos, pero satisfechos, hacia el orden del mundo que deslumbrantemente nos dimos.

Ah, la criatura siempre fue más sabia que todo mi saber. Durante meses, años, días, hemos transitado desde el juego a la angustia de la guerra. De la angustia de la guerra hacia la solemnidad de la palabra. Jugaremos infinitamente, infinitamente y con solemnidad lo más valioso que tenemos, la calavera, el hombro, el hambre, el fémur, la sílaba, la orgullosa cadera. Ah, sí y toda nuestra intensa, extraña, creciente airada piel. Y allá en la última, la única habitación de la casa las estrellas alumbran ahora la infatigable corrección de las vasijas. Llegaremos seguros hasta ellas. La criatura y yo ya estamos experimentando la plateada profundidad de la vasija. Ah, la criatura y yo la estamos alcanzando con este nuestro antiguo, terrible y poderoso sol entre los dientes.

AAAAY, la noche y mamá se me confunden. Mamá y yo vagamos esta noche. Esta noche, los días y las noches. Vagamos siempre juntos, inacabablemente la calle. La calle. La gente de la calle apenas oculta su malestar. El malestar de la gente está en todas partes. SSSSSSS, se extiende el malestar. SSSSSSS. Alguno quisiera destruir a mamá. Lo sé. Destruir y acallar a mamá. La gente que vigila las calles abomina de la presencia de mamá. De mamá. AAAAY, los odios me azotan. Pero mamá ahora no escribe porque busca confundirse con la noche. La noche. El temor de mamá está escondido en la pierna que me arrastra. Yo subo desde su pierna y me prendo a su cadera porque la oscuridad y la gente que nos vigilan, me amenazan. Me amenazan. La letra nocturna de mamá parece que no tuviera un final. Final. Pero mamá asegura que ahora solo nos protege y nos salva la oscuridad de su letra. De su letra. Mamá todavía conserva algunos de sus pensamientos. Los pensamientos que conserva son míos.

Son míos. Yo soy idéntico a la uña, el dedo, la mano avasallada de mamá. Estoy curvado de impotencia en el centro de la página que apenas pudo escribir. Mamá no escribió mis pensamientos. Mamá nunca supo quién era su palabra. Para quién era su palabra árida e inútil. Ah, mamá y su acumulación de errores. Errores. Por su culpa vagamos la noche y el día y su pierna. Ahora alguno golpea la letra de mamá. AAAAY. Mamá se curva y se protege la cabeza. La cabeza. Cierta gente le pega en los pensamientos a mamá. PAC PAC PAC PAC. Y muy fuerte el golpe. Caemos. Mamá y yo nos azotamos contra el suelo. Yo busco el rostro caído de mamá que se enferma. Enferma. A mamá la enferma la letra. La letra que no puede concluir. Y el hambre. Tenemos hambre pero nos persigue y nos castiga la noche. AAAAY, el hambre. Quiero perderme con mamá en los instantes más extraordinarios de la noche. De la noche. La pierna, la cadera de mamá están fatigadas. Fatigadas. Mi cabeza de TON TON TON To quiere huir de la noche y atravesar con la cadera de mamá hasta el amanecer. Pero el fracaso de mamá nos volvió nocturnos, despreciados, encogidos. Ah, sí, prófugos, odiados, nocturnos y despreciados. SHHHIIIIT. AAAAY, el odio. Mamá está a punto de llorar pero yo no se lo permito. SHHHHIIIIT. Ahora yo estoy cerca de controlar esta historia, de dominarla con mi cabeza de TON TON TON To. De TON TON TON To. Mamá y yo terminaremos por fundirnos. Por fundirnos. Gracias a mí, la letra oscura de mamá no ha fracasado por completo, solo permanece enrarecida por la noche. Yo quiero dirigir la mano desencajada de mamá y llevarla hasta el centro de mis pensamientos. De mis pensamientos. Tengo que conducir a mamá a través de esta oscuridad que conozco. Llevar, llevar a mamá lejos de la irritación y de la burla y de la indiferencia que provoca su letra. Su letra. Mamá ahora no habla y se mece en una esquina. Se está meciendo en una esquina, en la esquina de esta única calle que nos hace existir. Se mece y se arrulla. Yo me escondo en su pierna. SHHHIIIIT. Mamá está

cansada y quiere dormir. Dormir. Mamá solo piensa en dormir ahora que estoy cerca de arrebatarte la página que la hacía impresionante. Impresionante. Llegaremos esta noche hasta las hogueras. Las hogueras. CRRRR, crepitán. Llegaremos y los hombres de fuego recibirán a mamá con desconfianza. La recibirán con indiferencia y desconfianza. Mamá me arrastrará sin preocuparse por el estado de mi cabeza de TON TON TON To. Pero si yo no sostengo su mano, nos extinguiremos con el fuego. Estamos cansados. Cansados. El hambre insaciable e incomprendible de mamá me cansa. Deseo que mamá sobrepase el odio y la indiferencia. El odio y la indiferencia a su letra. Vamos hacia las hogueras, yo tomado a la cadera de mamá que está acalambrada y desgarrada por mi peso. Mi peso. Ah, esas palabras que no pudo esclarecer. Yo no hablo. No hablo. Las calles se alargan en la noche, se vuelven fatídicas. Fatídicas. Mamá quiere dejarse caer en las calles y abandonarme. Pero aún continuamos en este viaje oscuro y secreto para llegar hasta donde CRRRRR, crepitán las hogueras que iluminan las orillas. AAAAY, mamá ha perdido gran parte de sus pensamientos en esta terrible y cautelosa caminata. Ha perdido su fortaleza y sus pensamientos. Pensamientos. Yo me agarro a la cadera de mamá con las pocas fuerzas que tengo y le lamo y le caliento la mano que me sostiene. Me sostiene. Tenemos hambre. Hambre. El hambre de mamá no se sacia con los alimentos. A mamá solo la complacía su letra. Esa letra que ya no puede concluir. Yo me sacio con la mano de mamá. Mi cabeza de TON TON TON To siempre adivinó que mamá iba a ser derrotada por la aridez de la página. De la página. Quise morder, desgarrar a mamá para alejarla de su inútil letra. Yo no hablo. No hablo. Estamos perdiendo el ardor. La cadera de mamá está fría y asustada. Asustada. Mi boca que no habla se hiela. Mamá quiere que yo descubra la estrella más segura de la noche. Ah, la estrella. Nos vigilan. Algunos nos siguen a través de la penumbra con un ojo desmesurado y severo. Nos siguen con una risa

desmesurada y severa. Allá adentro se concentran las miradas. Y más adentro aún nos vigilan las otras palabras y las gentes que saben en cuánto nos aproximamos a la caída. Caída. Ahora mamá y yo solo tenemos la carne de nuestros cuerpos y un resto apesadumbrado de pensamientos. De pensamientos. Mamá mueve lentamente su pierna para que yo PAC PAC PAC PAC caiga y me golpee y quede acumulado para siempre en la única esquina. Pero si yo caigo, mamá perderá su último pensamiento. AAAAY, mamá muy oscura se detiene contra la infranqueable pared helada. BRRRR, tiemblo, BRRRR, temblamos. El ojo temible y arrogante y alevoso parpadea de gusto ahora que se ve en cuánto desfallecemos. Desfallecemos. Con los pocos dientes que tengo muerdo la cadera de mamá y RRRRR, rasguño su pierna. La muerdo y la rasguño pues ahora yo debo conducir a mamá hacia las hogueras para no ser aniquilados por el frío. El frío. La noche se cierra y esconde la estrella y el cielo de mamá. De mamá. Ciento ojo vigilante nos sigue con toda clase de miradas. Nos vigilan esas peligrosas miradas desde el centro, y la letra de mamá necesita oscurecerse más, más para defendernos. Defendernos. Mamá ha concluido. Ahora mismo termina de caer. Debo tomar la letra de mamá y ponerla en el centro de mi pensamiento. Porque soy yo el que tengo que dirigir la mano de mamá. Su mano cae contra el piso, se desploma hacia el suelo de esta única esquina en la que terminamos por encontramos. Si mamá no afirma su mano la golpearé con las pocas fuerzas que tengo. Ahora mamá no habla. No habla. Mamá es la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad. De la ciudad. Una burla conocida y despiadada nos persigue y se satisface a lo largo de las avenidas. AAAAY, el hambre. Arrastraré a la TON TON TON Ta hacia las hogueras y la entregaré a los hombres del fuego. Del fuego. AAAAY, la arrastro. La arrastro. Esta noche y las noches y el día. La cabeza de mamá PAC PAC PAC PAC se golpea contra el suelo. Tiene hambre. Lo sé. Hambre. Debo buscar un poquito de comida con qué

alimentarla. Alimentarla. Encuentro en algún suelo un poquito de comida y esquivo la mirada terrible e insensible que nos empuja a la única caída en el hambre. Hambre. Mamá abre la boca y yo le meto la comida y se la deposito en la lengua. En la lengua. Mamá, aterrada, me muerde el dedo y desfallece. Si mamá no se anima la abandonaré en esta esquina, en la única esquina que nos protege y nos hace existir. Pero mamá se sobrepone y BAAAM, BAAAM, se ríe. Su risa me abruma. Abruma. Debo conducir a mamá hasta las hogueras que nos permitirán atravesar esta noche. Esta noche. Ah, mamá se niega y se empecina en ovillarse contra la pared helada. Helada. BRRRR. Está oscuro y temo perderla. Por fin me yergo y prendo la mano de mamá a mi pierna. A mi pierna. Debo arrastrar a mamá hacia las hogueras, pero se ovilla y mete sus dedos en la tierra. En la tierra. Mamá quiere enterrarse en la tierra. Yo le tomo el dedo y se lo meto en la boca que no habla. No habla. Mamá con su dedo, me mancha de baba la pierna y BAAAM, BAAAM, se ríe. Se ríe y se azota la cabeza PAC PAC PAC PAC contra el suelo. Mi corazón TUM TUM TUM TUM, late de ira y de cansancio. De cansancio. TUM TUM TUM TUM, atravesar la oscuridad arrastrando a la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad y a su baba interminable. Mamá tiene un intenso inescrupuloso resentimiento porque su antigua letra le extenuó el pensamiento. Lo sé. Por eso todo el tiempo su baba y BAAAM, BAAAM, la risa. Mamá es ahora la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad. De la ciudad. En su cabeza de TON TON TON Ta se prolonga el hambre que circunda las calles. Ah, nos vigilan. Nos vigilan ciertos ojos vengativos y no menos severo que adoran la caída. La caída irreversible de mamá. Estamos más abajo, acá donde la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad PAC PAC PAC PAC se ha destrozado la espalda hasta deshacer su letra. La letra de mamá ahora es tan mía como ajena es la estrella inalcanzable. La cabeza de la TON TON TON Ta babosa de las calles de la ciudad clama aún por el

cielo donde la espera una estrella. Una estrella. Yo debo llevarla desde mi cadera a mi pierna hasta las hogueras que CRRRR, crepitán su resplandor. Si llegamos hasta la plenitud de las llamas derrumbaremos a los ojos acechantes que pretenden que la tierra de esta única esquina sepulte mi letra. Mi letra. Ahora yo escribo. Escribo con mamá agarrada de mi costado que babea sin tregua y BAAAAM, BAAAAM, se ríe. Se ríe. Mamá no quiere que yo escriba y se prende a mi pierna para desgarrar mis palabras. Palabras. Mamá le teme a la indiferencia de mi espalda. De mi espalda. Hace un ruido malsano MMMMHHH con su boca. Ahora vamos hacia las hogueras. Vamos hacia las hogueras atravesando la rigidez de la noche para concluir esta historia que ya me parece interminable. Estéril e interminable. Mamá me muerde y me RRRR, rasguña la pierna porque me exige de inmediato la estrella y ese cielo que hace tantos años espera. Espera. Una estrella que es más azul, más azul que el frío de nuestra piel. Mamá es la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad. Si yo no la sostengo, cierto ojo increíble que nos vigila la derribará para siempre. Para siempre. Ah, he descifrado un camino para llevar a mamá, cruzar con la TON TON TON Ta de las calles de la ciudad hasta las llamas que nos harán sobrevivir una noche. Ahora yo domino esta historia. Llevo a mamá por mi propio camino. AAAAY, pero una palabra terrible y poderosa quiere aniquilar mi pensamiento. Mi pensamiento. Mamá ya casi no tiene pensamientos. Solo tiene la baba y su risa. Su baba llega hasta el suelo y se mezcla con la tierra. BAAAAM, BAAAAM, se ríe y tiritita. Mamá se va poniendo azul y yo aún más azul, más azul me deshago por sacarla de esta noche. Mamá y yo solo podemos amarnos en este viaje inacabable recorridos por su baba que mancha todo el espacio. El espacio. Allá lejos dicen que CRRRR, crepitán las hogueras y dicen también que las siluetas de las llamas aminoran el hambre. Tenemos hambre y tenemos frío y la letra se evapora y se vuelve todavía más inútil. Inútil y lejana. Arrastro una letra

inútil. Inútil y lejana por una superficie yerma. La arrastro. Ciento ojo vigilante y seguro se ríe de mi magra superficie. AAAAY, mi pierna se dobla y se lastima. Mamá se agarra con fuerza a mi pierna como antes a la pasión por su página. La TON TON TON Ta babosa de las calles de la ciudad arruinó su letra y yo ahora debo corregirla. La TON TON TON Ta babosa de las calles de la ciudad apenas supo lo que escribía y jamás entendió a quién le escribía. BAAAAM, BAAAAM, mamá se ríe y se enrosca sobre mi cadera. Voy llevando a mamá hacia las hogueras en medio de un frío y de una oscuridad que no sé cómo podríamos soportar. Y en este instante, mamá se curva. Se curva. Yo le pego a mamá en su cabeza de TON TON TON Ta para que se recomponga. Se recomponga. Mamá abre la boca para decirme AAAAY, pero BAAAAM, BAAAAM, se ríe y me muerde la pierna con los pocos dientes que tiene. Mamá quiere que yo escriba sus pensamientos. Sus pensamientos. Pero mamá ha destrozado sus pensamientos en este viaje demasiado TON TON TO To como su TON TON TON Ta cabeza. AAGGG, mamá vomita de frío sobre mi pierna. Sobre mi pierna. El vómito le provoca hambre. Hambre. Extraigo las últimas, las últimas, las últimas gotas de leche del pecho de mamá y pongo mi boca en su boca. Mamá siente su leche en la boca y quiere escupirla, pero yo le cierro la boca con todas las fuerzas que tengo. Que tengo. La obligo a tragarse su leche. Su leche. Ah, mamá insiste en escupir su última, ultima, última gota de leche pero yo no se lo permito y le pego en su cabeza de TON TON TON Ta. Mamá MMMMHHH, masculla como ira y revuelca su cara en la tierra. Llegaremos, la arrastraré hasta las llamas para olvidar el frío que me traspasa con más saña que los pocos dientes de mamá en mi pierna. Mamá ahora no habla. No habla. TUM TUM TUM TUM, su corazón late en mi costado. En mi costado. Mamá quiere que yo escriba los escasos pensamientos que tiene. Debo arrastrar a mamá hasta donde se refugian los hombres del fuego y dejar de una vez esta única esquina que apenas

nos hace existir. Existir AAAAY, mis ojos aún no divisan las llamas. Las llamas. Otros ojos expectantes celebran anticipadamente mi caída. Mamá ya ha caído. No puede separarse de mi pierna. De mi pierna. Mamá se agarra de mi pierna con las pocas fuerzas que tiene y MMMMHHH masculla el hambre. Mamá ahora siempre tiene hambre y solo piensa en comer. No encuentro ni un poquito de comida para mamá. Mamá más babea y BAAAM BAAAM, se ríe. Se ríe. Le meto un pedazo de género de su falda en la boca para que se calme. Se calme. Mamá AAGGG se ahoga y escupe el género. Estoy cansado. Tan cansado que me detengo. Dejo apoyada a mamá contra la pared y me siento a su lado. A su lado. Pero mamá rueda sobre el suelo y saca un pedazo de tierra y se la mete en la boca. Con ira, le saco la tierra de su boca y mamá se enoja. Se enoja. Somos los TON TON TON Tos de la ciudad durante esta noche que se vuelve infinita. Una noche infinita y sin ninguna estrella. Estrella. Tenemos que encontrar una estrella y alguna hoguera para salvar el poco ser que nos queda. Nos queda. Busco una estrella y solo choco contra la oscuridad. La oscuridad. Mamá y yo babeamos juntos el hambre. Una cierta mirada incombustible se ríe de la caída. Caída. Mamá y yo sabemos cómo levantarnos del suelo. Su pierna y la mía se enredan, BRRRR, tiritamos juntos de hambre y de frío. TUM TUM TUM TUM, mi corazón, su corazón. Busco el pecho de mamá para calentarme pero está tan helado como su pierna. Su pierna. A mamá ya no le queda leche en su pecho, ni una sola gota de leche en su pecho y MMMMHHH mascullamos un sonido que hace rodar la primera lágrima. Lágrima. La lágrima está rica, salada, calentita. Pero aún nos arrastramos buscando un poquito de calor. De calor. BAAAM, BAAAM, nos reímos juntos. TUM TUM TUM TUM, el corazón de mamá y mi corazón mantienen ahora los mismos latidos. Latidos. Algún ojo vigilante y extenso se prepara para un fracaso contundente. AAAAY, el frío punzante, BRRRR, nos traspasa. Mamá me pega en mi cabeza de TON TON TON

To para que le muestre la estrella. La estrella. Y yo le pego en su cabeza de TON TON TON Ta. Ella me muerde con los pocos dientes que tiene porque desea que la lleve hasta el cielo que desde hace tanto tiempo espera. Espera. Caemos sobre la tierra babeando, babeando con la poca saliva que se desliza desde la lengua hasta la boca abierta. Abierta. Nuestra saliva se mezcla y se confunde. Confunde. Pero debemos de arrastrarnos hasta las hogueras y mamá se agarra de los pocos pelos que tengo para sostenerse. Sostenerse. Quiere arrancarme los pelos y vaciar completamente mi baba por la urgencia del hambre. Hambre. Estamos a punto de perder el último, el último, el último pensamiento. Allá, entre la oscuridad de esta orilla, se divisan las hogueras. Las hogueras. Con gran trabajo mamá y yo nos arrastramos, enredando nuestras piernas y la baba y la BAAAAM, BAAAAM, risa que nos queda. Ahí está el cielo que hace tiempo ya esperamos y lo recibimos con una renovada risa que BAAAAM, BAAAAM atraviesa la noche. AAAAY, nos acercamos al fulgor constelado para quedarnos en este último, último, último refugio. Las miradas que nos vigilan apabullantes y sarcásticas no pueden ya alcanzarnos. Alcanzarnos. Mamá y yo nos acercamos extasiados mientras yo olvido mi hambre por su cuerpo, mi deseo de fundir mi carne con la suya. Con la suya. Nos entregamos a esta noche constelada y desde el suelo levantamos nuestros rostros. Levantamos nuestros rostros hasta el último, último, el último cielo que está en llamas, y nos quedamos fijos, hipnóticos, inmóviles, como perros AAUUUU AAUUUU AAUUU aullando hacia la luna.

DE
LUMPÉRICA

ÚLTIMAS ESCENAS DE CAÍDAS

4.5

4.6

6.1

DE SU PROYECTO DE OLVIDO

ÚLTIMAS ESCENAS DE CAÍDAS

Esc. 1

Trocada en mera presentación reordena su gesticular atadura y se desenrolla formalmente acusando su propia maladía. La huella permanece esta vez prístina de errores, retrocede hasta la par de sí misma y vuelven a asomarse sus antiguos giros: rupestre eximia voraz.

que tanta celebración la conllevan. Cae para resurgir en esta examinada que se pega en su propio doblaje.

Reniega/
Correntina catrea su embeleco
Sudante tb. longa+

Su nombre no logra engarzar con la luz del farol. No esa condición que por voluntad había establecido al indagado cemento. Le llega —la mancha secular y la tiñe— mas no vencida del todo revisa los mismos disponibles apodos que la habían condicionado. Híbrida y triunfante está lista paraemerger: es cosa de la luz y de este pertinaz ángulo que allí la designa (pero ella rota siempre para no dejarse atrapar por la pose). Nada la sojuzga a una permanencia. Luz y ángulo, marchita la desvarían gestual. Sintetiza los tímidos haces que por economía la suturan/ no duda

en transar sus particulares límites. Planea su misma manipulación para lograr su equivalencia íntima. Está al borde de los excesos y la preparación recorre con la toma de sus gestos todo el difundido espacio de salvas como:

Clarines/inadmisibles instrumentos/ el frío
la
sedicia redoblada
todo eso que se vierte por los convencionales orificios.
Larga para afuera embotada/ no logra, sin embargo,
establecer su misma distancia y se embelesa a su pesar en
la refulgente marca.
Cruza sus brazos resarcida y esquiva la nominación que
estaba a punto de acusar. No se deja vencer por la comodidad
de estampar sus excedentes, nada la llama a detenerse en la
forma que podría establecer. Raja de nuevo lo que se estaba
perfilando y su mano soba y quiebra el pliegue rompiendo
esta hipotética encuadernación
el impulso de la guillotina que
cercena la hoja
corta la veta y el tronco se difumina hasta escarcear por
completo. Aunque más duro el metal la obliga a domeñarse.
Así es que cae por efectos de luz. Más que vanagloria es
pesarosa en su perspicacia. Nada la asola tanto como sus
propios modales que envolviéndola le han confirmado el
particular estilo.
Los interna en su comezón: los derrumba
los invade

rige la escena y los guiones se denuncian. Falseada por
imágenes reniega del estratificado rollo que insiste en una
forma de dirección.

Melango tropo y cascante atrona
pero, sin embargo, la mudez solo remarca su dramatismo.
Se burla de los desatinos a que la carencia material podría
empeñarla.
Se traza pero en síntesis no logra parcelar esas irreverencias
sangra —tal vez— pero tampoco se enrojece ni gotea
ni gime

Esc. 2

Analiza más bien esta forma de prevalecerse y arma con paciencia las alternativas que tiene de ceñirse a un solo apodo.

Apasionada con su azar deja que sus manos se vayan al resto de sus zonas apenas mencionadas —las estira— y sus gestos se vuelven entonces de ciencia profesionales. Así es, palma y piel se gustan y las ramas de los árboles se tornean.
No posa para nadie/ ni ella
está extendida sobre y el césped tan
exacta como la medida de su palma:
palma & piel ni por ribete
se alejan.

Esc. 3

Sus huellas se extienden y allí pega su delito. Está y la placidez no es el espacio cuadriculado verde, sino más bien jadea & rubor no expande/Nada augura: ya nada es frío ni espanta.

Marcando está mejor la preparación de su acometida. Sella la tirada. Se enreda en la observación. Finge.
posando terrores a que no accede,
rasga por carneada su propio enardecimiento +
responde
con la tonalidad que requiere su marcación.

Denostada gana su espacio encementado y luna abajo especula. No transa nada —más bien— traza la mano y advierte que pegada la palma y la piel su sabiduría está en lo primigenio
de su alzada
Ha embargado los tradicionales atavíos dejando verter las líneas que

no quieren pasar la empañada sugestión + vicia y el avatar encima de su propia oscuridad no cede. Encorvada captura este último apodo singular

Lo rige y levanta —pero— ¿qué cosas no le ha propiciado? para rugir a veces convulsa de tanto membrarse con la borrachera de esta única posibilidad/ ha dicho
(torcida de palabras definitivas)

“que no hay armazón que la sostenga”. Firma por abulia y desenfado ha dicho, y la ordenación de cada una de esas letras la suplanta de sus débiles conformismos. No se tuerce ni comunica este poder que la domina en las exclusivas ocasiones en que rinde la luz a su guarida:
se cava.

Abre para sí misma y se desdobra de tanta combinada que la designa/frisos y residuos: ni siquiera.

Ordena —une— traza —elabora— es rígida en su efecto, consistente al metabolizar su esfuerzo porque perturba y rinde su propia soltura. Pero de transitiva etapa está en las últimas, para retomar su propio giro &
la desfachatez no logra

No es para este tiempo ni menos para esta precariedad que se va generalizando

Anuncian (proclaman)

la forma de la belleza pero se levanta ella
echando abajo sus propios edificios

Burlesca trampa, alucinado hueco que se abre tragando la luz que emana al vituperado cuadrante.

Ya qué más quieren si todo lumperío
refulge.

Esc. 4

Se adorna

Se adorna hasta reflotar los últimos espacios que les han quitado se expone, se enturbia con ellos para contaminar a los proscritos.

Tanta cosa se dice, secándose de encima los brillos de las presencias salivantes.

Se le echan la lengua: raspan y señalan sus materiales
la filetean

quedan excluidos

si arriesgan su designación/ y/ aunque a menudo se turben,
están los borradores tendiéndose como zarpazos.

Se hieren/ su falla es la pelada que
ha quedado atrás como facha/ incompleta. La copian sa
hurtadillas
y lastimeros
tratan todos ellos de ensañarse
Utilizan toda su grafía
Su grafía ya está impresa/ la malentienden.

Esc. 5

Como saña el lumperío se manifiesta. No hay simplezas en la que pueda guarecerse. Ya se ha agarrotado de tanto manoseo su labio gime & retorcido acopla.

Vaciada entera reconviene de tanta sordidez que de la piel plugiente emana / se hurga y llega pero, sin embargo, las luces fueron de una fragilidad sospechosa.

Se repite
se repite y la experiencia vence su propio alaraquerío/
la piel se vence
raja la piel y la hoja demora el corte
Embellécida advierte que la suavidad es todavía más
alarmante.

Piel y cuero abiertos delicadamente se previenen + se
festeja en su
nueva condición y las piernas también resisten pero su
solidez es solo
de apariencias.

De apariencias la dirección es segurable. En su iluminada la
luz eléctrica arroja sombras en el viraje.

Se atiende a sí misma
se encorva el cuero y no se deja atraer por el impulso clínico
porque se asusta de tanta ingratitud
& habla
pero ninguna palabra es acorde a sus gestos.
Se entremezcla de sonidos tecnológicos, se refuerza en la
sugestionable emotividad que solaza al tribuno. Retoza de
sus propios elementos y en sus convenciones

se ve de luz la escena:

se organiza, se encubre, cataloga la marca & el cuero
intruseado
la deslumbra.

Esc. 6

El material se censa
Cuero y plaza dialogan cuando esta última está en su
punto máspreciado.
A mal traer la apariencia de ella decepciona al que la cruza,
pero a ése de primitivos pasos lo acusan.
La luz cae y la palpada se hace pasable.
Más seguros la recorren nuevamente para volver a ser
tocados. Por la luz, cuero y plaza se borran de sus caracteres
y el césped oculta apenas la costra de tierra que lo enturbia/
cuero & bancos sobre la tierra del
césped.

Que antojadizos en su diseño quiebran la justa caída para que la pose forzada sea la única comodidad posible, pero que al ubicarse bajo los faroles
bajo la luz de la plaza
reúnen en sí todo el deterioro que se condensa con ellos. Sin embargo, al ocultarse los bancos bajo las ramas rompen el circuito sacro de la oscuridad de la noche y conscientemente borran las estrellas.
Por encandilamiento/de luz y de ramas
los bancos son como el cuero la arrugada.

Esc. 7

Piel de luz, patio, trampa de seguro.
Qué curiosa disposición ésta. Yace en la plaza e hipoteca la soltura que rinde a su apuesta. Transa para lograr abastecer su lujo chocante en los tramados grises que la envuelven. Se estigmatiza hasta extender su frase:

La vende,
pero sin los aspavientos de los mercaderes
solo como piel y cuero que se vende.
No planta su desenfado/ni agrede/ porque el retozo es la prosaica envoltura que se alcanza. Ronca más bien al golpe.
Se eriza quizás,
mas no vuelve al constante equívoco, al ser carnada de luz
otro baile se encabrita
raja, cede, se burla.

Se los muestra y van orificados los otros, absurda pelambrera tan tupida acaso, que las muescas no llegaron a contar la suma: se los refriega por la cara, los disuelve, yerra y vuelve su rostro enunciado de ranuras
cuero ardido—amarillentos surcos
se levantan y aunque la llanura se va extendiendo & la

piel frota su retoque; ya se la dieron otra vez para que vaya pensando su omnipotencia. Se la han echado por los frentes. La luz cubre y descubre a la amenazante vía, se la tragan y la largan ahora que la plaza está de lo mejor.

Ya se los ha festejado a todos
& ruedan para retornar:

Así debería ser y ni con la imaginación se la pudieron,
vacilan para entretenimiento de la zampada. Raída madera
sobre las corvas —las corvas— la cruzan astillándola—
para qué este revuelco y los tramados se extienden: borran,
perforan los grilletes

Se ríen.

Se alargan y las aristas van aprensando los orificios.
Brilla la carne y se dispara. Se ha sacado tanta distancia,
los ha perforado de sombras y sobras. Limpia, deja la
pelambrera impecable como seña. Se sienta en el banco
y el respaldo
la trota
empalagándola.

Se afiebra de tantas estrujadas como se pega. Vislumbra el
rayo que la irradia y se acomoda en la pose más pétrea de
su función. Se pega, se pega a la vuelta de su enrejado y es
que el césped, el pasto, la lluvia
han estampado mordiscos en sus figuras.

Ya ni se descifra,
más bien se rumia en lo marginal del resquicio y no es más
dinámica
que toda la burda imitativa resaca que permanece de todo
este estropeo

—Ruca o lodazal la plaza;
pero tampoco.

Mezcla endurecida, cemento, amalgasa en sus poros que
se tensan y distienden a la manera. Ya no da más, métale
a la trucada que la horada. Reniega de la pose que antaño
magnífica la extendía y por puro impulso reaparece.

La marca el suelo. La humilla. Pero todavía recubre sus estigmas, retorna a sus masajeos y tendidos los trapos grises proliferan la trama & tiemblan.

Se tocan y está a punto del retorno a su impavidez de todo el preclaro zumbido
Cae la toma
y desdican su ornamentación: corcovean, parcializan, rugen:
ya lo han hecho de nuevo.

Esc. 8

Está rindiendo la plaza
está para hacerse ver, yunta con ella se encabrita otra vez.
Está dura total, más todavía/ excesiva
Pero se la vuelve a prestar, se la cede para recuperar
después la inquisitiva mirada. Se deja invadir el vértice, lo
dispone para el antojo/lo renueva salival
y el quejido explota
Explota y es cristalina sustancia la que emana. Como de
ampolla su quejido se revienta y consume en agua más en
su mano la que en el fuego de apariencia se consume.
Le gusta y siempre le ha gustado cuando saca brillo al cuero
que en ella corcovea. Lo refrotó contra sí: la turbia se pudo
llamar no recogió la señal. Nada es como presupuesto y
nada formula. Truena la plaza —de verdad les gustaría
comenzar la comidilla.
Su mano en el fuego
de apariencia se gasta y es la más fácil cristalización de la
escena.
de tramoya en tramoya
llega el equívoco hasta que forzada entorna los ojos para
que la mirada le encubra la convencional toma.
Pero para no dársela más todavía, se consume de pacato

instinto dejándose la perforación cubierta.
Ya ardía a esa hora
Ya se la dolía a segura instancia mas la
barroca —la barrobajera-
se vuelve.
Mintió: trampeó a último minuto y fue ése su pretexto para
ascender al vacío desarmando las fugaces expectativas.
No lacera en realidad, no llega a desarticularla.
Mintió y trampeó con su mano en la flama
pero le gusta.

Esc. 9

Aficionados han acudido para gratificar sus pupilas.
El desperdicio de la tranca ya ha sido sometido a este
acontecero. Son paradójicos en sus ultranzas. Se las dan no
más, no convencen. Pero en cuanto a ésa, llamea de verdad
y hermosura.

Articulada en la falla se reprime.
Solda sus inquietudes despoblados, los une con dificultad
pero en las mismas: no accederá para magnificarse toda la
pasada en el rechazo.

Se deja en la plaza hasta que la luz ilumina todo el lumperío
y como la nombran, ha acudido al vasto subterfugio de la
trampeada para anularlos. Sin nominación se ha dicho o
al menos.

la provisionalidad que sin llamarse se llama y los altera.

Ha pregonado anquilosamiento en sus carteles y afiches,
en los lienzos de la plaza tendidos como sus más locas
frases, frases de lienzo ha dicho y dobla así la facultad de
la letra/

Rechazan, niegan, la sermonean
Intentan dignificar sus peroratas, la acosa de preparados.

La tiemblan.

Mintió, estuvo a punto de virarse, la dejan por prescripciones impávidas, pero no pudieron controlar la fascinante escapada:

el relumbrante farol en que ella por encandilamiento sacó frente a ellos sus aparentes privaciones.

Interrogada hasta el depósito de inconformismo llantea

Mas de nuevo la copian para no quedarse atrás. Comienza de a uno que no le vengan con esa moda/ se esconde tras una aparente lasitud: los engaña de nuevo.

Le creen siempre porque son apenas figuritas, armazones livianas y superficiales, gloriosos en su finitud + lumperio deberían conocer: tocarlos, vamos rozarlos un poco apenas.

Pero no será así: literaturescos modos demuestran, pedantescos en sus oficios, anticuados de tipo.

La buscan hasta el banco transidos de otra funesta luz; los mora y la tranquilidad la cede. Arranca sus mejores trozos y los cataloga en sus trabajos/ los buscan con delicadeza

la tan sua

para encantarlos

—es un asunto de oficio—

ya triunfa de este ángulo al marcarlos de serenidad dejándolos en el conquistado segundo plano.

Discutió entonces de nuevo su nombre propio y acudió a sus más llamativos apodos/

lumperío se engarzó a partir de su

drama y pudo quedarse a sacarles el jugo que también carente se solicitaba. Estaban hechos: día a día aumentaba la lucubración. Sin noticias, la plaza era entonces el adorno de una aparente civilidad.

La ganan para el experimento hasta borrar toda otra forma
de inscripción. Se domeña así bajo el gozo y concede.
Concede y rompe con su inédita proposición
Se coló por luz en los bancos, tironeó sus aciertos en los
cables —violentó la matriz—
Cayó incrustada de fama al césped

Esc. 10

Pelada abajo se ha desmoronado su atrofia. Se ha enrielado
en un asunto completo con la aparición de estos parias que
todavía rompen su arbitrariedad
error y brillo sus fachas
+ pregona

y a horario total los comercia con toda la volubilidad con
que accede a esta mercadería de oropeles. Los ha dejado
como meros grafitis en la plaza.

Cunde el error y eso le produce a ella la similitud de la
felicidad. Si fuese más aún, si la errata lo cubriese todo,
si tan solo la falla rajara su indeleble éxito, si triunfara de
puro malabarismo, si acosara la expectativa popular, si
cambiara roles descendiendo siempre.

La burlan la usan la desquician

Se levanta y de camuflajes se ha elevado y atenta contra la
noche la huella
la huella lacera extendida sobre la plaza
& herida de ella
llantea su predisposición a la subida/
cruje así pero no abandona
No abandona pero se ablanda de un tipo de palidez que
perfora y el hueco suyo pierde efectividad
¿por qué rasca sus cueros?
Está arada de tozudez y la piel partida asienta la intrusión/

el trajín verídico se consolida en la perpetua
agresión y así la postergan de no mirarla;
Se levanta nuevamente en una postrer sacada
Está dicho/
Sangra.

Esc. 11

Sangra de emanación mezquina y aunque no esparce: tiñe,
de lujurioso gasto su desfasada presunción.

¿Qué opinan?

qué de esta resamblada plaza que no rinde el lujo costado
sepia; cruza que no hay suficiencia en sus tonos y por eso
gime yéndose en el desfondado colorido. Ramas tal vez le
inculcaron el rubor rojizo o más bien de botánicos giros
se apelaron en su alzada. Ramas de seguro le llevaron el
perturbado efecto en la conjunción del césped, bancos la
acogieron, cables la tensaron

& luces

—la lumpenluminada—

Raja el lumperío su atronada pose y desentonan disparando
mejor su manifiesta complacencia/ la ven/ la auguran y la
dejan pasar para esconder el cuero abierto. La empujan de
pura luz, pero ella se extiende para agilizarlos, para que
ordenen sus enunciados, los trata: manipula la tiza un
manchón blanco/ los engancha.

Poséelos en rimbombantes surcos que la letra cava como
si de filigranas se rayara el pasto bajo sus sacudidas: la
estropean como una paveda/ intenta pregonar: predica de
esperpéntica manera y la sorteán en su lapidaria ínfula/
vuélvenla a su mísero estilo + la humillan pero ahora el
rubor se expande y el pasto/
el pasto mullido, aplastado bajo sus cuerpos

no se eriza.

Ni cortada

se levanta la testa cuando avanzan acumulando sus deshechos y rechazando a las cuenteras que refulgen luz del oropel. Cortada con la hoja de afilado pespunte: alucina.

Esc. 12

Castellano esfuerzo ha desplegado para reubicar su diseñado espacio: cura ha obtenido en cicatrices/huellas que por constantes, embotan el disminuido entorno.

Saquéanla de todo referente &
más que luz de la plaza, aguarda el lumpérico juicio/
del todo inexpresable
en su derruida continental estirpe.

La asolan
de tanto invento, que no perturba más que al iniciado
Así
es como constituye su material humano: de sobras parias
que ha recuperado
por efectos de la luz eléctrica en la plaza & como en un
truco
salva la hora más oscura, de la luz en vela rinde el
insomnio su fugaz empuje + abre la herida,
reformula el gesto, retira la costra/

lame sus puntadas.

Esc. 13

Recursos técnicos siempre la trastornan. Los cables, tal vez, y sueña transformarse en paralela huella del tendido absurdo: borra visiones, transa su estadía, constituye oferta en píloros dañados ya abjurada de su solariega faz/
Crece

y es la hora en que se deforma el rostro —cabecea— pero
no recae sino que cambia de banco
—madera por piedra—

y se

sienta en su plataforma. Mueve su pierna, eriza sus sentidos, energetiza la forma de su refrotado aspecto & vuelve su vista hasta los desharrapados/
mueve su mano + ellos se resisten.

Les rinde culto, los alaba, ruego es lo que tira por su admiración en las miradas: están cumplidos.

Repta en la plaza. De ordinario margen traslada el gesto de la quemadura desde el cemento. Ha trastocado su particular orden dificultando toda certeza/
duda de veras

arrepiente el signo, toda información es resentida y todo documento es transitorio.

En frío ambiente, en helado aspecto gime agarrotada para recubrirse, amanecerá —seguro— se aproxima la empalada general del techo abierto.

Se acurrucan de pose solamente. Giran al fuego y encienden sus residuos, acampan por la luz que los reflecta, sirven en tanto a la imagen fría, a la complicidad humana de la compadecida.

Se abre un circuito, acota lo planteado, resume en síntesis:
la buscan para deshacer el frío;
se presta para condescenderlos:

La registran de hecho para estrujarla y no ve más que los rayos del luminoso, fuera y descargados de anacronismos míticos.

La técnica impone la más embrolladas perturbaciones:
la brujería se instala en el tendido de la luz eléctrica/.
procacidad neónica, aullidos fabricados en sintetizadores,
chisporroteos. Se tiran nombres para reformarse + apodos
sobran en esta repartida de tanto cabo suelto de identidades
que ya no se sabe qué ciudadano gesto los hubo envilecido
de llamarse.

Esc. 14

Tal vez fue así como transgredieron su inútil facha de desharrapado aspecto, los invaden de tacto y pierden por eso el lujo de sus carnes. Braman de formas más completas al dejar de lado sus modales, penetran como una totalidad impuesta, cavan concentrados sus impedimentos. Supuran al mismo sus imperfecciones.

La observan, sonríen los desdentados, los deja de prendida sus miradas. Se ha vilipendiado.

Ripio de lumpenesco orden desata la estriada hazaña/ atomiza sacándolos de sus referentes

—que la herida permute por sus cicatrices—
se añea se rema y no levita, ni

concede sin embargo que por equilibrio los asuntos se establezcan en inescrutable estilo/aborrece de su lejano vértigo que expulsaba su ánimo de cuesta/debajo de puro extravío tiñó con saña su anatomía y la osadía la arrastró hasta el gesto: trepidó —quizás— por estupefacto esfuerzo en contener el saldo que guardaba.

lo suspende, lo posterga en vano:
¿llegará el día de la acometida?

Sí

y se tenderá en la plaza sin sus borradores, dejará que el césped la contagie.

Por ver de nuevo el friso de sus piernas rozará los bancos, mirará los cables, se atrapará de luz eléctrica: llano y suspenso, fiebre del recuerdo. Ya no funciona su lejana historia.

Está atrás,

ha quedado ruda la pasada del auspicio que se daba para volver ahora, sin adornos,
despreocupada estampa del decoro.

No crece/

no irradia, no se la disfrutan, no inspira.

De hecho se desgasta, en el giro trivial, esconde el rostro y la mirada. Sólo le resta esta lumpérica que en exteriores se le desdeña/
la aplazan hasta esta amanecida.
& sangra.

Sangra para recuperar su territorio, apenas el relumbrar de sus miradas.

Abre, cercena, denuncia cuando todo esplendor se le entregaba de luminoso efecto/ cuando de atmósfera de luz subía, champa y friso, frote y pasto, ruido más bien se le escuchaba.

La piel se parte de manera fría, la sangre es apenas un resquicio, la convención engaña + la alegría en cambio aflora: la sorpresa de la graña a todas luces disuelta en trinos retóricos frente a este descampado.

Dale,

y de nuevo se abre el pellejo lívido, punzante riesgo de enfebrecido entorno: yace,

yace en verdad para que la laman y es su particular boca la que disfruta, lame a sí misma sus emanaciones, bordea la iconografía, salta de nuevo a la técnica y cruza sonidos, recompone el ánimo, atiende en el suelo su pose & trasgrede.

Lambear, lame, lamisca se da por vida el nombre imaginario. Tanto disfiar para su relleno: claros, pulsiones que se van distorsionando para que ya nunca quizás pueda tornar a su erradicado centro. No es propiamente señalar un trato/ no es eso.

Es que se la pusieron frente a sus ojos.

Es que la piantaron y la plaza,

solo la plaza va diferenciando el gesto.

Esc. 15

Jadea garceada de lujuria + afloja l'irradiada planicie de la intemperie e insufla resuena resurge empantana la placidez y eximia tensa de pleno el epicúreo borde de lasitud y terrible insidia la contagian & enuncia su esparcido émbolo matriz de rasgados tópicos anuncia y matiza del más dorado material la ambigüedad soleada suele contener evocaciones + la himen se vierte en lumen y zumba tal vez el faro de iridiscencia su esplendor resuena la débil marca y transpirando la nalgada opulosa de su empeño ayunta pero la tropa se le va en la estampida aureado suelta su corcoveo y la llama del bosque ardido se lascivia del tono del rojizo como de su champa incendiada silente el sendero serpenteante gotea + la tierra la va rajando & la mangonea vibra y es de un pendón que vibra en toda su altura + llorando la cunde hasta estrujarla y su picoteo espanta + suda de boca + le pasa + gime + quién la aprisiona en esa falseteada que lumpenesca se oferta y quién se contrae el ano que se hostiga en la fosforescencia más se altera en su condenado sino ábrese de ancas de pústulas de miedo + la conquista rompe la montada y llamea abierta su húmeda latencia suntuosas fantasías la manan dobla la palma el embeleco que lame q'ierve la viciosa estopa lerda y no late l'embustera trocándose en visada muecas & la plaza atrona ya no volverá al original extremo + la himenada rama la roza a la sua figlia y viene la l'arbónica la concupiscencia & el bosque es que viene l'aletargada madona q'aletarga su embeleso de hojas y ramas tan sierva tan llorosa de nostalgia que se desnuda en inocentes pliegues anca y penetra en el domado césped sin los lares l'inmortalidad se suma y se cede y es mueca la entrada al sepulcro la himénica es lárica + ya no late como antaño ni abraza la desharrapada & su veta se rinde hacia el lumperío cuando inche misma se cruzó los ojos en la faroleada de la suficiencia & traza & ronca del lugarejo todos sus nombres de innómodos apodos

como una extendida del pasto en su llanura que a algunos engatusa & es a náusea & vértigo que llora más llegará tarde la hosca entarimada llegará comiéndosela en celo y el lumperío alrededor de salvias y fuego estallará hasta la tranca y llorará todo el muslo + la sirven a la despilfarrada & la arremeten a acostumbramiento d'impúdica forma por estrelladas que sobre ellos la noche alumbré y se vea su veta esta l'esperpética figura así se vea + ríe y suda a vómitos o estallidos sordos que le muestran su desacostumbrada risa + se sirve de ellos retoza aún y los árboles brillan como si de ella saliera + ella se agacha y tiembla sí ¿desfallece acaso su notable aspecto? de estudiado gesto recurre al truco pero vuelve a posar se desgañita ésa & son sus piernas las ramas salientes del bosque y se encabrita la mosta mata que gorgoreante gotea + lago y forma en su iluminada el fuego que se extiende sobre toda la arrasada & seca & lampiña de wenumapu la quena el corte trocha la figura y es seminal el mojo de su mano en la fronda cuando escondió la cara y su cara fue entonces la marca de sus dedos bailándole toda la fantasmagoría que le crispaba de rictus la boca + se agarra al formón y se abre el cuero sangra otra vez se mira y su sangre no sabe de dónde la mancha toda luz que roja la encabrita + preciosura ya está al despuntar la plaza pública + ¿qué cal era ésa para retenerla? ¿qué trozo marcó? ¿qué mugre? l'stanca + lúmina sus ojos frontean sólida pluge ábrese de piernas & dice tengo sed de sustentado jade dice y trilla y engaña l'ironía + l'ame incomoda su matrina pose renuncia acaso per piacere al golpe queaque tu tuvo que decir al césped y largó su cielo al tacho y siguió en ojos cerrados la ceremonia y reseña ella el tronco que por ramas nalguea y la frota y su péctore y es ella que tira en el banco su penosa champa y es lumbre.

4.5

Así es como traspone su primera escena: la cámara y su vértice, el muslo en desacato

L'arva loca paterna superficie. Así posó, así mismo posó de raja abierta en surcos de megalómano sonido se hizo parte del juego

Palo pelo pezuña todo para execrar el nombre de salvajes coceos:

¿qué padres? ¿qué raza más bien posee el animal?

¿qué padre?

¿Qué nombre le inscribieron?

L'incesto actúa de indolora forma. Funda y precisa el continuo apellido, animal detestable que avala su hundida superficie, en el gris de su untada salivar especie.

Suda sedimenta sala se entramado: la destetan a temprana hora, madre más impía su madona master para dejarla en el cemento de la plaza. Oculta su matriz se abre feto y figura se expanden en los huecos del cuadrante su padre entra gime su ignominiosa mater

sus absurdos registros la encarcelan, la entran con la fuerza de la dominancia y se encarga de su antiguo plagio. La dobla, la repiten en sus ansias, de entregada mujer que la antecede.

El varón, ese potro indecente que la inscribe:

su ciudadano lastre que lo hereda

esa carne incubada en otra carne tiembla y presta su anca: como larva se reptá hasta la plaza +

L'incesta su casa reconoce en su faz, la faz del padre, que la faz de su padre le remite cuando l'anca la misma forma de su insaciable padre.

Animaloide ancada a su mal matermadona, que se levanta su matriz en la tierra descascarada por impulso del pater, le retira la teta, esa voluminosa porción láctea le roba y su hocico hambriento chupa del padre su producto que

le presta para continuarla, la salvaje mater se oclusiva y
aprieta su teta con deleite.

salta el chorro

le inunda la cerviz

La láctea l'inunda la pelada de pegajoso líquido que alisa.

El padre cuida la raza. Miden sus genéticas neuronas, por
semental partido se la juegan: se la trazan esos apetitos,
anal para la madre, la madona del ano que se raja+

así el padre hijo de la madre, en el anal túnel su túnel figlio
deposita para solidificar este semblante.

L'incesta el apellido. La procacidad del nombre propio que
la gime el pater consolándola; oscuramente se la traman
cuando la mater deja sus entrañas a la libre potestad
del padre + huye del estigma, el animal pierde su rasgo
distintivo; esta potranca falla mas no el anca que remite a
su carta ciudadana, sólo entonces l'anca de verdad

cuando el pater potestad recorre en la misma entrada la
monta conocida

la patria potestad que le da ojos

cejas / pestañas / iris

& luz

le da espuela ya sin marcas nítidas.

¿Qué más verídica fuente que el metal?

Se yerra su primera escena del nombre, los alias de su
padre se

los echa probados/ el argentino/ el otro

los incluye en espasmos de revuelta. No caerá otra vez, no
llegará a la primera plana

el rostro de su padre que le hunde el costado: se multiplica,
se sobra el rostro de la madre

víctima se inyecta

se abre las venas con la aguja. Se clava espuela.

Maldice la entraña que la encorva. No trotará su madre con
la carga, no llegará la mula al semental: la mular no incuba
más que el lomo seco pelado el lomo, llagado,
feto y desplaza el larvario síntoma

más que censos, ayuntará sus diversos alias.
Donará sus vestigios.
césped l'acoge de materno modo
árbol la abraza
luz la descubre
Se ha alimentado de la leche fría, se robustece del hocico
macho
¿la Scena? la Scena de su ancar anquilosoado, la toma de su
orfandad curiosa
L'incesto del robor de su alias/
la mugre
la suciedad de tanto revolcarse que le han contaminado sus
antepasados y era más y más, y más la perjuraban hasta
que la dejaron lacia en aquel hueco y dale todavía el agua
se alteraba
y ella la potranca fetal que se incomoda
¿Otra vez la perforan?
No la estática plaza, la perenne costra que le oculta sus
terrores diurnos. No existe la noche de su padre, la fiesta
de su madre
se acoge a lecho duro
su cordón en su ombligado curso la ata en el banco de la
plaza. El cordón es fino y no la acepta moverse, si lo hace
estallará en sangre umbilicancia
por el ombligo cordón que la detiene, la perra más que
ladrar aúlla. La perra se detiene, no será ahorcada por su
propio cordón umbilical.
lo corta/ sangra/ la perra está en período.

4.6

Brusca la fina raza se enraíza con su metal collar al cuello:
la correa sostiene

la tira la correa cuando su olfato la rinde de la presa. Si
macho huele también hostiga + el tronco del árbol + el
césped + la presa huye

De su cepo cae herida la manceba y se humilla al replegar
sus patas.

No se cruza y no la cruza
quiltrerío langue/quiltrerío
popular sierpe de la tropa.

Su cordel cuero la ciñe del pescuezo. La plaza recorre, la
plaza se finita pa sus patas.

L'agilidá l'imposible. El trote la contubernea al lazo, la
imbrinca al cuero.

Y corta, quiere cortar con su colmillo el cuero animal ya
procesado.

Afila el diente pa huir del grueso tronco que la agarra su
garra

misma hace huecos pa tapar sus redugtos
la perra fina es perseguida por los quiltros. La sarna de
la perra se mejora ¿Pa qué cosa la lleva la correa? ¿qué
hermandá se establece? ¿qué bondá exuda su ladrido?

¿S'entiende la fina raza con el quiltro?

labrada tan estudiada forma su correa fina, elaborada en
talabartero oficio emerge: collar pa la perra/señó pa ella/
amo/

Trompa o patrón pa la perra
su custodio que la protege de esos quiltros que la siguen.
Que arranca la jauría. A sus olores llega y aúlla el herraje
suelto que ladra a la cuidada perra perra cuidada apenas en
el cuero, perra que sin collar, liberta especie se encontraría
en la hermandá del quiltro ¿lo haría?

¿rajaría la perra sus olores?

el collar que le incrusta no es el cuero, las puntas del metal,

indoloro si frena
pero no si corriera. Su seño es implacable
el amo d'esta perra -si tuviera- pa qué la incita en esa plaza
que no cierra
la puerta al quiltrerío +
la cruza entre ellos es evidente que son el puro callejero, el
desmigajarse entre la plaza.
Comen los restos
pero en cambio la perra huele en perversidá este alimentosu
olfato se arrastra en el cemento, su puntudo hocico/ su
rosada lengua perruna en la lambida
lánguenla los otros pa que la correá y sus puntas de fierro
se le hundan en la garganta
frena la perra en seco
espanta
al quiltrerío la misma perra pa escapar del lazo
¿modifica acaso lo quejido?
ladridos, ruido que semejan
quena o trutruca, el quiltrerío
adorna, perfora, conquista y ronda/ danzante machitún
collar de plata al cuello
la frente en plata
los tobillos metálicos en plata
las ojotas de suela
cuero animal también los pies
machi
mater se encumbra pa los quiltros
trompa pa los perros
bozal pa los animales
bozal también pa esta perra
sonidos
de reunión
toqui toque tocada en plata fina l'oscura
su hocico sus pómulos
ojos estirados
la bailan en rueda ya esos quiltros. La raza

la raza encumbra sin el privilegio de las otras razas
emerge el lánguido sonido
plaza se puntea. El altiplánico espacio se refiere
a sí mismo y a la perra
sáltenla del collar/pierda la plata
el pecho se electrifica la ruca asola
la perra entrega su collar de plata:
Ee toqui al señó/ al amo al trompa
danza su trutruca en festival
la perra también amaestrada danza
la quiltra
sin collar de plata
¿pa qué vaga?

6.1

Imaginar un espacio cuadrado, construido, cercado de árboles: con bancos, faroles, cables de luz, el suelo embaldosado y a pedazos la tierra cubierta de césped.

Imaginar este espacio incluido en la ciudad

Imaginar este espacio ciudadano al anochecer con sus elementos velados, aunque todavía nítidos

Imaginar desolado este espacio.

Imaginar este desolado espacio al encenderse la luz eléctrica: el haz largado sobre la superficie.

Imaginar toda la plaza cuadrada iluminada por diferentes haces que se filtran entre los árboles.

Imaginar allí una figura cualquiera sentada en un banco con los ojos cerrados.

Imaginar a esa figura sentada en el banco con los ojos cerrados y el frío extendido con violencia, desatado.

Imaginar que esa figura es una mujer con los ojos cerrados, acurrucada para sacarse el frío, sola en la plaza.

Imaginar que esa mujer es una desharrapada en la plaza, entumida de frío.

Imaginar sus pies cruzados, sobre el suelo y su cabeza enterrada contra su pecho escondiendo el rostro, con los ojos cerrados.

Imaginar los árboles mecidos por el viento dejando ver los cables de luz y en medio a la mujer ésa.

Imaginar la ciudad quieta, sin ruidos, solo la noche pasando.

Imaginar a la mujer sentada en el banco con los ojos cerrados bajo una luz.

Imaginar la luz sobre la cabeza de la mujer. Imaginar una luz de gran potencia sobre la cabeza inclinada de la mujer.

Imaginar su mano iluminada sobre el banco de la plaza.

Imaginar sus pies iluminados curvados sobre el suelo.

Imaginar la curvatura de su espalda.

Imaginarla curvada.

Imaginarla en otros gestos circulares.
Imaginarla encerrada.
Imaginar a la mujer con la cabeza baja para eludir una luz.
Imaginar su cuerpo enteramente curvado iluminado por una luz de gran potencia.
Imaginar su cabeza iluminada.
Imaginar su nuca brillando iluminada.
Imaginar la iluminación de sus ojos cerrados.
Imaginar sus uñas iluminadas sobre el banco.
Imaginarla sustituida bajo la luz por otra figura curvada.
Imaginar el escenario constituido por una luz de gran potencia.
Imaginar todo desharrapado bajo esa luz.
Imaginar su propio tirerío expuesto a una luz de gran potencia.
Imaginar la impresión bajo una luz.
Imaginar la extrema curvatura impresa bajo una luz.
Imaginar la extrema curvatura impresa bajo una luz de gran potencia.
Imaginar la iluminación de toda luz eléctrica.

DE SU PROYECTO DE OLVIDO

Las uñas de sus pies son a mis uñas gemelas irregulares con manchas rosáceas veteadas por líneas blancas. Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en el carcomido de las puntas.

También resultan escamosas gruesas perfectas cuando marcan la dimensión de los dedos que vuelven a reaparecer en sus bordes. Al tacto parecen graníticas o erosionadas o enfermas si se atiende a las machas que la cruzan, pero cada una de esas redondeces restablece el equilibrio. Sus uñas de los pies se amplían según la forma extensiva de los dedo, pero conservando cada una de ellas el margen anterior a la carne. Por eso sus uñas más pequeñas comparécen como ínfimas durezas que no protegen en toda su magnitud la carne de los dedos.

Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en la identidad de sus funciones, conservando para el tacto algunos montículos que implican sus formas de caracterización.

Sus uñas de los pies son a las mías gemelas en precaver el espanto del césped, al impedir la transparencia.

Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en lo desordenado de su corte, en lo desgastado de su atención. Más que atavíos, las uñas de sus pies son el elemento que media con el pasto, que evita la disolución de la carne de los dedos que de este modo permanecen fragmentariamente protegidos.

Sus uñas de los pies son a mis uñas gemelas en su absurdidad, en el menoscabo que implantan para el ojo, demostrando así la domesticación de la mirada que no se detiene a clasificar sus funciones. Sus uñas de los pies presagian el abandono de su figura total que ha quedado grabada en los múltiples cortes irregulares que limitan sus bordes.

Sus uñas de los pies son al igual que mis uñas, cortezas. Sus dedos de los pies son a mis dedos gemelos en cada articulación que otorga la movilidad necesaria para ser mostrados en la extrema delgadez que los define. Esta fineza comienza sin duda en la privilegiada conformación ósea que les ha sido dotada, ya que a pesar de la aglutinación natural de sus dedos no se presentan como elementos discordantes, conservando en cambio la definición de su color que, rosados blanquecinos, permanecen como unidad. Sus dedos de los pies son a mis dedos gemelos en su textura, ninguna imperfección de piel, su ausencia de erosiones los distingue únicos e incluso, la vellosidad natural que los circunda aparece casi imperceptiblemente solo al tacto.

Apoyados sobre el suelo se abren un poco entre sí y eso permite constatar más claramente la belleza de cada uno de ellos en su perfil. Sus dedos de los pies son a mis dedos gemelos en la hundida sobre el césped, en esa decoración a color en que el placer se manifiesta desembozado. Por eso el césped no impide el roce de cada uno de sus dedos de los pies que buscan incansablemente el refrote con el pasto.

Las plantas de sus pies son a mis plantas ásperas y arqueadas, marcadas a todo lo largo por múltiples estrías que se constatan a pesar de la endurecida piel que las enmarca, pero pese a todo conservan la curva que se mide en el descanso sobre cualquier piso. Las plantas de sus pies son a mis plantas gemelas en su ocultamiento y en la resistencia, que aminorada por el césped, únicamente allí permite el roce diferido con la tierra.

Sus ojos son a mis ojos sufrientes de la mirada, por eso son el escaso nexo que priva del abandono. Mis ojos son a sus ojos la constante que no permite el equívoco del césped con las ramas. Dilucidando el abandono, sus ojos son a los míos el sostenimiento de los pálidos que cruzan la plaza y que cuando ya no necesiten de sus ojos gemelos, conducirán a los suyos particulares hasta el mismo irreversible fracaso.

Sus ojos son a mis ojos gemelos en su pigmentación, en la perpetua humedad transparente que los protege. Sus ojos generan en mis ojos la misma mirada gemela contaminada de tanta ciudad de Santiago reducida al césped.

Sus ojos son a los míos guardianes.

Sus manos son a mis manos gemelas en su pequeñez. Con los dedos extremadamente afilados sus uñas aparecen límpidas filtrando el rosado de la carne que acentúa de esa manera su redondez. Cada uno de sus dedos es cubierto por múltiples granulaciones, intransables líneas que se hacen ineludibles sobre cada articulación que corresponde al propio grosor de los dedos y que marcan, finalmente, el pliegue que los separa del siguiente. Miradas desde la palma, sus manos son a mis manos sinuosas. Definitivamente rosadas sus palmas son a las mías el escenario de la quiromancia y que no aportan ningún destino desajustado al acontecer de la plaza. Sus palmas son a mis palmas la verdadera fundación del placer.

Sus manos son a las mías gemelas en la ausencia de sortijas.

Desnudas, entreabren los dedos como los rayos del sol cuando la luz eléctrica no ilumina el oscurecer precoz de la plaza pública. Sus brazos son a los míos gemelos en su simetría. Perfectamente esbeltos muestran en la transparencia de la piel el trazado venoso que los circunda. Recubiertos de vellos. Adquieren expuestos a la luz distinta periferia que se ratifica en la delicadeza de sus movimientos cortando el vacío. No obstante, sus brazos son a los míos gemelos en su falla, en su absoluta inutilidad, en la carencia de los brazos que —tal vez— programados para un destino fecundo, se niegan y tocan los deshechos enlazándolos con los árboles.

No dependientes de los bancos de la plaza, sus brazos son a mis brazos inconscientes en el pasto, tocando como única piel la suya propia singular que incluso en sí misma evita el roce.

Sus brazos son al igual que los míos sensibles en las muñecas para que ninguna clase de vida se evada por algún hipotético orificio. Las muñecas de sus brazos son por esto obsesivamente custodiadas.

Su cintura es a mi cintura gemela en su desgaste, diversa en su medida. En todo caso irreductible, su cintura se establece provocadora al demarcar zonas erógenas en el balanceo que da cabida al torso y al desplazamiento de los muslos. Pero nadie podría descubrir allí ninguna forma de belleza porque su cintura es connotada por su amorfidad, nada hay en ella que solace la mirada o que la detenga en ese punto y al no proponer el vuelo de la imaginería su cintura permanece como la mía inexplorada.

Su cintura es a la mía gemela en su inexistencia.

Su cintura es un punto definitivo de abandono.

Su cintura es la penitenciaria/ es el éxtasis del final.

Su cintura es gemela a la mía en la pertinaz insistencia en esta vida, es marginación.

Su cintura ¡ay su cintura! Es gemela a la mía en la trasparencia al alma.

Su alma es material.

Su alma es establecerse en un banco de la plaza y elegir como único paisaje verdadero el falsificado de esa misma plaza.

Su alma es cerrar los ojos cuando vienen los pensamientos y reabrirlos hacia el césped.

Su alma es este mundo y nada más en la plaza encendida.

Su alma es ser L. Iluminada y ofrecerse como otra.

Su alma es no llamarse diamela eltít/ sábanas blancas/ cadáver.

Su alma es a la mía gemela.

DE
JAMÁS AL FUEGO NUNCA

Me desplazo por el pasillo mientras me afirmo sucesivamente en los metales. Mi cuerpo no deja de sacudirse. Solo cuando el bus se detiene por completo, desciendo y pongo con cautela mis pies en la acera. Nadie más que yo se ha bajado hoy en este paradero. Llevo en la mente el número de calles que debo atravesar, cinco. Sí, cinco, pienso, a la vez que imprimo un ritmo parejo a cada uno de mis pasos. Rápido. Hoy me acosa el viento helado de la mañana. Tendré que soportar este frío prematuro para llegar hasta la casa donde me esperan.

Justo en el número 509 me detengo y pulso el timbre. Me hace pasar la sirvienta. La saludo parcamente y camino directo hasta la pieza. En cuanto ingreso, cierro la puerta detrás de mí. Noto la calefacción benigna que protege el cuarto. Deslizo una parte de las cortinas cuidando que no se escape totalmente la luz. De inmediato me desvisto: el abrigo, el vestido, las medias, los zapatos. Siento que ella me observa desde su cama cuando, desde el interior de mi bolsa, saco con rapidez el delantal de plástico y me lo pongo. Luego doblo mi ropa y la deposito encima de la única silla que hay en la pieza, la silla ubicada exactamente al lado de su cama. Froto mis manos con energía y me inclino hacia ella:

Hoy tenemos que bañarnos, le digo.

Me observa pasivamente con sus ojos desmesurados y acuosos. Cuando le paso la mano por la cara, percibo su piel áspera y veo que su boca está demarcada por una línea de grumos blancos. Busco en el cajón del velador y con el pañuelo de papel untado de crema le limpio los grumos de la boca.

Lo hago con un movimiento veloz aunque cuidadoso.

Levantémonos, le digo. Ahora vamos a levantarnos.

En el fondo de sus ojos se dibuja una profunda desazón.

Mueve la cabeza, negándose. Pero yo trepo encima de la cama, la presiono de los hombros y consigo sentarla.

Sé cómo sentarla y también cómo bajar sus piernas. Para hacerlo, la sostengo desde la espalda, empujo sus caderas y, con un movimiento expedito, salgo de la cama impulsándola con sus propios brazos. Lo hago suavemente porque sé cuánto le duelen sus articulaciones.

Cuando estamos de pie, se afirma en mi hombro con una fuerza que no deja de sorprenderme. Antes de dar el primer paso, cuido que sus pies no se enreden con el borde de su camisa.

Caminemos despacio. Despacito, le digo.

Está enojada y leo en sus ojos una mezcla de terror y de desprecio.

Desvío mi mirada, la oculto. Llegamos hasta la puerta del baño, la abro y de inmediato la acerco a la pared y pongo sus manos sobre los metales para que se sostenga. Permanece con la cabeza inclinada, esperando. Aguarda que yo le levante los brazos y le saque cautelosamente la camisa. Tiembla. Abro la ducha y con mis manos selecciono la temperatura. Me vuelvo hacia ella y le frotó los brazos. En ese momento, me inclino y le saco el calzón y el pañal. Tomo el calzón mojado y lo dejo junto a la camisa. Envuelvo el pañal en un plástico y lo lanzo en el cesto para la basura.

El olor nos invade.

Pero ya la tengo cubierta por el agua y cuido que su cabeza no quede expuesta al golpe del chorro. Desvío el curso del agua e impregno de jabón la esponja, la misma que yo personalmente compré, la mejor, y la deslizo con energía por su entrepierna. Aunque no miro su rostro, sé que permanece con los ojos cerrados. Siempre. Exprimo y exprimo la esponja, con la que he limpiado su entrepierna, hasta que me cercioro cómo se escurre, por el desagüe, en medio de un agua circular, el último resto de caca que aún permanecía en sus genitales. Vuelvo a pasarle la esponja, esta vez sin jabón para dejarla pulcra.

El olor va perdiendo su consistencia. Solo permanece el pesado halo a orines que ya ha invadido definitivamente

la pieza y el baño. Como si se hubiera parapetado en las paredes, el olor a orina, constante, rebelde, inconfundible.

Ahora vamos a darnos vuelta, le digo. Nos damos vuelta, despacio, no nos vayamos a resbalar.

Eso le gusta. Que le pase la esponja por la espalda, que se la deslice gracias a la extraordinaria calidad del jabón que yo misma recomendé. Está escamosa su espalda. Me agacho y sigo atenta la forma de sus piernas. Siento cómo el agua de la ducha me moja el pelo. Olvidé traer el gorro de plástico. Los supe en cuanto abrí la bolsa. No tengo el gorro, pensé, a sabiendas que la falla ya era irreparable. Cuando termino con sus piernas, me yergo y seco mi cabeza con una de las toallas blancas. Hay dos. Lo pedí expresamente. Dos toallas.

Démonos vuelta otra vez, le digo.

La sostengo por los hombros y la pongo de frente a mí. Nuestros ojos se encuentran y me preocupo de descargar mi mirada, de mirarla tal como si no existiéramos.

Cerremos los ojos, le digo.

Los cierra e inclina la cabeza. Ya tengo el shampoo en la palma de mi mano para dar inicio a un difícil trance. Mantengo su cabeza alejada del chorro y empiezo a lavarle el pelo.

No vaya a abrir los ojos, le digo. No los abra porque se nos pueden irritar. Cerremos los ojitos, le repito.

Con las yemas de mis dedos froto su cráneo hasta que su pelo se ablanda y desaparece bajo la copiosa espuma. Todavía tiene pelo, pienso, debe haber tenido mucho, en exceso, pienso, mientras veo que el agua empieza a resbalar y le retiro la espuma que está a punto de bajar desde su frente. Le acomodo la cabeza bajo la ducha y le enjuago el pelo. Desde su cabeza inclinada, la espuma se desborda directamente sobre su pecho y en ese momento empiezo a pasarle la esponja y recorro el cúmulo de manchas oscuras e irregulares que surcan su estómago.

Con la esponja, muevo lo poco que queda de sus pechos y veo sus pezones rugosos y oscurecidos. Le froto los pezones. Con el borde de mi uña desprendo las adherencias negras que ya había percibido. Ella continúa con los ojos cerrados, apretados, al punto que una mueca le deforma la cara.

Abramos los ojitos, le digo.

Me inclino con la esponja sobre la parte delantera de sus piernas y nuevamente el agua moja totalmente mi cabeza. Termino en sus tobillos, me levanto y tomo la toalla para secarme otra vez el pelo. Después cierro el grifo y la envuelvo con la toalla. Busco en el mueble el secador y, gracias al calor, su pelo vuelve a adquirir una forma. Luego me seco la cabeza.

La tomo de los hombros, la llevo envuelta en la toalla blanca y caminamos con lentitud hacia la pieza.

Sentémonos, le digo.

La siento en el borde de la cama y cuido que esté cubierta por la toalla. Después voy hacia el armario y encuentro, en el cajón asignado, una camisa limpia. El algodón celeste está desteñido y las flores que lo adornan, prácticamente ya no se distinguen. Busco en la parte superior del armario un pañal. Allí están las enormes bolsas apretadas en un espacio que parece insuficiente. Saco un pañal y lo acomodo.

Le retiro la toalla y la tiendo de espaldas. Sus piernas cuelgan del borde de la cama. Con la manta que está encima de la colcha, la cubro hasta la cintura. Abro el cajón del velador, saco la crema y el aceite y lo pongo sobre la cubierta.

Abramos las piernecitas, le digo.

No quiere hacerlo y me obliga a separarlas, a separarle yo misma sus piernas. Unto de crema mi mano derecha y distribuyo verticalmente, a lo largo de su entrepierna, la crema reparadora. Veo a través de los escasos pelos que le quedan cómo se extiende y crece una vasta superficie de piel irritada.

Se ha estado rascando, le digo. No tenemos que rascarnos.

El estado crítico de su piel me indica que está al borde de desencadenarse una herida que me resulta peligrosa. La piel parece a punto de romperse y por eso me esmero en cubrir especialmente esa zona con una considerable y quizás excesiva cantidad de crema. Va a pasar de todas maneras, pienso, la herida. Le duele. Lo sé porque se queja tenue. Si levantara mi cabeza podría ver el rictus de dolor en su cara. Pero no lo hago porque noto que se está enfriando y todavía falta que le apliquen el aceite. Dejo el pote de crema en la cubierta del velador y tomo el aceite.

Me encuclillo y procedo sobre sus pies. Le separo uno a uno los dedos de los pies y los cubro de aceite. Debería cortarle las uñas, pero lo postergo. No ahora, pienso. Entonces la acuesto sobre la cama, la pongo boca abajo y la cubro con la manta desde la cadera hasta los pies. Noto que la piel de su espalda está engranujada.

¿Tiene frío?, le pregunto.

Esparto el aceite a través de su cuello y luego recorro milimétricamente su espalda. Está tan seca la piel que no me importa el gasto de aceite. Luego pongo la manta en su espalda y procedo a lubricar sus muslos. Noto la vulnerabilidad de la piel en su cadera. Muy pronto se van a desencadenar las escaras, pienso. La doy vuelta y la cubro hasta la cintura mientras el aceite ahora avanza sobre la pelvis y la parte superior de sus piernas.

Tomo el pañal y la levanto desde la cintura con una fuerza veloz y se lo acomodo. Me cercioro que esté perfectamente adaptado apretando las junturas con mis manos, una y otra vez para que no se despegue.

Inmediatamente le pongo el calzón, después bajo la manta y me encargo de lubricar el pecho y estómago. Voy rápido con el aceite y sé que se aproxima el momento más difícil entre nosotras. La cara. El aceite en su cara.

No tengo alternativa.

Pongo el aceite en mi mano y mis dedos empiezan a explorar su rostro. Me esquiva abiertamente torciendo la cabeza. Como siempre, obstinada, terca. Ella.

No movamos la cabeza, le digo.

Su gesto me obliga a tomar su mandíbula con la mano izquierda para inmovilizarla mientras le cubro las mejillas con el aceite. Abre los ojos y me mira con un rencor penetrante.

Maricona, me dice.

Ahora vamos a ponernos la camisa. Siéntese, le digo.

La enderezo, le pongo la camisa. Abro el velador y saco el pequeño cepillo. La peino cuidando de desenredar suavemente las hebras, luego la acuesto, ajusto las sábanas, aliso el cubrecama y acomodo las almohadas bajo su cabeza. Se ve saludable, en cierto modo renovada, ahora que sus mejillas están levemente coloreadas.

Se ve bien, le digo. Se ve muy bien, le insisto.

Guardo la crema, el aceite y el cepillo en el cajón del velador. Tomo mi ropa: mis zapatos, la cartera, la toalla y voy al baño. Me visto y con el secador recorro cada pliegue del delantal. Cuando el plástico está seco, lo doblo y lo pongo en mi cartera. Ordeno los cables del secador y dejo la camisa, el calzón y las dos toallas mojadas en el cesto de la ropa sucia. Me cercioro que esté todo en su lugar. Reviso las llaves de agua, ajusto la tapa de cubo de la basura que contiene el pañal sucio, apago la luz y cierro la puerta.

Voy hasta la cama y una simple mirada me permite constatar una especie de serenidad y de orden. Esta vez no se ha movido ni ha lanzado al suelo las almohadas ni ha desordenado las sábanas. Abro las cortinas y atravieso la pieza.

Hasta luego, le digo.

Salgo hasta el pasillo y me invade el silencio que rodea la casa.

Ya terminé, exclamo con un grito moderado. Me detengo en el pasillo hasta que aparece la sirvienta con el sobre en la mano. Lo tomo y lo guardo en la cartera. Nos desplazamos juntas hasta la calle. Parada en la puerta, me dice:

Hace frío.

Sí, le digo, hace frío.

¿Viene el próximo martes?, me pregunta.

Sí. Claro que sí, le contesto.

Me había convertido en una no, no, nunca oficializada lugarteniente. Acataba tus análisis, porque después de todo yo tenía mi propio arsenal, mi paso indiscutible y memorable por cada una de las escuelas de cuadros, mi prestigio como analista, toda una experiencia prolongada y aguda en la rama de la lingüística y mi preparación científica en el estudio de la historia. Te lo dije, te lo dije, ¿no? Ah, me contestas y no sé por qué me deja satisfecha tu exclamación. Estoy sentada en la mesa, divagando, antes de entregarme a saldar el estado de los números, nuestras cuentas, las columnas impecables de los gastos, todos, cada uno de ellos. Tú me das la espalda para demostrar así tu indiferencia o tu indolencia ante mi tarea cotidiana. Los gastos. Recuerdo que salí a la calle en un acto completamente desatinado, quebrando cualquier lógica de seguridad. Salí a la calle, caminé por las veredas exponiendo mi figura ya abiertamente deformada. Y de pronto experimenté el impacto ante ese vestido que, aunque me negué a reconocerlo, ocupó enteramente mi deseo y se apoderó de mi mente en oleadas anhelantes y secretas. El vestido que detuvo mis pasos en la calle y me enfrentó a la vitrina y, súbitamente, lo quise, lo quise, lo amé, me apasioné de inmediato. Su tela, su caída, su diseño y la urgente, enloquecida necesidad de comprar el vestido, vestirme, exhibirlo en mí, comerme el vestido, devorarlo enteramente, gastar en la tela, en el diseño, en la caída, entregarme sin pudor, ajena a cualquier átomo de culpa, a un placer bacanal y absoluto con la exterioridad, la superficie más dañina en la que podía recalcar mi cuerpo. Renunciar a la renuncia que hicimos en los primeros años en que nos refugiamos de una vez y para siempre detrás de un consistente desprecio.

Luché por sacarme los pantalones desorbitados, la blusa amorfá, en chaleco, quemarlos, aniquilarlos en la potencia devastadora de una hoguera y acudir ciega o virtualmente hacia el vestido para renacer o resurgir o evitar un destino marcado por el exceso total de cuerpo, por la ausencia de contornos, un cuerpo que había experimentado la historia desnuda o real, una historia que en toda la extensión de su tiempo incommensurable, hubo de volcarse siempre a aniquilar. Lo asumimos, tomando la dirección inamovible de una parquedad realmente militante, austera, los dos, tu austerdad, mi austerdad.

Salvo el día.

¿Qué había pasado ese día?, ¿qué me pasó o nos pasó para encadenarme a la alineación de una vitrina cosmética y reprobable?, ¿qué sucedió en mí para detenerme y entregarme a un deseo infame que rompió la calidad más pétreas de mis huesos? La imagen del vestido los debilitó y, en cierto modo, los despreció: mis huesos a mis huesos. Mi mirada ávida, un deseo que estalló imprevisible, que rompió límites, cada una de las estrategias que hube o hubimos de construir y que posibilitó unos huesos rodando hechos trizas hacia la más increíble alienación. Sí, yo misma, especializada en lingüística y absolutamente consciente del rechazo como procedimiento imperativo y liberador, me vi ante una vitrina que me convocababa hacia un vestido tortuoso, diseñado para seducir y huir de los avatares de una historia, un vestido que me iba a liberar de la infamia, que me iba a distraer de un poder que finalmente me había perforado hasta la médula de los huesos. Sí, un poder que había ofendido la única consistencia del cuerpo que sabíamos era primordialmente óseo.

Lo es, porque porta unos huesos, duros, duros, que están ahí para sostenerlo ante la crisis, una tras otra, las células iban cayendo, sí, una a una hasta que caí yo, la primera, y caíste tú, más adelante, claro, y ambos nos vimos enfrentados a la más salvaje e intensa de las experiencias con la que se puede poner a prueba la resistencia militante.

Pero ¿qué pasó ese día?, el día en que flaquearon mis huesos ante algo tan irrisorio o miserable como una tela y un diseño que después de todo acechaba en cada una de las vitrinas frente a las cuales no, no, nunca nos deteníamos porque conocíamos su estructura y el poder del cual emanaban, la transparencia del vidrio, y que en un minuto incomprendible abrieron en mí el horizonte de un deseo que habíamos proscrito porque entendíamos o entendía, con el convencimiento propio de una analista calificada, que detrás de cada una de las vitrinas yacía el fantasma expansivo de una dominación que calaba incluso la fortaleza de los huesos, que hacía polvo los huesos para permitir el triunfo de una carne ávida, insaciable en las vitrinas, contingente la carne, cautiva y alienada y disponible para darle la espalda a la historia y al materialismo extraordinario y majestuoso de los huesos. ¿Qué pasó?, me pregunto, te pregunto, en ese instante, ese día exactamente, cómo pude olvidar la frase, la leyenda, el lema, la iluminación de un concepto que yo conocía o que mis huesos recitaban sin dudar, sin pausa, sin el menor titubeo: "Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países".

¿Cómo osé abandonar los huesos en esa vitrina?

¿Qué pasó?, ¿qué pasó?, te pregunto.

¿Cuándo?, ¿cuándo?, me contestas.

El vestido, pues, el vestido.

¿Qué vestido?, me dices.

Me lo dices de espalda, vuelto hacia la pared, mi pared, la que me pertenece por la posición que ocupo en la cama, una pared defectuosa pero que marca un límite, un muro que pone freno a la fragilidad de la carne, una pared que convoca a mis huesos provocándome el histórico dolor en la columna, un dolor en el que me refugio y que me hace admirar la contextura hiriente e implacable de los huesos, los tuyos. Me duelen, me duelen, dices o dejas de decir, y

me alegra que todavía te duelan los huesos, que los sientas y se hagan presentes cada día o cada noche, cada hora, en todos los minutos, porque tú prácticamente no te levantas de la cama, de mi cama, y entiendes, tienes que hacerlo, que únicamente estás vivo por el poder de tus huesos que alardean su dolor, este engranaje tan consistente que tenemos y somos huesos, esqueleto puro, ¿no crees? No empieces con el tema del vestido, no lo hagas, no sigas, saca tus cuentas, entrégate a las cuentas, deja el vestido y la vitrina, me dices refugiado en mi pared.

Lo haces porque te da pena o temor.

Pero esa sensación es más leve, menor a que recuerde mi captura unos meses antes de la tuya. Caíste después que yo, brevemente, saliste rápido y temes, sí, temes que sentada ante las cuentas, frente a las columnas de números, recuerde, empiece a recordar el efecto de mi caída. Pero eso no debemos permitirlo, no podemos, el estado que rodeó mi salida y cómo y en cuánto nos iba a perseguir, mi captura. No la tuya, la mía. Una caída que marcó mi cuerpo y exculpó a mis huesos. La mía, no la tuya, no, nunca, porque la tuya era la caída previsible del militante asediado, cercado por considerables infiltraciones, uno más, pero yo no, yo no. Fui apresada como una militante, como la militante que había integrado varias células, una lingüista con un grado máximo, una militante considerada como la más avezada en análisis y estrategias, un cuadro y sin embargo, no sigas, por favor no sigas, me dices. Estás de espaldas en la cama, extendido o extenso, cómodo, pero no menos adolorido porque atravesaste una noche que podría ser considerada insoportable.

Hablaste en la noche, murmuraste en la noche, roncaste. Te levantaste al baño, te pusiste mis zapatillas, te tomaste tres tazas de té, fumaste media cajetilla de cigarrillos en la noche, tuviste al menos una pesadilla, intentaste leer el diario, te escabulliste hacia el baño para pasar las hojas tranquilo, no pudiste, te traicionó el tamaño de las letras, no veías, no podías leer.

Te venció la letra.

Volviste a la pieza. Tomaste por error mi brazo pensando que era el tuyo. Suéltame, no me toques, déjame dormir, pestañeaste y después oprimiste tus párpados con tus dedos, bostezaste, engulliste el pedazo de pan que habías guardado debajo de la almohada y cuando pensabas que era una noche verdaderamente infernal, te dormiste, lo hiciste sin abandonar los saltos ni el espacio alterno de los murmullos y ciertos vagos quejidos. (Las células, agazapadas, se taparon los oídos). Dormiste por un espacio acotado de tiempo. Te moviste en la cama, me despertaste o nos despertamos vagamente, vencidos por un sueño común, un cansancio compartido y junto a la necesidad por ese particular vestido, el deseo más primitivo del que guardo memoria, pensé que con ese vestido, precisamente por su diseño, necesitaba pintarme los labios y se volvió imprescindible un rojo furioso, bermellón, brillante, provocativo. Un rojo estelar junto a los zapatos más altos que podría encontrar. Una búsqueda frenética a través de las vitrinas, de zapatos negros y aguzados, un calzado impropio, unos zapatos que bordean el escándalo, con mis labios demasiado rojos y el vestido. Hasta que toda la magnitud de la crisis se presentó ante el espejo que no cesó de reflejar una imagen alucinante, la panza, la panza, una imagen de mí que me aterrorizó, ¿te acuerdas?, ¿te acuerdas? y tú no sabias qué decir o qué hacer o hacia dónde escaparte, mientras Ximena intentaba disimular y yo misma no estaba segura, no estaba segura de nada ante ese espejo enrojecido y letal que mostraba una imagen de pesadilla. No, yo la había elegido, yo había deambulado grávida por las vitrinas, busqué el rojo, el más intenso y busqué los zapatos, pero el vestido me asaltó, fue lo único espontáneo, el vestido, mío, mi pesar por el rojo y la vergüenza de unos zapatos que no, no correspondían. Nos miramos en el espejo o a través del espejo, no lo sé. Los tres. Ximena, tú y yo. Ahora observo el cuaderno, la

rigidez de las columnas, el orden de los números, mido cuánto valemos, cuánto.

Gastamos poco, valemos poco, te digo.

Sí, sí, me contestas.

Me lo dices, aliviado. Prefieres, lo sé, entrar en el siempre inconfortable tema del dinero, antes de rehacer el episodio del vestido, sus causas, sus efectos. Prefieres cualquier cosa, el silencio o un cúmulo de palabras, escoges ir al baño o a la cocina y hasta podrías, no lo sé, no estoy segura, salir a la calle, cruzar la vereda, caminar con tus pasos más comunes por una calle que se torna irreconocible día a día, pequeños emporios, servicios tecnológicos, ventas de repuestos. Preferirías lo más aborrecible, la calle, esa que te recuerda cómo la historia continúa, sigue su curso filtrada en las maltrechas baldosas, en los nuevos locales que se sostienen en la más frágil de las esperanzas, los locales, los emporios, los servicios, los repuestos rápidamente discontinuados. No quieres ver o no puedes ver y yo, que te entiendo, te entiendo, tanto que hube de suspender los paseos innecesarios, el día del mes que habíamos acordado para dar una vuelta por la cuadra y en un gesto que no pudo sino ser commiserativo, te lo dije, y noté tu alivio. No salgamos, no, y vi cómo sonreías, a mí, con una confianza antigua.

Sí, me dijiste, sí, ¿para qué salir?

Está bien, te contesté, no es necesario, pero vas a caminar por la pieza unos veinte minutos, tienes que caminar, sí, sí. Pero no lo haces. Solo vas de la cama al baño o a la cocina, no cumples tus tratos, no los cumples. ¿Caminaste hoy?, te pregunto apenas entro a la pieza, ¿lo hiciste? No caminaste, no lo haces, duermes a deshora y después ¿quién paga las consecuencias?, pero no me escuchas porque estás mirando la bolsa. Dame un pan, me dices, y me gustaría negártelo porque después de todo no cumples. Aseguras y no cumples, no te mereces ni un pedazo de pan. Pero te

lo paso y te lo comes tratando de que no vea tus dientes ralos sobre la masa ni las migas que recoges y te las echas a la boca y sé que tienes los dientes sueltos, dos menos. También tus dientes están sueltos, se te están soltando todos los dientes, ¿no es cierto? Te duelen, sí, me duelen las muelas, las encías, los dientes, se me quebraron tres muelas y dos dientes, pero nunca un dentista, no. Te has resignado. Ya te entregaste a los vaivenes que nos propone la biología, aunque quizás aún esperamos demasiado de nuestros huesos. Confiamos que nos acompañen todo el tiempo que sea necesario, pues ¿qué más tenemos? Nada, te digo, no tenemos nada y gastamos poco, este mes menos que nunca.

¿Menos?, me dices.

Sí, te contesto, hemos entrado en una etapa de bajo costo, por eso te compré cigarrillos, de los que te gustaban, de los que fumabas antes, ¿te acuerdas? ¿De los que fumaba antes?, me dices con una marcada vivacidad, sí.

Ah, sí, me dices, los mismos de antes.

Titubeas, te confundes, te encoges en la cama, te demueles. Pero ¿Cómo serán?, me dices, ¿cómo serán esos cigarrillos antiguos?, no, no, no puedo, me dices y tiras la cajetilla al cesto.

Abatida por mi fracaso, te alcanzo un pan más, uno de esos panes que sé cuánto necesitas y cómo nos mantienen.

No quiero, dice.

Acuérdese que hoy nos bañamos, le contesto. Bañémonos, le insisto.

No, no, no, me dice.

Está llorando. Como cada jueves ha empezado a llorar y su cara se desdibuja entre la masiva mueca que la comprime. Tomo uno de los pañuelos de papel y le seco las lágrimas. Solloza abiertamente, de pie, desnudo, con los brazos caídos a su costado. Ante el temor que tambalee y se caiga, lo tomo por los hombros.

Nos vamos a bañar rápido, rapidito, le digo.

No, no, dice.

Pero veo cómo cede y permite que lo ayude con sus piernas. Primero una, luego la otra. Verifico la temperatura del agua. Lo siento en su silla de baño, dispuesta para su aseo. El agua está tibia, pródiga. Empapo la esponja con el jabón y procedo a deslizarla por su pecho. Noto en cuánto ha adelgazado pues sus costillas se dibujan nítidas sobre la piel, presagiando la exacta dimensión de su esqueleto. Jabono su sexo y no puedo evitar que mi mirada se detenga en sus piernas que prácticamente están dejando de ser para abrir aceleradamente paso hacia una perniciosa desnutrición.

Me encuclillo para llegar con la esponja hasta sus pies. El agua se dispersa cuando choca contra el gorro y el plástico del delantal que me cubre. Y es en ese instante cuando levanta su pierna. Su rodilla me da de lleno en la cara. Un rodillazo de tal magnitud que experimento una sensación universal y explosiva en el hueso de mi nariz. Caigo. Penosamente me siento en el piso del baño. En el suelo me aprieto la nariz con las dos manos en medio de un dolor indescriptible. Me ovillo. El dolor trepa hasta apoderarse de mi cabeza y me cierra o me ciega mientras me balanceo para atenuarlo, para desalojar el odio que transcurre paralelo al desplazamiento del dolor por toda la cabeza, la cara y la base del cuello. A una distancia considerable del dolor, escucho el ruido del agua, cómo cae copiosamente sobre la silla mientras me entrego al horror físico en el suelo del baño. Permanezco sentada, apoyada en la pared de azulejos, instantes o minutos esperando, entregada a miles o millones de dardos punzantes, rogando que disminuya el dolor, apretando mi nariz. Circula, se expande, recrudece en algunas zonas. Me quedo así, sentada en el piso, reducida a un fragmento suficiente de huesos hasta que percibo cómo la condensación del dolor empieza a escabullirse, sí, va bajando su potencia mientras se eleva ante mí la realidad caótica del agua.

Mi nariz palpita. Entonces, retiro mis manos de la cara y me rencuentro.

De manera incierta, me levanto. Temo que el dolor reaparezca, que se trate de una falsa tregua. Me seco con suavidad la cara congestionada con la toalla y voy hasta el espejo. Percibo que se ha producido una notoria hinchazón en la curva de mi nariz. Siempre frente al espejo, me acomodo el gorro y vuelvo al agua. Ya me siento en condiciones de sortear el dolor. Me inclino sobre el piso hasta que puedo recoger el jabón y la esponja. Me yergo y, evitando enfrentar su mirada, lo levanto, le froto la espalda y sus nalgas casi inexistentes. Mi nariz sigue palpitando a un ritmo parejo como si el eco del dolor hubiera impuesto una memoria a través de una cronología científica. Lo vuelvo a sentar en la silla. Tomo el shampoo. Le inclino la cabeza y noto en cuánto ha avanzado la alergia que se manifiesta en sucesivas protuberancias blandas que prácticamente cubren todo su cráneo. Soriasis, pienso. Lo está consumiendo, pienso. La misma soriasis que invade implacable sus genitales y que no le da paz alguna, arrastrándolo a un insomnio prolongado. Veo el insomnio en su cara devastada ahora que estamos frente a frente y le seco sus líneas con la toalla. Subo la toalla hasta su cabeza y la froto. El movimiento alivia su picazón constante y por eso levanta sus manos y toma la toalla. Le permito que la manipule brevemente, luego le retiro las manos de la cabeza y seco apresuradamente su cuerpo. Lo ayudo con los pies, le pongo la bata y le cubro la espalda con la manta y la conduzco hasta su pieza, a pesar de las agudas limitaciones de sus pasos.

Mi nariz sigue latiendo de manera espaciada como un simple recordatorio. Me toco la zona hinchada y temo que en unas horas mis ojos estén amoratados. Le saco la bata y la manta. Lo acuesto de espalda sobre la cama, le abro las piernas, tomo la crema y la esparzo sobre sus genitales. La alergia ha invadido incluso la parte baja del estómago y

los bordes de sus caderas. Escucho que murmura palabras inconexas mientras intenta rascarse, pero se lo impido para que la crema penetre a través de la piel y lo alivie. Saco el pañal del cajón del mueble y se lo ajusto, después procedo con el calcetín de plástico limpio que ya había dejado sobre la cama. Lo tomo de los brazos y lo levanto de la cama.

Ahora vamos a vestirnos, le digo.

No colabora y me obliga a dar vueltas sus brazos para encajarlos con las mangas de la camisa. Luego emprendo la tarea de ponerle el pantalón mientras lUCHO con sus pies y la obstinada resistencia que me ofrece.

Levantemos un poquito los pies. Un poquito, le digo.

Después de múltiples y difíciles movimientos he terminado de vestirlo.

Está de pie, demasiado debilitado, inexpresivo. Los siento en la silla de ruedas y voy nuevamente al baño y tomo una peineta. Vuelvo a la pieza y lo peino. Sus manos tiemblan de manera ineludible. Sus piernas tiemblan. Sin embargo, su expresión ausente remite a una forma curiosa de plenitud. Pero no me engaña, luego de haber cometido un error inexcusable, ahora sé que debo mantenerme alerta porque en cualquier instante podría atacarme y entonces su mirada alcanzaría ese matiz de rechazo que conozco, emergiendo desde un lugar aún íntegro, preparado para la destrucción. Ahora se rasca la cabeza, de manera torpe, irregular, arruinando el peinado. Me doy cuenta que no le puse la crema. Tomo el pote, saco la crema y con los dedos la distribuyo en su cabeza, afectada por las irregularidades de las erupciones que se extienden desde el final de su frente hasta el borde posterior de su cuello. Luego tomo la peineta y vuelvo a ordenar los rezagos de pelo que asoman tan disminuidos desde su cráneo. Me inclino para ponerle los calcetines y los zapatos. Le acomodo la camisa, le ordeno la línea del pantalón. Lo dejo sentado en la silla mientras voy al baño. Allí guardo la peineta en el cajón, me saco el delantal y el gorro. Examino mi cara ante el espejo.

Tengo, sí, la nariz hinchada. Prefiero abandonar el espejo. Me pongo el vestido, las medias, el abrigo. Guardo el gorro y el delantal en mi bolso y vuelvo a la pieza.

Uno de sus pies cuelga de la silla de ruedas. Me encuclillo para acomodarlo en su pedestal. Con una certera maniobra, esquivo el vago manotazo que me lanza a la cabeza. Ya lo había presagiado. Me yergo. Lo observo.

Se está muriendo, pienso.

Yo, ya había caído, atrapada como un animal salvaje o un animal de circo, en plena vía pública, cercada y capturada. Después ibas a caer tú. Una suma implacable, la célula completa: los diez. Sobrevivimos siete. Tres muertos. (Los tres muertos están aquí, enhiestos, decorativos, rutilan en la oscuridad). Ante de mi salida, caíste. Cuatro meses ni vivo ni muerto. Finalmente hubimos de reencontrarnos. Lo hicimos entrampados en una aguda perplejidad. Mi estado te obligó a suspender tu dolor, tu agravio, la suma de humillaciones. El terror.

No, dijiste, no.

Me miraste y sentado en la silla, en la pieza que había conseguido, esta pieza, la misma, te tomaste la cabeza con las manos para esconderte o evadir la gravidez de mi figura. Parecías arrasado por un cataclismo. Sí, te hablaba toda mi inclemente naturaleza de espaldas a cualquier razón. Pero qué podía hacer. ¿Qué puedo hacer?, te dije. No tenía, comprendes, ni una sola alternativa. Estaba, sí, furiosa, dolida, furiosa. Derrumbada y furiosa, estupefacta y furiosa, aterrada. Todos, cada uno de los sentimientos me pertenecían, eran míos y tú llegabas demolido después de un tiempo que no podía ser contabilizado por la cronología a poner tu pena sobre la mía, tu rencor encima de mi impresionante rencor, un asombro que pretendía disminuir el mío. Llegabas medio vivo o medio muerto, volvías provisto de una distancia impenetrable ante mi desdicha.

“Las cosas son como son”.

Así lo dije ante tu intento de apropiación. Sé que conseguí, desde un espacio insospechado, un resto de fuerza, y de ira. Sé también que estaba a punto de gritar o llorar pero aún así, más allá de mis sentimientos legítimos, estoy segura que si hubieses avanzado un ápice en tus acusaciones te habría matado. Todo sucedía como en un mal sueño. Pero ahora tengo que dormir o tengo que morirme o tengo que escaparme. Pero ¿dónde?, ¿dónde?, una vez que el siglo nos ha desalojado. Cien años ya y pese a saber que todo fue consumado en un pasado remoto, en otro siglo, y más aún, en otro milenio, mil años en realidad, allí está el reciente siglo entero o los mil años decrepitos, insidiosos, que se ríen con un horrible gesto para ostentar su estela de desgracia.

Lo sé, lo entiendo, cómo no. Lo sé y lo entiendo. Los procesos históricos se acentúan o se difuminan, ocurren en una tensión que solo puede ser fugazmente aminorada. Yo soy o fui un cuadro. Me formé serenamente pero con una completa decisión, lo hice con una actitud marcada por la tenacidad y ordenada en la lucidez y en una comprensión nunca ingenua de la historia. Allí estaban disponibles para nosotros o para mí las principales figuras ya antiguas, esas figuras frías pero no, no obsoletas ni menos equivocadas.

Eso no.

Devoré el halo de las figuras que ahora no, no, no, no se pueden nombrar. Heladas y lúcidas y aún supremas en sus errores, pero ¿cuáles errores? Es acaso un error afirmar que: “Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medio de prevenirlas”. Una lucidez

ensimismada, una puesta en escena irrebatible, medios de un trazado que contiene mil años, cien de historia. Sí ¿no?, pero nunca, nunca pensé en el funcionamiento autónomo del cuerpo, su cíclica sorpresa y su catástrofe. Nunca en tu cara asombrada o asqueada, la tuyá, en las horas de un reencuentro trágico, mi trágica aunque fugaz sobrevivencia. Tres muertos: el loco Jiménez, Pedro Cevallos y Luis o Lucho como le decíamos. (Los tres muertos pasean su terrible contaminación por la pieza. Adoptan una actitud cínica o irónica).

Lucho, bajo, compuesto, solemne.

Lucho que viajaba desde Rancagua para llegar a la hora exacta, nunca atrasado, jamás. A la hora precisa para la reunión de la célula, un militante clandestino, querido y serio, compuesto y solemne, que jamás, en ninguna oportunidad, soltó una carcajada. Lucho que se impacientaba pero ocultaba su impaciencia ante algún comentario que resultara ajeno a la reunión. Nada, nada externo. Porque así era él. No aceptaba rumores ni menos una alusión a lo que podría ser considerado como personal. Odiaba eso, eso lo odiaba, se negaba a las preguntas, jamás emitía una opinión ajena a los temas de la célula. Lucho no se reía ni preguntaba y evadía cualquier personalización. Era así. Era así. Más bien bajo y moreno y serio, tanto que causaba un vago rechazo o infundía un respeto cruzado por la molestia porque nos recordaba sin tregua que éramos una célula, solo eso, que entre nosotros no había nada personal o, peor aún, íntimo, que no teníamos derecho a reírnos o a besarnos o a odiarnos más allá del marco celular. Lucho, el nombre chapa que viajaba desde Rancagua, severo y triste, formal y triste, puntual y triste con su cara más legítima, una cara que no era clandestina. Lucho no se reía y volvía en bus a Rancagua, justo en el instante que la reunión terminada y no tomaba siquiera un sorbo de café, solo un vaso de agua.

Agua para Lucho, agua de la llave.

El mismo Lucho que no quiso, no pudo, no aceptó su captura ni los golpes y cada uno de los agravios programados y científicos y tomando una decisión histórica, alejada de cualquier personalismo, lucho, con su parquedad minera y rancagüina, la de él, recubierto en la parsimonia que cultivaba, se ahorcó como un militante. Lo planificó serio y triste, ocupando rigurosamente los trapos con los que contaba.

En cambio, el loco Jiménez y Pedro Cevallos fueron derribados de la misma manera en que iban muriendo los numerosos integrantes de las células, de esas células que caían y morían y, entre tantas chapas, Jiménez y Cevallos, los dos, no lograron, no, no, pervivir. Un azar, dijiste, es azaroso y comprensible, parte del proceso, pude ser yo, cualquiera, olvídalos, dijiste, me cansas, me cansas, basta. Caímos y morimos después que la célula ya había experimentado la crisis y se produjo la ruptura, cuando todo había terminado. Pero caímos tal como lo hubiese hecho una célula activa, nuestros organismos sumados alrededor de un único objetivo: la célula, la célula.

Han pasado mil años.

Ya todos formamos la anónima superficie de los cuadros muertos de otro siglo, entregados a los mil años que transcurren en los periódicos que leemos o dejamos de leer, en los buses que me llevan y me traen, en las tiendas, los locales, las oficinas siempre fugaces o sutiles que tú detestas más, más mucho más que yo. No me digas, no quiero saber, no me interesa, ¿trajiste mis cigarros?, ¿me los trajiste?, ¿no? Sí, aquí están, le entrego la cajetilla de cigarros, guardo en la bolsa otra, la que inevitablemente te vas a fumar, dos cajetillas que incorporo a la columna de números que analizaré esta tarde. Me voy a poner los lentes, los últimos que compré en la vía pública, y que ofrecían arrumbados sobre la vereda. Me agache, me los puse, miré los letreros para tener la certeza que mis cuentas están bien y que sostienen nuestra célula, una célula de otro

siglo o de otro milenio, empecinada ahora en conseguir el té, el arroz, una cantidad razonable de aceite, una bolsa de azúcar. Una célula rezagada que se mantiene en estado larvario, aparentemente desactivada, una apariencia engañosa, porque sabemos lo que sabemos: que tenemos sí, ciertas importantes habilidades, pese a que los huesos, los nuestros, milenarios, sean presionados por desagradables calcificaciones o aunque la mirada que le pertenece al nervio óptico no consiga la correcta contextura de las imágenes, aún somos una célula, lo sabemos, desactivados y larvarios o casi ciegos, imperfectos, pero sólidos, ¿no? Lucho era, me dices, en último término, en su sentido más concreto, un reaccionario, un socialista clerical. Se amparó en un acto histriónico provisto de un falso valor, un burgués que actuó bajo la forma de un ascetismo cristiano. Eso fue. Lo dices de manera contundente y en un punto, lo sé, tu análisis es certero; sin embargo, te discuto y alzo la voz molesta: la improvisada cuerda que puso alrededor de su cuello, ese trapo que pudo rescatar en medio de un ambiente increíble y adverso, no puede ser reducido a un simple histrionismo o a un factor odiosamente religioso. Fue un trabajo celular, una empresa materialista, extensamente lograda, que lo condujo al éxito final. Estás, te digo, utilizando un pensamiento demasiado simple, obviando partes de los elementos, los más contundentes, aquellos que yacen detrás de las simples apariencias, de cualquier fantasmagoría.

Nos callamos, meditamos.

Mientras pongo mi mano en la pared, adentro de mi cabeza me ronda tu mención irónica a un socialismo clerical agravado por la calificación insidiosa e igualmente irónica contenida en tu mención a un acto revestido por los ecos de un ascetismo cristiano. Nos damos vueltas en la cama sopesando los argumentos. Comprendo, con extrema claridad, que no puedes dormir ante mi puntualización o precisión acerca del trabajo materialista con la cuerda o los

trapos o el pedazo de pantalón que formaron parte de su plan para conseguir un fin. No duermes porque construí un argumento que hace tambalear tu analítica, la horada y la interviene. Nos cuesta dormir entre la dificultad de los huesos también intervenidos por la molestia de las calcificaciones, unas calcificaciones que están ahí y que no necesitamos de exámenes que las certifiquen. Somos una célula, estamos atentos a nosotros mismos como la célula que somos. Podemos incluso diagnosticarnos. No necesitamos de tecnología alguna ni llegar hasta las cámaras médicas ultra sofisticadas, de las que no, no quieres enterarte ni menos comprender para asegurar que tenemos calcificaciones en los huesos, que los huesos están dañados y que te duele la espalda y la cadera está quebrantada por la artrosis y aunque sabemos que podríamos acceder a una cadera o a una rodilla de un plástico de última generación, engarzadas microscópicamente a casi ilegibles hilos de metal, no lo haremos, esperamos demasiado de nuestros huesos, apostamos a ellos, a la historia más ósea que no debe ser interferida o intervenida y cuyo gasto es parte de un proceso materialista que es necesario y, más aún, imperativo cursar. Tenemos que hablar de Lucho, como le decíamos, tenemos que acordar quién era exactamente y a qué esfera correspondió su acto, qué hizo en realidad y cómo, desde su acción, podemos entender su rol en la célula que habitamos. Volver a analizar a Lucho, serio, bajo, minero extremadamente formal. No detenernos, poner cada uno su argumento, descomponer los argumentos, exacerbarlos, llevarlos al límite, hasta que podamos trazar un mapa de la situación y yo logre revertir tu rechazo por el suicida, tu desprecio por él. Tu punto de vista incommovible ante la soga o el trapo o los pedazos de pantalón.

Estamos de espaldas en la cama, pensando.

Pero en el reencuentro, hace tantos años, en el siglo pasado, aquí en esta misma pieza, en la pieza abstracta que aún pervive en este siglo, entonces no hablamos de

Lucho. Sabíamos de su acto, pero la situación nos volvió sobre nosotros mismos o, más exactamente, sobre mí. Me mirabas primero estupefacto y después diría que francamente incómodo y después dejaste entrever una profunda aversión. Los matices de tu mirada eras sucesivos y veloces. Yo me senté en la silla, tú hiciste lo mismo en la que estaba al frente, sostuviste tu cara entre tus manos, después, lentamente, con un aire teatral fuiste retirando tus dedos. Intentaste, sé que lo hiciste, buscar las palabras más sensatas y, hasta cierto punto, afectuosas. Sin embargo, no conseguiste mantenerlas y vino la acusación, la que, claro, yo esperaba, la presagiaba a lo largo de los cuatro meses en que no estabas ni vivo ni muerto o ya estabas muerto y yo. Pensé, a lo largo de cuatro meses, que me ibas a decir lo que me dijiste porque tu razón no iba a resistir y te ibas a entregar a la fuerza anárquica de tus sentimientos.

Pero, aunque estaba cierta que lo ibas a decir, no pensé en la elección o en la dirección de tu frase, brutal, mezquina. "Por qué no te lo sacaste". Una frase inmerecida y soez que no podía sino entenderse como un insulto. "Las cosas son como son". Me palpitaba el corazón, me temblaban las manos de ira, si decías una palabra aniquiladora más, estaba dispuesta a matarte. Como fuera. Me levanté de la silla para abrir la puerta y expulsarte sin violencia de la pieza. Quise hacerlo y lo advertiste. No tengo adonde ir, me dijiste, no hay ningún lugar seguro, no puedo irme. Tus palabras eran sencillas y en su tono rondaba la humildad.

Quédate, te dije, quédate.

Y así fue como caminaste hasta la cama, te tendiste, te quejaste, te dormiste. Estabas cansado. Trepé hasta el rincón de la cama, de mi cama, y me acomodé al trecho que quedaba libre. Me di cuenta, mientras dormías, que se iniciaba para mí un nuevo suplicio, para los dos, un combate por el espacio, una manera inédita de convivir sorteando la violencia de la noche. "Por qué no te lo sacaste", dijiste en medio de tu rabia y de tu asco, pero

cómo, cómo iba a hacerlo, yo era una célula capturada que no estaba ni viva ni muerta, un simple cuerpo que cayó sometido a demasiados e innombrables agravios, agredido en su biología, la mía. Una biología que funcionaba y que respondía. Cuando te despertaste, aún la luz alumbraba la pieza. Te diste vuelta e intentaste poner tu mano en mi cabeza. Un falso intento demasiado artificial que no me atreví a rechazar quizás porque necesitaba tu mano en mi cabeza, y necesitaba también que estuvieras allí, justo allí, a pesar de la miseria del espacio y de los llantos del niño o la risa del niño o de los sonidos indeterminados del niño o el silencio del niño que más adelante iba a llegar y que te obligó a dormir en el suelo, sobre una frazada, al lado nuestro, porque no cabíamos los tres en la cama, Despertaste, pusiste mi mano en la cabeza, una mano mentirosa. ¿Tienes pan?, me dijiste. Sí te contesté. Pero hubo un instante decente y hasta poético, un instante, uno, porque cuando te levantaste y me extendiste el brazo para ayudarme a bajar de la cama, lo hiciste de manera amable y verídica. Sí, estabas traspasado de una amabilidad completamente real y verídica.

El bus avanza lentamente. Me vuelco con una resignación burocrática hacia la ventana. A través del vidrio solo resalta un paisaje gris intervenido por cuerpos fríos que caminan a una velocidad previsible y humana. Está todo en orden o bajo la apariencia de un orden meticoloso. Pero ahora miro al chofer. Observo cómo cumple su función. Lo hace programado en una vasta paciencia. Veo su espalda o vislumbro su perfil. Adviento sus manos y la relación diestra con el metal. Soy una pasajera más, una víctima de la demora, un mero componente urbano. Conseguí un asiento y eso me permite un pequeño control sobre una acotada superficie. Los otros pasajeros se convierten, ante la posición de mi mirada, en meros fragmentos, pedazos de espalda, cabezas, un súbito perfil, la precipitación de la

mano en el metal ante la visión del paradero. Somos pocos, muy parecidos los unos a los otros. Anónimos ciudadanos capturados en una locomoción interferida por un tránsito abarrotado que nos mantiene tensos en nuestros asientos, a la espera que cese el rojo de los semáforos y avance el otro bus, el que nos antecede. Estamos casi detenidos o circulando a una velocidad francamente exasperante mientras no me decido si mirar por la ventana o bien detenerme en el chofer y en los pedazos de pasajeros. Miro hacia adentro y hacia fuera. Me distrae la calle y me distrae el pasillo. En realidad, más allá de mis propios deseos, no puedo alejar mi mirada de la calle o del interior del bus, es una sucesión simétrica: la calle, el interior, como si fuera una vigía o una informante obligada a consignar. La calle, demasiado poblada (después de todo viajamos por una vía importante en la ruta neurálgica de la ciudad), me empuja a observar las fachadas o los jardines o los árboles o la serie de cuerpos que caminan a una velocidad no demasiado diferente al bus que no avanza porque está obstruido por otro que, a su vez, eso no lo podemos asegurar, se encuentra entrampado ante un semáforo descompuesto o por un accidente o un atropello o un asalto o un trastorno vial imposible de definir.

Podría bajarme.

En el próximo paradero.

Bajarme y caminar las cuántas, quizás veinte cuadras que me separan de la casa. No, quince cuadras. Tal vez seis paraderos, sí, seis, más las dos cuadras que obligatoriamente debo recorrer los miércoles y después de reconocer la casa, de detenerme ante la reja, traspasarla, presionar el timbre, un timbre que algunas veces está averiado, de experimentar la tensa espera antes que me abran la puerta, que me abra la puerta la mujer enjuta que trabaja, así me lo ha dicho, hace diez años en la casa, esperar que me abra la puerta, a sabiendas que se demora, que odia abrir la puerta, que luego de escuchar el timbre

camina por el pasillo de la casa, descorre la cortina y mira por la ventana para cerciorarse quién viene, quién está afuera, lo hace antes de asomarse por la puerta y cuando me reconoce, con una actitud condescendiente, me invita a pasar a la casa, la casa del miércoles en la mañana, como dijo el hijo, con claridad y energía, no demasiado temprano, a una hora que no incomode, no a primera hora ni menos en la tarde, ella duerme hasta las diez y en la tarde no tiene fuerzas ni ánimo, justo a media mañana, esa es la mejor hora para ella, más aún, la única hora posible y en eso debo ser enfático, tiene que llegar aquí a las once o a más tardar a las doce, ¿me entiendes? Presionar el timbre que algunas veces está averiado, no escuchaba, si no abro, por favor, me grita, porque todavía no lo han arreglado, no conseguimos quién nos solucione el problema del timbre, y esperar a la mujer enjuta de una edad que no se puede precisar, cuarenta años, aunque si se observa bien, no más de treinta y cinco, abriendo la puerta, con una desconfianza que la obliga a mirar hacia la izquierda y hacia la derecha, asustada de la calle o resfriada, tosiendo, ¿qué puedo tomar?, me duele la garganta, ¿no es enfermera?, ah, no, entonces usted no es enfermera, y yo que estaba convencida que era enfermera, pero aun así, ¿qué me recomienda para este refri?, mientras controla sin disimulo su reloj, esa es su tarea, vigilar mi hora, mi posible atraso o una irreverente precipitación. Usted sabe bien que el hijo de la señora, el que manda la casa, el que la controla, el que la surte, el que lleva la cuenta de cuánto gasto se realiza, el que a menudo está molesto por los precios, el hijo de la señora, le dijo que a las once, entre once y doce, pero hoy la señora no está mal, no está mal, usted la va a ver, afortunadamente ya llegó, porque yo no consigo levantarla, puede caerse, puede caerse y qué hago yo entonces, no, no.

Caminar esas dos cuadras que tan bien conozco.

Bajarme en el paradero que me corresponde y luego de caminar las dos cuadra, detenerme en la puerta y esperar

que sí esta vez funcione el timbre para entrar rápido en la casa y sortear las palabras de la mujer enjuta de treinta y cinco años, un metro sesenta de estatura, de unos cincuenta kilos de peso, con un lunar oscuro en la mejilla. Labios delgados y frente estrecha, cubierta por un delantal azul a cuadros, siempre el mismo, limpio. Pelo negro, ligeramente ensortijado, sus manos despojadas de anillos, ojos café oscuro, uñas cortas, manos delgadas, zapatos bajos, grises, medias transparentes que envuelven sus piernas delgadas, de piel morena, pálida. Escuchar cómo se aproximan sus pasos a la puerta, cómo abre la puerta de la casa y ver entonces a la mujer morena, asomada desde la puerta, con su delantal azul a cuadros, cuadros blancos, un uniforme común, tradicional. Comprobar su miedo al timbre, a la calle, un miedo inscrito en su expresión nerviosa o desconfiada, pase, pase, una mujer morena de treinta y cinco años, pase, mientras mira su reloj y comprueba, como cada miércoles, que he llegado a la hora, ocupando acertadamente cada uno de los minutos de los que dispongo.

Sé que cuando el tráfico se normalice me voy a abocar a contar los paraderos. Lo haré porque es un método que uso para soportar los días en que por obligación recorro la ciudad. Pero hoy es miércoles y el bus se mueve a una velocidad miserable, entorpecido por el lastre de un choque que se ha producido dos paraderos más adelante y que recién empiezan a despejar. Dos muertos y un herido en ese accidente matutino. Pero pronto retirarán los muertos y el herido será trasladado, un hombre joven, en medio de un infernal ulular de sirenas para ingresarla al espacio más crítico del hospital. El sitio del accidente, atestado por la curiosidad ciudadana, la presencia de un juez y sus asistentes, los bomberos, la policía, las ambulancias que van a dejar una estela de ruidos en todo el extenso perímetro de un viaje histérico, teatral, el eco masivo de las ambulancias, las patrullas y los carros de bomberos,

alertando. Y la policía actuando con su habitual distancia para demostrar el profesionalismo que necesitan.

Adiestrados.

Caninos.

Llegaré antes que se acabe el tiempo, llegaré cuando falten minutos para las doce y me va a abrir la puerta la mujer enjuta que trabaja hace diez años fielmente en la misma casa y que renueva, a lo largo de diez años, el delantal a cuadros, azul y blanco, el azul es oscuro, marino. Me va a abrir la puerta con la expresión asustada de siempre, desconfiada, sus zapatos bajos y las medias incoloras y su pelo ondulado y compuesto que enmarca sus labios delgados y el lunar que tiene en su mejilla. Va a mirar la hora la hora en su reloj pequeño, de esfera redonda, con los números desvanecidos y la gastada correa de cuero negro rodeando su muñeca. Lo va a hacer de manera automática; mirada y reloj, sin el menor gesto de agravio, va a mirar la hora mientras me informa que la señora, como le dice a la anciana, está en buen estado, que, aunque no duerme bien, nunca lo hace, sigue viva y me espera, no, no me espera, necesita de manera urgente un aseo profundo porque hiede, huele y cada acumulación del olor contamina más, más la casa, el olor la perturba, porque es ella la que debe coexistir con ese olor y solo yo soy capaz de eliminarlo por unas horas, solo por una horas porque ya mañana jueves, la casa será la misma, traspasada por una estela con la que cada vez resulta más difícil convivir.

Si el bus retoma la velocidad que le corresponde, llegaré de manera cómoda a una hora amable y pertinente. Si sacan rápido a los muertos desde el interior de los autos realmente pulverizados, si les cierran los ojos desmesurados o aterrados y después de acomodar con precipitación sus fracturas y mutilaciones, un muerto, uno de ellos, el contador de una empresa, no solo resultó con la cabeza reventada sino también experimentó la mutilación de una de sus piernas, su pierna cortada por el impacto y el

feroz poder de los metales estallados. Si los envuelven en las bolsas negras de rigor, si los cubren con el plástico negro para protegerlos de las miradas ávidas que los observan sin tregua ni pudor porque quieren mirarlos de cerca, más cerca aún, realmente encima de los muertos, a milímetros de sus cuerpos exánimes, desean tocar a los muertos, pararse encima de la sangre, arrastrar una porción de esa sangre en los zapatos, y más aún, algunos se inclinan para ejercer la audacia o el derecho de poner la mano en el suelo hasta empaparse de la sangre que estila por la calle, mientras los bomberos se retiran y permanecen los camilleros, asistidos por los médicos y, bajo la mirada rigurosa de los policías y sus ademanes hoscos con los que dispersan a los curiosos, suben al herido a la camilla, lo ingresan a la ambulancia, lo conectan a un suero indispensable, lo miden, ausultan su funcionamiento biológico y, entonces, si se consolida el trabajo del juez que levanta el acta que consigna a los muertos, solo en ese instante es posible que se disperse la avidez del grupo de curiosos que impiden que se reanude la velocidad correcta del tránsito.

Yo podría llegar a la casa luego de caminar las dos cuadras, dos cuadras no demasiado largas, en un día gris, frío, caminar con pasos más rápidos de los acostumbrados para cumplir con el frágil contrato que establecí con el fin de despejar de un olor insopportable la casa, así lo dice cada semana la mujer que abre la puerta, después de mirar por la ventana para asegurarse de quién es la persona que toca el timbre o si está descompuesto como ha sucedido más de una vez, luego de descorrer la cortina, alertada por mis golpes en la madera, me duele la mano, rojos los nudillos de tanto golpear con ellos para que me abra la puerta y conseguir que por un día se retire el olor que progresivamente se expande a cada una de las habitaciones, un olor que se cuela por todos los resquicios e impide disfrutar la comida porque la cocina está irrespirable y ella no puede, no puedo, no, no, limpiar a la señora, esa es tarea

de una enfermera como usted, como usted, pero usted no es enfermera, aunque no importa, no es importante que no sea enfermera, solo viene acá después de caminar las dos cuadras para desalojar por un día, un día en que se normaliza la casa, el olor, alejar el olor, bañarla, bañar a la señora, como ella le dice, esta señora que no sé por qué ni cómo sigue viva o sigue viva solo porque ha perdido la visión y el olfato, pero yo no, yo no.

Los bomberos aún no consiguen rescatar a los muertos atrapados entre los metales retorcidos de los autos. Los dos muertos. El herido grave o crítico, respira levemente sumergido en su inconsciencia. Ya se han presentado el juez y sus asistentes, también las ambulancias con los médicos y los paramédicos. Los bomberos y sus impresionantes carromatos, la policía ha salido precipitadamente de sus coches, y lucha junto a los bomberos por sacar los dos muertos del interior de los autos. Lo van a conseguir de un momento a otro y cuando los extiendan encima de la vereda y el pavimento se cubra con la sangre de los muertos y las manos y los uniformes de la policía queden rojos, manchados, ahítos de sangre, después que los médicos certifiquen las muertes certeras, cuando restituyan la pierna mutilada al cuerpo del muerto incompleto, certifiquen sus corazones paralizados, desprovistos de cualquier atisbo de respiración, luego que consigan que la ambulancia se aleje chillando con el herido en su interior, entonces, este bus va a retomar su velocidad, no más de cuarenta kilómetros por hora, más bien treinta kilómetros por hora, porque conviene esa velocidad exacta para atestar la ciudad, para conseguir una ciudad verdaderamente moderna y colapsada, no más de treinta en realidad, para mostrar así el éxito de una ciudad que pretende formar parte de una historia consistente. Si tomamos una velocidad de treinta kilómetros por hora conseguiré bajarme en el paradero que está a dos cuadras de la casa y podré caminar rápido pero segura los cinco minutos o cuadro minutos que tardaré, cuatro, cuatro

minutos, ni uno más, para llegar con una puntualidad que inspira toda la confianza del mundo, una puntualidad que permite que la mujer enjuta me abra la puerta con una sonrisa en los labios porque no la defraudo y pongo en su horizonte, abiertamente desesperado, un tiempo, unas horas, veinticuatro con suerte, para descargar la casa del olor que la enloquece y la mantiene con una náusea continua.

Entrar a la casa descuidada o incómoda, ir hasta la pieza de la señora, como la llama la mujer enjuta, e ingresar al centro de un verdadero olor catastrófico. Estoy adentro. Saco las sábanas, acomodo a la señora, como ella le dice, encima del colchón, la tapo con una frazada, mientras enjuago en la tina de baño las sábanas, unas sábanas que no podrían ser descritas y con la mano despegó la caca de una semana, una semana de caca que se va endureciendo hasta formar una costra, en cierto modo inocente, mezclada a la orina, no sé cómo no se resfría o se muere esta señora, mojada la semana entera, y qué puedo hacer yo, no estoy preparada, no fui contratada para esto, no tengo fuerza porque pesa, pesa, ¿usted me entiende?, yo no, no puedo mientras con la mano despegó las costras de caca, las despegó con los dedos porque ya no es posible sacarlas de otra manera y después, con dificultad por el peso de las sábanas que estilan agua profusamente, las lanza al interior de la lavadora con todas las fuerzas que tengo y entonces me saco los guantes de plástico, los más gruesos que he conseguido, los guantes que uso cada miércoles y que me pongo apenas entro a la casa, a partir de las once o doce del día, esos guantes que hube de comprar especialmente para las sábanas, para conseguir sacar las costras de caca y después lanzarlas a la lavadora. Y pongo en marcha la lavadora, escucho su ruido, dejo que el ruido siga su curso mientras vuelvo a la pieza y destapo a la señora, como ella la llama, y que no sé, no puedo distinguir si está dormida o despierta, nadie lo podría asegurar, e incluso aunque esté con los ojos abiertos, podría no ver nada, no reconocer a

nadie ni distinguir los volúmenes, no ve, ni reconoce, ni duerme enteramente, ni está despierta, ni sabe cuándo sale la caca de su esfínter; ni menos en los momentos en que se moja entera por la fuerza incontrastable del caudal de orines que obligatoriamente debe expulsar.

Me acerco a la señora y, provista de cada uno de los materiales que he comprado, los más eficaces para realizar su limpieza encima de la cama, sobre ese colchón manchado por años de suciedad, por superposiciones de materias y líquidos, un colchón que podría parecer increíble o indestructible, un buen colchón que resiste y resiste los embates del cuerpo de la señora y que soporta el jabón seco con el que voy aliviando la piel, la piel de un cuerpo que no expresa cuando la doy vueltas, ni cuando muevo su cabeza para despegar sus pelos húmedos de orina y le pongo el shampoo que no requiere de agua y ella no acusa ninguna molestia cuando le coloco el inútil pañal en la entrepierna y en una ausencia sorprendente, su cara con los ojos abiertos y vacíos, no realiza un gesto cuando paso la crema por su cara, primero la de limpieza porque tiene la cara estragada, sucia su cara, y así le preparo el rostro para la otra crema, la siguiente, esa que le va a permitir una humedad transitoria, fugaz a un rostro que ya carece de principio y de fin. Y busco la camisa en el cajón, muevo o escarbo las prendas de ropa de la señora hasta que encuentro la camisa y se la pongo y le cierro los botones uno a uno y me preparo para el tramo más difícil, arreglar las sábanas limpias con la señora encima del colchón, realizar un verdadero milagro sola, porque yo no puedo hacer fuerzas, únicamente me comprometí con el hijo que mantiene esta casa, que me paga religiosamente el sueldo, que reclama por todo, que dice que los gastos deben disminuir, a ese hijo le juré que le iba a dar la comida dos veces al día, una papilla que muelo en la máquina, una especial, muy rápida, porque la señora no tiene fuerzas en la mandíbula y casi no abre la boca y yo, en medio del olor que usted ya conoce, tengo que darle

su papilla dos veces al día, a la una y a las seis, lo tengo que hacer a pesar de las arcadas o el franco vómito porque si no lo hago la señora ésta se nos muere de hambre.

Logro poner las sábanas limpias en la cama de una manera consistente.

Queda bien, muy bien hecha la cama. Y aunque me duelen los brazos, el codo, uno de mis hombros, me complace mi trabajo impecable y agradezco, en parte, la ausencia abismal de la señora que no opone la menor resistencia y para sellar el día miércoles, esparzo unas gotas de colonia barata encima de la cama, una colonia comprada en la farmacia cercana, la más económica que encontró la mujer enjuta, una colonia que alcanza para dos o tres días, porque ella, la mujer enjuta, el jueves, el viernes y quizás el sábado, la vuelca en exceso en la cama o en el piso de la pieza, sin cuidar el gasto, encima de la cama, desesperada para ocultar el olor que habita allá como un allegado crónico. Enjuago los guantes, los empapo con el detergente, los froto y los seco con la toalla. A pesar de la protección que me brindan los guates, me lavo las manos con el trozo de jabón que encuentro, me lavo y me lavo las manos con una actitud maníaca y después de secármelas, me pongo mi reloj, el que tiene una correa de metal y veo satisfecha que no he tardado más de una hora, sesenta minutos completos para resolver lo que podría ser considerado como una empresa difícil y cuando me asomo al pasillo, la mujer enjuta, cubierta por un delantal a cuadros y sus medias incoloras, me pasa el sobre mientras murmura un encadenamiento de frases que me niego a escuchar y, antes de salir a la calle, doblo el sobre y lo guardo con cuidado en el fondo de mi cartera. Siempre sentada en el interior de un bus lento, que no avanza, no avanza, esperando llegar a la hora. Una hora urgente que no debe sino ser desesperadamente exacta. Siempre.

DE EL PADRE MÍO

PRESENTACIÓN (FRAGMENTO)

I SU PRIMERA HABLA

II SU SEGUNDA HABLA

III SU TERCERA HABLA

PRESENTACIÓN (Fragmento)

Cuando escuché al Padre Mío, pensé, evoqué a Beckett, viajando iracundo por las palabras detrás de una madre recluida y sepultada en la página.

Después de Beckett, me surgió otra imagen:
Es Chile, pensé.

Chile entero y a pedazos en la enfermedad de este hombre; jirones de diario, fragmentos y exterminio, sílabas de muerte, pausas de mentira, frases comerciales, nombres de difuntos. Es una honda crisis del lenguaje, una infección en la memoria, una desarticulación de todas las ideologías.

Es una pena, pensé.

I
SU PRIMERA HABLA
(Grabada en 1983)

Usted me lleva con el plan de eso. —¿Cómo no voy a saberlo yo?— si yo soy el hombre que voy a dar las órdenes aquí yo. Voy a dar las órdenes en el país. Porque yo no tengo compromisos con ellos ni con el rey Jorge, que está últimamente dando las órdenes, que posee ese rango. El Padre Mío da las órdenes ilegales en el país. Hace muchos años que subsiste de ingresos bancarios ilegales, del dinero que le pertenece a la concesión del personal de la Administración. Él es cómplice con el Padre Mío en estos asuntos. Yo les quiero hacer un servicio a ustedes por las ventas de sus derechos. Porque yo fui solicitado para ocupar esos cargos y esas garantías, no el Padre Mío ni el señor Colvin que es el señor Luengo, que es diputado y senador. A él le ofrecieron esos cargos y esas representaciones; por eso que a mí me planearon por asesinato y enfermo mental. Se pagó un dinero importante por lo mío. El canto hay que superarlo, él es Argentino Ledesma, yo soy el que lo superé a él como cantor. A mí me tienen planeado más de veinte años en esos asuntos, porque yo no quise admitir que ahora, últimamente, me fuera a pasar lo mismo que anteriormente, porque yo fui solicitado para ocupar esos cargos, ya que esto me lo planteó antes a mí. No se lo admití por ningún motivo, porque ahora yo le quiero confirmar a él que no representa esas garantías, porque a mí me planearon anteriormente, cuando se quedaron con las garantías ilegales bancarias, la concesión del dinero bancario al personal de la Administración del país. Si yo hubiera estado preparado en los trabajos pesados de los entrenamientos —¿no ve?— con cincuenta kilos seiscientos gramos antes yo, pero ahora no, porque ahora estoy casi inutilizado yo. —¿Cuánto cree que habría progresado de esa fecha a esta fecha yo, si hubiera

trabajado en lo mismo y si hubiera tenido la ayuda indicada en los medicamentos lo extendido?—. El medicamento que tienen que concederle a ustedes por mi persona, si es que pueden hacer mis diligencias con los Ilustrísimas, ya que fui solicitado por el compromiso de la Alianza para el Progreso, las garantías de preferencia. Hizo un ofrecimiento el señor Allende al personal de la Administración para representar esas garantías. El Padre Mío les da las órdenes a todos ustedes, ilegal. Yo esto lo vine a saber a la edad de treinta y un años yo, porque cuando vivió conmigo nunca me explicó que ocupó cargos en la Administración. Barahona, que en ese entonces era representante de Abastecimientos y Hospitalario —pero él ya está retirado—, porque esas garantías las vendió ilegales en los juegos de azar, pero eso ustedes no lo saben. Igual que el señor Colvin que es el señor Luengo, que vendió esas garantías ilegales y le tocó pasar de los cargos que representa y las garantías de los Ilustrísimas que representan esas garantías. Eso lo sé yo no más. Así es que yo les hice un servicio como fuera hasta aquí. El Partido Comunista —¿sabe cuál es aquí?—: las asociaciones religiosas, ya que a todo hombre -¿sabe usted por qué los matan?: para quedarse con las propiedades de ellos y por las personas que ocupan cargos y representan las garantías de ocupar cargos. Ellos no son comunistas aquí. El Padre Mío es comunista con la cédula de identidad, pero lo hace por negocio, ya que el Padre Mío vive de la usurpación permanente con el señor Luengo que es el señor Colvin que le sirve para la Antártida. Tiene hombres influyentes que le arreglan los papeles, los archivos que ocupan cargos en el Estado. Se deshizo de ellos ya que ninguna persona que vivió con él le conviene —por esto que estoy conversando yo—, porque él le trabaja a la usurpación permanentemente. A mí me intentaron matar antes por él, cuando necesitó dinero él, ya que lo necesitó cuando mataron a mis familiares. Se deshizo de ellos porque a él no le convenía, ya que ellos fueron elegidos para despistar,

porque él subsiste de ingresos bancarios ilegales, pero él es el que da las órdenes aquí en el país. Le da las órdenes al rey Jorge que vive en la calle Zapadores, él vive por acá. A mí me corre una póliza de seguro de vida de los hombres de privilegio y de preferencia, y a mis familiares también. Se la cobró hasta después de muerto con las personas que las conceden de la Organización Gamal Abdel Nasser, por las personas influyentes para esos compromisos que tiene en la Antártida, empleados para cobrar los ingresos al ocupar cargos en la Administración, tanto retirados algunos que tienen papeles con qué certificar y con eso se las arregla él para cobrar los ingresos y tenerlos asegurados para siempre, ya que los necesita para la usurpación. El Padre Mío fue receptor de Abastecimientos de Jurisprudencia y ocupó cargos generales en las Fuerzas Armadas. Pero usted me sacó una fotografía; puede perder la existencia de la vida porque yo soy un hombre poderoso al dar órdenes, ya que no las he dado todavía, ni las he solicitado. Porque hasta mi nombre ha elegido él y matar a los hombres que dan órdenes en la Organización Gamal Abdel Nasser para quedarse con las garantías de representación de lo que él representa. Así es que usted ya sabe. A mí me costó. Yo vine a saberlo a la edad de treinta y un años que el Padre Mío ocupada cargos en la Administración. Lo que le estoy conversando no es mentira, ya que les di una explicación a unas cuantas personas por lo mismo, pero él hace lo que quiere. A mí me quería tener en un recinto recluido para silenciarme, para que yo quedara silenciado en el personal de la Administración, porque yo tengo que solicitar el dinero bancario a ustedes, porque yo fui solicitado para ocupar esos cargos. Pero no por él. Así es que ustedes ya lo saben, por eso es que les doy esta explicación. Si ustedes no se ponen de acuerdo, la mayoría, están todos planeados para el exterminio.

Pero yo no soy cómplice en esos asuntos, porque él no quiere atenuantes una vez más para quedarse con las

garantías ilegales y la representación de esos derechos y las personas que ocupan cargos en la representación. Ellos contribuyen con el país. Querían quedarse con los hospitales. Ellos tenían planeado lo mismo una vez, con el señor Luengo, una vez más, que no quedara ningún hombre convocado por el personal de la Administración hospitalaria, de matarlos a todos. El señor Colvin me pidió que lleve la numeración de las personas que viven donde la señora Toña, donde llega el señor Colvin, llega el señor Allende, cerca de la villa Carlos Cortés, en una verdulería que hay ahí. El mismo señor Pinochet es el señor Colvin, es el mismo jugador William Marín de Audax Italiano, el mismo. Él es el señor Colvin, el señor Luengo, el rey Jorge, uno de ellos, el retirado, ya que ustedes lo vieron con bote en el Hospital Siquiátrico. Está la señorita Amelia, delegada de la casa mía. Antes de la familia Badilla-Padilla, don Luis Quintero, el senador que tiene un parecido con Charles de Gaulle y tiene compromisos con el Padre Mío, donde mismo tiene un negocio don Alejo, a la entrada de Andrés Bello, donde cosían los colchones, sí. Don Alejo es Raúl Hiriarte, el Padre Mío tenía compromisos con él —el cantante que le estoy hablando yo—, el cantante, él, con él tiene compromisos y la señora con que llegaba don Luis Quintero antes a mi casa es de ahí. Esa misma casa a la entrada de Andrés Bello, la entrada al Siquiátrico. Llegaba don Luis Quintero, que es senador, a mi casa —la familia Badilla-Padilla—, y ahí, en el Hospital Siquiátrico estuve dos años para silenciarme, por lo que le estoy conversando. Allí fui llevado a la fuerza. Yo fui planeado por asesinato y enfermo mental con las personas que le estoy conversando, el señor Colvin que es el señor Luengo y el Padre Mío, para quedarse con las garantías ilegales de los derechos que le estoy conversando. El señor Luengo, el señor Colvin, el señor Pinochet, él mismo, él se quedó con las garantías ilegales bancarias en complicidad con el Padre Mío, de las representaciones que tienen que ocupar el cargo que ocupaban antes. Pero

él no quiere eso y no quiso ser descubierto, una vez más, por mi persona. Porque yo fui solicitado por ellos. Ahí está lo que les converso a ustedes. Las representaciones de las contribuciones bancarias es lo que representa el señor Colvin que es el señor Luengo, el señor Pinochet, el Padre Mío, tampoco. Pero ellos se quieren quedar con las garantías ilegales bancarias y la concesión del medicamento en compromiso, ya que el medicamento ustedes lo reciben de cuando postuló a la presidencia el señor Eduardo Frei, porque yo fui solicitado para representar esos cargos y esas garantías. Me echaron la culpa a mí de lo que le estoy conversando. Yo, al rey Jorge lo conocí anteriormente, pero no sabía quién era él. Porque no me lo presentó él a mí, el que da las órdenes. No el señor Colvin, porque el señor Colvin está retirado de la Administración, en ese tiempo, antes de que postulara como senador y diputado. Así es que a usted le está debiendo el señor Colvin que es el señor Luengo, el señor Pinochet, dinero. Cuando postuló, él se hizo diputado y senador, porque él tenía la obligación de darles a conocer todo lo relacionado con el compromiso que hizo en ofrecimiento el señor Allende al personal de la Administración de la Compartición. —¿Ya saben cuál es, ustedes?—. El compromiso con el Perú, con Argentina y con Centroamérica, una representación bancaria en compromiso con el medicamento para este país, con el personal ocupado para este país, por las embajadas y los consulados y los asistentes y consulados relacionando al dinero bancario traído al país por las personas que ocupan cargos en la Administración, representantes de las actividades deportivas o la literatura. Ya que él se opone, el mismo que las ofreció. Pero eso no lo sabían ustedes. Yo fui solicitado para representar las garantías bancarias y el medicamento en compromiso, ya que yo superé al señor Colvin, al cantante Argentino Ledesma lo superé yo como cantor. A la edad de treinta y un años, yo como cantante a mí me echaron sin el procedimiento del medicamento. Pero

—¿sabe qué es lo que no le convenía al señor Luengo que es el señor Colvin?, ¿sabe qué?—. Porque él se quedó negro de la piel y con el medicamento que tiene en compromiso hizo un negocio. Y le conviene a él, ya que toda persona que tiene el compromiso con el medicamento en el personal de la Administración, prefiere deshacerse, en complicidad con el Padre Mío con el cual trabaja en ese negocio, ya que el medicamento no le cuesta nada a él. El medicamento no les sirve a otras personas que lo representan, pero ellos representan las garantías ilegales siempre. Pero ustedes no saben eso. Yo superé a Argentino Ledesma como cantante. Argentino Ledesma es el señor Luengo que es el señor Colvin. —¿Sabe?—. Yo estoy planeado más de veinte años. —¿No sabe de lo que estoy hablando? ¿No ve que yo tendría la misma edad con el medicamento?—. Estaría ingiriendo y ustedes también. Yo tengo que solicitar el medicamento en compromiso, no el que está actualmente en compromiso judicial con la mentalidad. De contar el señor Colvin con la máquina desintegradora, pero él se opone, porque él quiere deshacerse de todas las personas que tienen compromiso para quedarse con las garantías bancarias una vez más. Porque él no representa, él perdió sus derechos en los juegos de azar. Pero eso no lo saben ustedes, y el Padre Mío también las perdió. No sólo en esa oportunidad sino que antes, cuando las volvió a usurpar, las sacó de las personas que las conceden de la Organización Gamal Abdel Nasser, las personas que hacen el trasplante. Se quedó con los derechos ilegales y ahora está esperando lo mismo. Si hubiera podido hacer el trabajo pesado desde esa fecha a esta fecha sería un superhombre yo. Y —¿sabe lo que le hace falta a ese hombre?—: recibir órdenes. Le estoy hablando del señor Colvin yo.

Antes de perder la firmeza de mi cuerpo, de una sola cachetada podía tumbar a un hombre yo, pero ya no soy el mismo, porque yo no le convenía, por lo que estoy conversando.

II
SU SEGUNDA HABLA
(Grabada en 1984)

Esas pruebas tengo que hacerlas yo para ser el Carlos Gardel. Si a mí no me hubiera acontecido este hecho, tendría la misma edad con el medicamento que existe, y ustedes también. Porque el medicamento éste es perjudicial para el contacto con la mentalidad. El señor Luengo que es el señor Colvin tiene compromisos con el medicamento para quedar negro de la piel. Él prefiere el exterminio, pero yo no soy cómplice con él. Si yo hubiera ejercido mi trabajo desde el tiempo que estoy planeado con los entrenamientos, yo habría desarrollado mi físico, sería un hombre perfeccionado: un facultativo, un hombre de ciencia. Mi ayudante fue elegido el señor Eduardo Frei. De esa fecha recibe el personal bancario el dinero en complicidad solicitado por mi persona, firmado en el decreto por los Ilustrísimas que representan esas garantías. Las representa el señor Luengo que es el señor Colvin y el Padre Mío tampoco. Son cómplices ambos en estos asuntos, en la ilegalidad. Yo, al contrario, perjudiqué mi salud desde el tiempo en que me tienen planeado. Me habría conservado de la misma edad y yo me podría unos cuatrocientos kilos, por lo menos, en mi físico, si hubiera ejercido el trabajo pesado. Ya que después me voy a poner a prueba, cuando me reponga. Voy a poner a prueba al señor Colvin que es el señor Luengo que es Argentino Ledesma, al que lo superé sin el procedimiento del medicamento y la electricidad, ya que lo único que me falta es recuperar la firmeza de mi cuerpo, ya que si me repongo soy capaz de levantar un saco de ochenta kilos en cada mano, estando en condiciones yo. Por eso es que le digo: hace mucho tiempo que me tienen planeado. No estoy en complicidad con el señor Colvin que es el señor Luengo, que yo sé dónde viven

inclusive. A mí no me quisieron hacer la colaboración de lo que me hacía falta para asistir la residencia de los Ilustrísimas, por lo cual fui solicitado para recibir las garantías de preferencia del señor Allende, de la complotación por el régimen fascista del Partido Socialista en el Tratado de la Alianza para el Progreso, con el que posee compromisos este país. Lo demás está en la declaración de los Ilustrísimas, de los hombres destacados. Pero el Padre Mío subsiste de ingresos bancarios ilegales, por eso es que le doy esta explicación, y el Padre Mío es el que le da las órdenes al rey Jorge, a uno de ellos, se las da él. Que no es el rey Jorge el señor Colvin, porque el señor Colvin está retirado. Si usted me hace la colaboración de lo que le pedí el otro día yo- eso es lo que me hace falta-, el dinero para renovar mis documentos, los impuestos de deudas. Porque me tienen asegurado por el televisor a mí, las personas que me mandaron permanentemente en los vehículos. Yo voy a hablarle muy franco: yo le di parte del sufragio al señor Allende por el Partido Socialista y Comunista. Y hay algo más: cuando estuve en los otros Estados, el Partido Comunista, finalmente, no existe, ahora se llama Organización de Seguridad Comunista del Estado, pero no Partido Político. Los compromisos de los delegados de las Naciones Unidas ahora tienen que hacerse presentes, relacionados con esas garantías, ya que tiene que hablarse de eso en las representaciones de senadores y diputados y alcaldes y regidores, de las representaciones municipales, doctores y practicantes, ya que incluso yo no he hablado con el veterinario del Club Hípico y del Hipódromo, ni los doctores que atienden el personal relacionado con el medicamento en procedimiento con el personal y para los caballos de fina sangre. Porque todavía me tienen asegurado a mí. A mí me tenían asegurado con un billete importante, más el ofrecimiento por otra liquidación, más las ganancias vendidas ilegales a otras personas influyentes en un recinto recluido para silenciarme, para que el personal no reciba

todavía esos ingresos bancarios por tener cómplices fuera y dentro de la Administración. Por eso le converso todas estas cosas, porque son así y está en ustedes que se reúnan con numerosas personas para asistir yo. Algunas personas están relacionadas con el Padre Mío, que son personas influyentes y tienen compromisos con él, relacionadas con el compromiso que le estoy hablando. Yo no soy cómplice con él, porque él ignoraba que yo ocupaba algo relacionado con las garantías de preferencia y de ofrecimiento que los representa el señor Frei, el señor Allende y el señor Alessandri. Ya que les voy a aclarar algo más yo: con el Presidente Alessandri hablé antes de que me declararan este plan, y con el señor Frei. Con el señor Allende no he hablado hasta aquí, desde el tiempo que me tienen planeado. Pero el señor Luengo lo representa por el trasplante que se hace del adulterio. Pero él no da las órdenes, pero puede darlas si se deshace de las personas que le prestan la ayuda relacionada con el medicamento. Es importante lo que se publicó en los periódicos, por enfermo mental y por asesinato, por la alocución a los cómplices que me aseguraron que son hombres influyentes dentro y fuera de la Administración, por lo que estoy hablando yo. El Padre Mío trabaja para la rebelión de los negros y para el exterminio, pero yo no soy cómplice con él. El medicamento existe, pero él se opone con el señor Luengo, ya que ellos no prefieren atenuantes con las cuestiones que estén relacionadas con las garantías de preferencia por el medicamento, ya que prefieren eso porque van asegurados. Llegaba donde la familia Badilla-Padilla, que son familiares míos, en El Bosque-Santiago, de la familia de don Roberto Piquet, alfárez de carabineros, el rey Jorge, uno de ellos, y de ahí es de donde es el señor Colvin, que el Nelson se llama allá. Yo lo conocí en la calle Centenario, en esa fecha la Avenida Einstein. Así es que lo mío —no se equivoque en lo que le estoy hablando yo—, yo fui solicitado para representar las garantías bancarias

porque yo superé al señor Colvin en el cargo por el contacto. Yo soy un hombre de difusión de ayuda y el Padre Mío me eligió para despistar los compromisos que están relacionados con el señor Luengo, ya que subsiste de ingresos bancarios ilegales desde hace muchos años. Pero yo no lo sabía por él, lo vine a saber a la edad de treinta y un años que ocupaba cargos de importancia en la Administración. Hace más de treinta y un años que es el señor Colvin, yo tengo la prueba por los Ilustrísimas —¿no ve que por eso yo fui solicitado?—. Por eso, por mi persona se ofreció el medicamento en compromiso que está actualmente en procedimiento judicial por contacto con la mentalidad y también para la máquina desintegradora que posee el señor Colvin a veces. Pero él se opone, porque tiene un compromiso relacionado al hombre que quedó afectado con el medicamento que se llama la rebelión de los negros, que tiene una película para confirmar que trabaja con ese medicamento, pero con toda persona que tenga compromiso con el medicamento. —¿Usted vio a todos esos niñitos que los mataron?—. Sí: eso tiene planeado él con el Padre Mío, pero yo no. Yo tengo un compromiso con el Presidente Alessandri, ya que yo fui solicitado por él, por el señor Frei y por el señor Allende. Ya que ustedes ignoran un asunto que se los voy a conversar: Estuve en la casa del señor Allende, hace unos cuantos años, en una de las propiedades de él, cerca del Restaurante El Flete, adonde tuvo el Padre Mío la industria industrial, ahí, antes ahí, con el que tiene compromisos, pero cuando estuve en la casa, el Padre Mío no me presentó al señor Allende, a don Luciano Diez, a la señorita Rosina que era la reina Isabel, a la princesa Alejandra, que vive ahí mismo y la señorita Nene que le dicen. A la señorita Lala me la presentó en esos años en un día de Año Nuevo, a don Ramón Diez que es Salvador Allende. Yo le voy a decir un asunto: Don Ramón Diez estuvo en el Hipódromo Chile con él, con Salvador Allende, y yo ignoraba quién era él, ya

que el Padre Mío no me explicó que esa persona era influyente para ocupar cargos en la Administración. El Padre Mío me ocultó siempre esos asuntos, pero el Padre Mío no es comunista, sino que es un oportunista, por lo que le estoy conversando yo. Pero yo sí que soy comunista y socialista, claro que lo soy, y di el sufragio por él, por el señor Allende. Pero el señor Allende no es el que da las órdenes ahora, las da el señor Colvin. Pero antes de que estuviera recluido para silenciarme, como le estoy conversando, estuve con el señor Colvin, antes, allá, en el otro lado, en Providencia, en una de las clínicas para las personas que poseen preferencias o garantías o privilegios. Estuve en el Observatorio de El Salto con el señor Colvin, al otro lado, yo también, sí. Porque yo vengo en auto en esa fecha. Fui mandado a buscar para la casa del Presidente Alessandri, que tiene unas propiedades en Curicó. Uno de ellos que es el señor Alessandri, ya que no es, no es el asunto como se lo han conversado a ustedes: Son tres Ilustrísimas que han ocupado cargos con ese nombre, por lo que representa la oligarquía y están vivos todavía ellos, yo sé cuáles son ellos, pero no he dispuesto de lo que me hace falta para asistir a la residencia a conversar con ellos personalmente, relacionado con lo que le estoy conversando, ya que el Padre Mío vivía al lado de la casa.

La familia Badilla-Padilla es mi familia, —¿sabe usted quiénes eran ellos?—: familiares del rey Jorge, uno de ellos, que es el rey de España, el anterior que está vivo todavía, se lo puedo asegurar yo. Pero el Padre Mío subsiste de ingresos ilegales, porque les cobraba la póliza de seguro de vida a mis familiares y ellos no percibían ese dinero. Yo no soy cómplice de ellos, con el exterminio general. Por eso no se confíen ustedes, ustedes están planeados, y a mí me planearon porque a ellos no les convenía yo, y porque el Padre Mío subsiste de ingresos ilegales bancarios de concesiones y de solicitud al personal de la Administración. No quería ser descubierto, por lo que le

estoy conversando yo, para que este hecho no se diera a conocer a la publicidad. El Padre Mío, en uno de sus cargos, fue Fiscal Hospitalario, Receptor de Abastecimientos y Director Hospitalario, uno de esos cargos. Él da las órdenes generales de las Fuerzas Armadas aquí en el país. Fue cónsul y todavía lo es y representante bancario. Él cobra sus ingresos bancarios en una representación de Teatinos-Bancaria, pero las otras representaciones las ignoro yo, ya que en una oportunidad lo encontré por casualidad. Pero él no sabe lo que le estoy conversando yo. Don Alejo que es Raúl Hiriarte, vivía a la entrada de Andrés Bello, donde se cosían colchones, se arreglaban casas y se transformaban las entradas. El Padre Mío tenía compromisos con él, con el que se llama Raúl Hiriarte, hay un sello que se llama así. Ahí está el asunto que le estoy conversando yo. Yo con don Alejo, inclusive, estuve dos semanas en la casa de él, antes, en esa propiedad, pero yo no fui más para allá porque a mí no me convenía. El Padre Mío me lo acreditó en esos años, pero yo ignoraba quién era él. Don Alejo es Raúl Hiriarte, el cantante. Él posee uno de esos cargos en la representación hospitalaria del Siquiátrico. El señor Colvin me la planeó con el Padre Mío, porque no quería ser superado por ninguna persona relacionada con el compromiso que tiene con el personal de la Administración por el medicamento que es perjudicial para todos ustedes. Lo que subsiste de los ingresos bancarios por el medicamento, es el señor Colvin con el Padre Mío, pero yo no. Pero yo no fui solicitado por ellos para representar las garantías. Les voy a conversar algo más: después que salí de ahí, donde estuve dos años recluido para silenciarme, ya que se pagó un billete importante por mi persona, por lo que le estoy conversando. El Pisa-Huevo que había en la Quinta Bella me conoce desde hace muchos años, me llevó a la propiedad de don Ornán; que tiene una industria cerca de Pedro Donoso, me estuve ganando ocho, quince, dieciséis millones de pesos cuando salí de ahí. No pude seguir ganándomelos

porque me tenía asegurado por el televisor calculado, ya que no les convenía que yo hiciera mis diligencias, por lo que le estoy hablando. Ellos me aseguraron firmeza por el televisor, a pesar que me mandaron permanentemente. De ahí se hizo otro ofrecimiento por mi persona, por el billete y por el descarte de otra liquidación de las personas que subsisten por los ingresos de preferencia que le ofrecieron por mi persona. Pero no a mí. La persona que la tienen asegurada por el televisor y la persona que me mandaron permanentemente, que siguen rechazando sus asuntos hasta el próximo asesinato que están planeando. Él es el rey Jorge, es el jugador William Marín de Audax Italiano, es el jugador Enrique Hormazábal y es el jugador Carlos...

III
SU TERCERA HABLA
(Grabada en 1985)

El Padre Mío fue solicitado para ocupar cargos en la administración, pero yo no lo supe cuando fui solicitado por los Ilustrísimas para ocupar cargos. No por él. Cargos que tienen que poseer numerosas personas de la Administración, al ser elegido como director, ya que eso no se da a la publicidad porque no se concede el dinero bancario para la atención de los Ilustrísimas a los viajes de la Comuna de Santiago y Comunas para la detención y estadía aquí, en la Comuna de Santiago y cercanas. También no se concede el compromiso del Tratado de la Alianza para el Progreso, del dinero que se quedan ilegales por la concesión. Este plan está planeado por lo mismo del exterminio una vez más. El Padre Mío es el que da las órdenes para eso, pero yo no soy cómplice con él, ya que está esperando la usurpación bancaria para que no queden atenuantes y quedarse con las garantías bancarias de los Ilustrísimas que representan esos cargos de concesión de las contribuciones generales de la Administración del país. Si ustedes me hacen el servicio de lo que yo necesito para hacer mis diligencias, ya que puedo solucionarles esa solución. Pero a mí me planearon por asesinato y enfermo mental y se pagó un dinero importante por mi persona, pero no en complicidad. Porque yo fui planeado por asesinato y enfermo mental y depravado por el trago en la locución, en los periódicos, en la Comisaría, en el Juzgado, en el Open Door y en el Siquiátrico, donde me dejaron cómplices influyentes, por lo que está planeado una vez más. Pero yo puedo solucionarles eso. Tienen que conseguirme el medicamento para el procedimiento del ilusionismo, para las indicaciones de quiénes son los Ilustrísimas que representan los cargos de las garantías. Las

representa el Padre Mío que es el señor Luengo que es diputado y senador, cómplice una vez más para la usurpación que viene al mundo. Tienen ustedes que hacer ese servicio, ya que me volví a escapar, una vez más, de la mortandad. Porque yo antes tuve un atentado por estos asuntos: yo fui atropellado y chocado en tres oportunidades, y escapé de morir triturado. Ignoraba lo que estaba relacionado con el Padre Mío, porque fui planeado en ese tiempo para ser asesinado y volví a ser planeado por lo que le estoy conversando a usted yo. Pero debería servir de testimonio yo. Hospitalario no puedo servir, porque ahí tienen empleada la táctica de la complicidad. Tienen cómplices dentro y fuera de la representación administrativa, por lo que estoy conversando yo, para cobrar los ingresos ilegales del dinero. Porque esas personas son organizadas e influyentes y de privilegio. Pero las cosas no son así por lo que le estoy hablando yo: algunos, pero no todos. Para qué le voy a conversar; el nocturno de allá dentro tiene compromisos con el Padre Mío y con el Hospital Siquiátrico, los tiene con la señorita Amelia, que es doctora y senadora, y tiene compromisos con don Luis Quintero que es el señor Juan Domingo Perón, que anteriormente vivía en la calle Traslaviña, cerca de la industria Famae, el Presidente de la Argentina. Él ocupó el cargo anteriormente por el Partido Radical, Conservador y Socialista aquí. Pasó a ser senador y diputado don Luis Quintero, que frecuentaba a mi familia, la familia Badilla-Padilla-Figueroa. De esas personas que eran familiares cercanos de mi familia, pero no de mí: escuche bien lo que le estoy hablando, al ser Ilustrísimas, que son representantes bancarios de lo que estoy al cabo ahora yo, pero no antes. Si ustedes me prestan la colaboración de lo que me hace falta para hacer mis diligencias, yo los puedo llevar a ver algunos vehículos. Están armados también algunos, porque yo estoy asegurado por el televisor. Hace mucho tiempo ya que me tienen asegurado por los vehículos, ya que me mandó una persona permanentemente,

por lo que le estoy conversando yo. Pero me tiene que conseguir un locutor y un periodista para que el hecho se dé a conocer en la misma propiedad donde estoy al cabo, para que este hecho se dé a conocer por la locución y para ser solicitado por los Ilustrísimas y por las personas de la Administración, que tienen que organizarse y ponerse de acuerdo, para confirmar ante ellos mismos —siempre que me hagan el servicio que yo necesito—, ya que ocupan cargos importantes en la Administración, por personas influyentes fuera y dentro de la complicidad anterior de la usurpación, que con ellos todavía tiene compromisos él. Pero siempre fue una persona influyente él, por el dinero que consiguió para estar al cabo de los informes, o para el descarte de los asesinatos de la persona que a él no le convenía, ya que él trabaja con el señor Luengo que es el señor Colvin, que es cómplice con él, pero no conmigo. Si ustedes no se confían de lo que les estoy hablando —fíjense que yo les estoy hablando la verdad—: yo no tengo por qué estar ocultando nada, porque yo sé lo que es el significado de la máquina para hacer billetes. Fíjese que desde el tiempo que a mí me tienen planeado, yo puedo estar al cabo de confirmar eso: quiénes fueron los Ilustrísimas que recibieron los informes para quedarse con las garantías legalizadas por la ley, ilegales, que las recibieron cuando el Presidente de la República postuló a la Presidencia. Porque esas garantías se las ofreció el Presidente a la representación administrativa del Estado y al personal, que hasta aquí no le ha dado cumplimiento, porque yo lo ignoraba y —¿sabe por qué?—, porque yo fui elegido antes para despistar en estos compromisos. Yo no soy cómplice de la usurpación bancaria y el Padre Mío es cómplice con el señor Colvin que es el señor Luengo, y lo son todavía, pero ellos son dos hombres no más para unas cuantas personas organizadas al ponerse de acuerdo. Yo volví a escapar de la mortandad dictada por el hombre —¿qué más claro que lo que le estoy explicando?—. Porque todavía me tienen asegurado a mí

por los vehículos que poseen el televisor. Pero también las personas que poseen el televisor en la ubicación y que ocupan cargos en la Administración: También los tienen planeados para el exterminio, aunque hayan dado cumplimiento con la persona que los sindicó. Pero yo no. Entonces, les hago un servicio a ustedes, pero, —¿saben lo que me hace falta?—: Una indumentaria en condiciones, porque yo fui planeado, por lo que le estoy hablando, por cómplices sin miramientos, al ser planeado por asesinato y enfermo mental y depravado por el trago, por lo que le estoy hablando yo, pero por mi persona se ofrecieron otros ofrecimientos, ya que fueron asesinados para poner su cargo en otras personas que podían ser asesinadas después, pero para que yo terminara mal, para que esto no se confirmara. Pero lo puedo hacer, si yo puedo hacer mis diligencias al hacerme los servicios y la colaboración. Son ellos los contribuyentes, pero no el señor Luengo que es el señor Colvin, que fue gerente bancario y representante bancario ilegal. Pero esas garantías él las vendió particular anteriormente con el Padre Mío. Pero yo ignoraba esos asuntos que estaban relacionados con la usurpación bancaria. Don Luis Quintero vive en la calle Traslaviña, cerca de la industria Famae, en una de las propiedades que estoy yo al cabo, porque esta persona frecuentaba antes a mi familia, que ahora no están en esta existencia, porque esta persona se deshizo de ellos. Porque toda persona que está relacionada con estos compromisos, no conviene. Pero lo que yo le estoy hablando es algo importante. Soy yo el que tengo que solicitar el medicamento importado a la Administración, el poder de una arma que existe en oposición con el Padre Mío y el señor Colvin, ya que trabajan para ellos al deshacerse de las personas, al matarlas. —¿Usted sabe de lo que le estoy hablando yo?—: el medicamento de contacto al procedimiento de la mentalidad del señor Colvin. El Padre Mío es el que sabe estas cosas, porque son los dos los de la usurpación bancaria anterior,

ya que el señor Colvin usurpó las garantías bancarias, y se las ofrecieron a él por la ley para representarla, pero tampoco quiso solucionar —¿Sabe por qué?— porque cuando ocupó el cargo de diputado y senador no quiso aceptar funcionar con el personal. Ahí está el asunto. El Padre Mío siempre usurpó las garantías bancarias anteriores, aunque hubiera ocupado el cargo de Presidente de la República. Pero el Padre Mío siempre dio las órdenes aquí en el país. Fíjese que yo estoy al cabo de quiénes son los Ilustrísimas que dan las órdenes, y el Padre Mío da las órdenes porque yo estoy aquí. Pero también las daba cuando yo estaba recluido para silenciarme. Las pudo dar él porque todavía yo estoy asegurado por el televisor, porque eligió muchos cómplices para la Antártida, para que yo no solucionara mi problema. Las garantías las representa el Presidente de la República, pero hasta aquí no ha dado cumplimiento porque el señor Luengo que es el señor Colvin con el Padre Mío se quedaron con esas garantías ilegales anteriores de la concesión del dinero bancario, y fueron garantías que las tuvieron ellos, pero también la máquina para hacer los billetes. Yo esto se lo puedo confirmar si ustedes me hacen el servicio que yo necesito. Yo los voy a llevar donde personas con buenas indumentarias, porque no son personas vulgares ellos, que son personas de importancia y dan las órdenes en el país. Y esto que le converso del señor Colvin: jamás en la existencia de mi vida él me ha pasado dinero a mí ni a mis familiares.

Porque antes se quedó con las garantías ilegales mías, las garantías —¿sabe qué?— de representaciones bancarias de la solicitud del dinero bancario, y me tiene planeado lo mismo, una vez más, porque esas garantías las pudo solicitar en complicidad con el personal de la Administración, aunque no fuera el mismo dinero que tenían que percibir. Pero él es el que se opone. Más claro no puedo hablarle yo. Soy yo el que tiene que solicitar el dinero bancario para hacer mis diligencias, pero no

lo puedo hacer, porque no quiso, por lo que le estoy hablando. Porque él no quiere atenuantes de ninguna persona que esté relacionada con esos compromisos de las garantías bancarias de las preferencias bancarias, al darles el bajo. Pero yo no soy cómplice. De eso es lo que le converso. Yo estoy al cabo de quiénes son esos Ilustrísimas que representan los cargos. Y no los representa el señor Luengo que es el señor Colvin, y aunque fuera él el Rey —¿sabe por qué?—: porque es un hombre de expectativas. Igual que usted; no es lo mismo pero es una comparación: si usted ganara su dinero de un sueldo, no es lo mismo que el Rey. Pero de la usurpación bancaria, el dinero que tenían que tener para siempre más de lo indicado, facilidades para dar las órdenes, pero también garantías de los compromisos, y las conversaciones que tenían que llevarse a cabo cada día para que fuera el progreso mejor en el bienestar general del personal de la Administración y de la ciudadanía. Pero él no quiso y no lo quiere todavía, porque no es su responsabilidad ahora. Pero la fue, pero puede ser, una vez más, al matar a las personas que están relacionadas con ese compromiso, él, pero yo no. Porque yo no soy un ignorante. Más franco no puedo hablarle. Fíjese que inclusive si esa persona hubiera confiado en el personal de la ciudad para poseer una máquina particular para que le hiciera los billetes, estos hechos no tendrían por qué acontecerle a nadie aquí en el país, y menos en la Administración, y menos a los compromisos de preferencia —¿sabe qué?— del Tour en la Hípica, de la RCA Víctor, del sello para grabar la grabación, de la Federación Deportiva Profesional y Amateur en general. Pero ese plan me lo planteó a mí con el Padre Mío que es cómplice. Fíjese que jamás en la existencia de mi vida el señor Colvin me ha mandado ni un cobre, y se quedó con las garantías ilegales. Y si nosotros llegamos a ir —¿qué sacamos con eso?—. Yo a ustedes les pedí, si me hacen ese servicio: me hace falta una buena indumentaria en condiciones, porque yo no

puedo ir a desprestigar adonde tengo que asistir, porque yo estoy planeado de antemano. Tengo que renovar mis documentos, ya que me tienen que dar un acredite para que me entreguen mi carnet de inmediato en el gabinete y hacer mis diligencias ese mismo día en común acuerdo con numerosas personas que tienen que asistir. Tenemos que llevar a los locutores y a los periodistas, para ir confirmando esto de los domicilios en los cuales estoy yo al cabo, adonde viven esas personas o conviven con las personas que están relacionadas con los compromisos de las garantías del país. Y ustedes no se confíen en eso, porque todo hombre está planeado cercano a estos asuntos. Este hombre tiene informes de las personas que observan por el televisor, o las personas indicadas para la táctica empleada. Pero yo no soy cómplice porque yo no soy un ignorante, menos un hombre para ocupar esos cargos de importancia y estar planeado en esas tramas. Ya que el hombre que tiene esas garantías tenía que ser experto ante la pequeña máquina para hacer billetes, aunque fueran falsificados. Siendo igual a los otros, más posibilidades hay en eso, para lo que ustedes saben está planeado en el país. Si ustedes se ponen de acuerdo en algo más: el doctor Navellán, del Hospital Siquiátrico, tiene compromisos con el Padre Mío, en una tienda de ahí, con don Luis Quintero, que yo sé dónde vive, en una de las propiedades, que lo tienen que solicitar por mi persona y lo tienen que solicitar al personal de la Administración Hospitalaria para conversar con el Padre Mío adonde yo los voy a llevar. Ya que yo persigo lo mismo, para que se les haga justicia, si es que ustedes quieren. Ya que yo ando en contra de mi voluntad, pero también habría estado logrado si hubiera hecho mis diligencias para estar con el personal de la Administración aquí, en algunas oportunidades después de mi tiempo disponible, relacionado con lo que les converso. Habría que traer aquí a los escritores para estar al agrado con el personal de la Administración. Porque yo tengo que ocupar mi cargo si arreglo estos asuntos, porque

yo soy uno de ellos, para la solicitud del dinero bancario a la Administración. Ya que yo soy comunista y socialista. Pero hay algo más respecto al Partido Comunista que se los voy a conversar yo: de los otros países ignoro actualmente cómo se relacionan con las garantías de los Partidos Políticos, pero la Organización Comunista no era así como estuve yo anteriormente. Se llamó, no Partido Político, sino que Organización de Seguridad Comunista del Estado. Eso es lo que ahora no estoy al cabo. Hemos conversado hasta aquí con el Presidente de la República, conmigo no lo han hecho los delegados de las Naciones Unidas. Pero yo viajé anteriormente, antes de que me planearan, viajé con algunos socios de la Sociedad de las Contribuciones de Privilegio y de Preferencia de las Panaderías y de las Sociedades de Efraín Hermanos, en el avión a Sucre, que tenía una trayectoria por aquí. Pero ignoro cómo se relacionó con estas soluciones, ya que yo no le confirmé todo esto que le estoy hablando. De lo demás, aunque este hombre hubiera sido delincuente, es más culpable, igual que el señor Colvin, porque él jamás quiso solucionar por la ley, al preferir la usurpación a la fuerza, sin miramiento. Fíjese que de esto que le estoy hablando han pasado unos cuantos años. Recién en una de las propiedades del señor Allende, cerca del restaurante El Flete, en Einstein cerca del cerro, frente a la botica que está ahí, en el edificio custodiado por militares de Einstein con el cerro, ahí estuve ejerciendo una de mis profesiones en la casa de él. El Padre Mío tiene compromisos más que con el señor Eduardo Frei y el señor Alessandri, pero el Padre Mío representa por la oligarquía al señor Alessandri, que no sé cómo era su interés y no sé si al personal de la Administración se lo ha conversado, lo ignoro yo, porque yo ignoraba que ocupó cargos en la Administración, ya que me ocultó siempre estos asuntos. Porque no es socialista ni comunista. —¿Sabe por qué le digo esto yo?—: Porque él es delegado de las Naciones Unidas, y por la ley, la razón y la fuerza no puede ser más

que socialista, si se ponen de acuerdo ustedes. Yo tampoco soy partidario de otra cosa. Yo llevo mi existencia en estas condiciones sabiendo lo que les estoy explicando yo. Pero por la razón o la fuerza es otro asunto de lo que representa ser delegado de las Naciones Unidas, porque representan a la Administración y al personal en general, al cual no se le ha dado cumplimiento. Está esperando la usurpación, una vez más, que por la ley no ha querido solucionar hechos favorables relacionados con el compromiso bancario inclusive. Eso es lo que les converso yo. Es algo de lo que oí hablar antes...

EPÍLOGO

EL DECIR INVOLABLE
por Edgardo Rodríguez Juliá

EL DECIR INVOLABLE

La escritura de Diamela Eltit está cifrada en la extrañeza. De primera instancia, podríamos entender que su prosa, con cualidad de descentramiento radical respecto de los modelos literarios al uso y costumbre, es una reformulación extrema de cierta prosa lírica, poética o poemática, que se identifica con el modernismo estrenado por Baudelaire. Pero tan pronto nos aventuramos en la particular intensidad de esa prosa, comprobamos que la poética de esta escritura, formulada desde el texto mismo, desde su textura y particular densidad, apunta hacia una perplejidad mayor: ¿desde dónde irrumpen ese discurso o, mejor, en qué tiempo y lugar está asida esa voz que nos perturba?

Lo descentrado implica una fuga donde la primera persona, como foco o voz narrativa, y el monólogo interior son meros portales. Ese caer hacia adentro de esta escritura —evocación de Neruda en *Sólo la muerte*— nos coloca también en la tesitura de la flagrante supresión de la anécdota según Beckett.

No conocemos la causa de tanta urgencia. El relato parece haberse tronchado en sus inicios, sus dimensiones horizontales, la progresión temporal de lo que se cuenta, desaparecidas. Hay cierto *minimalismo* musical en Diamela Eltit, o confrontamos una melodía recurrente y obsesiva, o la armonía permanece en la búsqueda de cierta melodía, es decir, el relato, contarnos algo urgentemente. Sus voces fluctúan entre la variación virtuosística y la urgencia, términos a veces contradictorios.

En *El infarto del alma*, con su truculento título, se establecen las coordenadas de esta escritura tan centrada en la metáfora, en la imagen. Ese viaje al mismo sitio de la interioridad —lo estático-extático— es un nivel extremo de la narrativa, en que ésta experimenta con su

capacidad circular. Una escritura que se identifica con las enfermedades mentales, convierte la obsesión en el motor central de sus desplazamientos. La escritura de los esquizofrénicos tiende a ser prolífica en los detalles y circular en su forma. Estas variantes fijas en torno al mismo tema recurrente exigen un lector dispuesto a una excéntrica manera de ser seducido: el interés provocado estará justo en nuestro asentimiento a esa voz urgente y única que nos llama, como un fantasma, desde el sitio innombrado e innombrable.

El monólogo interior —y ese flujo de conciencia con que siempre coquetea esta escritura, la variante más irracional de su discurso narrativo— tuvo en Molly Bloom y su perorata sobre el deseo, allá en las últimas páginas del *Ulises*, el estreno de una manera fundacional para la literatura contemporánea y post. Si Molly cifra la intensidad en un deseo y el que su cuerpo provoca, las heroínas de Diamela Eltit están colocadas en el anhelo de una salida, de escaparse finalmente, alcanzar la fuga. Diríamos que lo más perturbador de ese anhelo, el acento de su enunciación, es justamente la búsqueda de una identidad, tanto por la voz desasida que nos asalta desde la página como por la interrogante del propio lector: ¿quién me está hablando?, ¿con qué voz doliente he tropezado?, ¿por qué sigo leyendo? Es como encontrar a alguien suplicante al fondo de la alcantarilla destapada. Y la manera fácil de ir adivinando el tono de esta escritura, más que la voz narrativa que la enuncia, es reconocer que, como ocurre en tantos boleros nuestros de cada día, la intensidad está en la expresión del *abandono*. La mujer abandonada, después o antes de la *violación que no cesa*, es el aliento fundamental, el hábito que marca justo el tono donde esta voz desasida prefiere posarse después del vuelo errático y errante.

En **Vaca sagrada** el monólogo interior en fuga estalla como urgencia, la necesidad de un *apostrofar in extremis* al ausente. Es como si retumbando en su conciencia, la voz no

tuviera otra salida que dirigirse a alguien que nunca está ahí. Pero la voz debe ser algo más que monocorde, por lo que entonces su alteridad —¿cómo ella asume su voz y cómo yo, lector, me apropió de ella?— establece el motivo del *reproche* como *señal*, la voz que se alza desde el fondo del hueco y pide como mendiga el enfermo mental: extendiendo la mano sin la emoción de reclamar piedad, siendo este gesto un mero trámite cuyo significado se ha perdido en el neblinar de la extañeza que se ha vuelto el mundo. Se trata, a diferencia del reproche de la canción popular, de un enloquecido requiebro a destiempo, casi sin la memoria de la fractura que lo sostiene.

El sexo es oportunidad única que esta voz usa para establecer el reino de lo hiriente. Es como si estuviéramos obligados a ver y presenciar, una y otra vez, esa inquietante escena de *Un Chien Andalou* de Buñuel, en que el ojo de la mujer —en realidad el ojo de un animal— es cariosa y cruelmente cortado por una navaja. La desilusión vive en fuga hacia lo hiriente. Ésta sería la diferencia, por ejemplo, entre la visión de María Luisa Bombal en **La Amortajada** y Diamela Eltit. La vida en fuga, huyendo del hombre, y la ausencia de éste, el macho que no está, es tan radical que el sexo es visto como humillación. ¿Cómo asumir la voz narrativa desde esa alteridad extremosa?

En **Los trabajos de la muerte** la concepción es repugnancia y el parto la catástrofe sucedánea. La cópula, dar a luz, provoca el resentimiento, y éste alcanza, invariablemente, el insulto: los cochinos establecen un territorio de suciedad, donde las guaguas, los recién nacidos, se vomitan y la viscosidad del semen es el fastidio perenne. La convicción suprema de esta escritura, sin embargo, nos obliga a pensar que no se trata de un mero asentimiento o discrepar con el rechazo ideológico. Cuando la condición de la heroína es el suplicio, debemos fijarnos solo en los detalles, no contestar su peroración. Y aquí la manera de narrar de nuestra escritora visita la amplificación barroca —esa sucesión de cláusulas en aposición— como intento de decir, finalmente, lo que

urge expresarse. Pero también encontramos en esta especie de grado cero de la escritura, como conceptualizó Barthes, lo dramático, ese inaplazable conflicto que se centra en la obsesión con las ratas y la descripción de su inminente comportamiento, cómo éstas morderían a los recién nacidos. Aquí la búsqueda de un relato, de cualquier anécdota, encuentra como percha —para así descansar la peroración— algunas de las más vivas y perturbadoras descripciones que he podido leer en la literatura hispanoamericana. Es como si el relato se empastara —a la manera del expresionismo abstracto pictórico— en descripciones con un poder que avasalla. Es Francis Bacon más la truculencia de la voz hiriente, el grito. Es entonces que el discurso de Diamela Eltit adquiere su mayor viveza y extrañeza, su más dura materialidad.

El rencor es la voz debida a la violación que no cesa. Y solo las mujeres tienen una particular familiaridad con ese trauma. Las heroínas de Diamela se anticipan, casi completan, lo que los hombres siempre llevan como amenaza, es decir, la violación cometida en serie. Son mujeres que se apresuran a no ser dañadas otra vez, y que viven su condición como cárcel. La descripción moral que alcanzan es la de seres en vigilancia ante la humillación siempre acechante. Son, de alguna manera, el reverso de Molly porque no saben nada del placer: "...olvidando que el cuerpo de una se ha arruinado sólo por haber permitido que otro lo use, lo engorde y lo deformé, sin obtener a cambio un miligramo de placer, ni siquiera un miligramo de un miligramo de placer". En el reino de la perversidad, este lamento, esta queja, es la elocuencia suprema, el decir, ahora, inviolable.

Edgardo Rodríguez Juliá
En Guaynabo,
A 15 de febrero de 2010



COLECCIÓN PREMIO «JOSÉ DONOSO»
EDITORIAL UNIVERSIDAD DE TALCA - CHILE

«Durante el proceso de organización de este libro me volqué a generar un volumen antológico necesariamente fragmentario y, en mi caso, sobrefragmentario puesto que yo misma, en gran medida, escribo así, por pedazos y a pedazos. En ese sentido, me impuse el desafío de estructurar un (solo) libro fundado en diversos proyectos literarios que se cursaron en distintos tiempos»...

DIAMELA ELTIT